



Jorge
Montealegre I.

Frazadas
del Estadio Nacional
Prólogo de Armando Uribe



Colección Septiembre

JORGE MONTEALEGRE ITURRA

(Santiago, 1954). Comenzó a escribir en la prisión política a los diecinueve años. En el exilio publicó su testimonio *Chacabuco* (Roma, 1975). En 1979 retornó a Chile.

Ha editado seis volúmenes de poesía, entre ellos *Bien común*, que obtuvo el Premio Municipal de Literatura (Santiago, 1996) y el Premio Consejo Nacional del Libro y la Lectura a Mejores Obras Literarias.

Poeta de la llamada Generación NN —de los '80— ha sido incluido en las principales antologías de poesía chilena contemporánea.

Su primera distinción como poeta la recibió de sus compañeros de prisión en el "Festival de la Poesía y la Canción de Chacabuco", en 1974. Más tarde ha obtenido, entre otros, el Premio "Palabras para el Hombre", de la Agrupación Cultural Universitaria (compartido con Sergio José González); Primer Premio en el Concurso Nacional de Poesía Joven "Pablo y Gabriela", del diario *La Tercera* y la Corporación Arrau; Premio "Mila Oyarzún", otorgado por la Comisión Chilena de Derechos Humanos.

En 1989 fue distinguido con la beca Guggenheim, que le permitió escribir una *Historia del Humor Gráfico de Chile* e impartir docencia sobre el tema para estudiantes de periodismo y diseño gráfico. En esa área ha editado el libro *Von Pilsener*, primer personaje de la historieta chilena, y organizado diversas exposiciones; entre ellas, "Coré, el tesoro que creíamos perdido" (Dibam). Además es coautor —con el fotógrafo Antonio Larrea— del libro *Rostros y rastros de un canto*. También ha publicado las antologías *El tren en la poesía chilena* (1996) y *Wurlitzer, cantantes del recuerdo en la poesía chilena* (1997).

Es periodista, guionista de humor, tiene estudios de cine y de gerencia pública. En el año 2000 fue nombrado Jefe del Departamento de Cultura de la Secretaría Ministerial de Educación de la Región Metropolitana.

A NACIONAL



2268

708857

11M (290.55)
-56)

Jorge Montealegre Iturra

FRAZADAS DEL ESTADIO NACIONAL

COLECCIÓN SEPTIEMBRE



LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

Montealegre Iturra, Jorge, 1954 -
Frazadas del Estadio nacional [texto impreso] / Jorge
Montealegre Iturra. — 1ª ed. — Santiago: LOM Ediciones,
2003.

180 p.: 11,8x 21cm.- (Colección septiembre)

ISBN : 956-282-578-7

R.P.I. : 134.762

1. Presos políticos – Chile – 1973. 2. Chile – Historia -
Golpe de estado, 1973. I. Título. II. Serie.

Dewey : 365.450983.— cdd 21

Cutter : M772f

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

JORGE MONTEALEGRE ITURRA

© LOM Ediciones

Primera edición, 2003

Registro de Propiedad Intelectual N°: 134.762

I.S.B.N: 956-282-578-7

Motivo de la cubierta: fotografía de Peter Hellmich, tomada del libro
“Operación Silencio”. Verlag der Nation.

Diseño, Composición y Diagramación:

Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 688 52 73 Fax: (56-2) 696 63 88

Impreso en los talleres de LOM

Maturana 9, Santiago

Fono: (56-2) 672 22 36 Fax: (56-2) 673 09 15

web: www.lom.cl

e-mail: lom@lom.cl

En Buenos Aires *Editores Independientes* (EDIN)

Baldomero Fernández Moreno 1217

Fono: 5411-44322840

editoresindependientes@hotmail.com

Impreso en Santiago de Chile.

A
Natalia,
Abril y Miranda
a todas las hijas.

A Raymi
y a todas las nietas.



Agradecimientos

A
Pía Barros,
Óscar Montealegre, Elena Montealegre,
Rafael Eugenio Salas, Armando Uribe Arce.

A los autores de cada testimonio, voces de
una historia de todos, que me he permitido citar.

*"El respeto a los demás, la tolerancia
hacia el otro, es uno de los bienes culturales
más significativos con que contamos".*

Presidente Salvador Allende en el Estadio Nacional, 1970.

*"Otra vegetación salpicaba los muros de la ciudad.
Era el musgo del odio que los tapizaba".*

Pablo Neruda en el Estadio Nacional, 1972.

Retrato

PRÓLOGO DE ARMANDO URIBE ARCE

Cumplo una promesa de hace varias décadas, como se verá en este libro. La hice antes que el libro fuera escrito.

Los recuerdos de Jorge Montealegre, jovencísimo en 1973, sobre sus ascéticos padecimientos desde el día del golpe y su forzada estada en el Estadio Nacional junto a miles de desprevenidas víctimas del golpe y la dictadura, tienen la frescura de su edad entonces y su continuada juventud hasta ahora.

Menudo y con nervios templados por sus experiencias de niño y adolescente, no abjura la delicadeza de su sensibilidad en los medios más siniestros, crueles e injustos. Supera los dolores y los transforma en alimento sano y bueno. Tiene una naturalidad cristiana de la que conozco pocos casos. Podría haber sido un pastor de ovejas de los tiempos de Cristo, que escucha en silencio, con encendida discreción, las palabras cargadas de sentido y emoción de ese maestro.

Esto es patente en las Frazadas del Estadio Nacional.

Inicialmente el título me dejó dubitativo; como que algo no calzaba entre ambos términos, frazadas, estadio. Pero me fui dando cuenta de la protección hogareña que las primeras fueron significando respecto al mundo terrible de la segunda, el Estadio en que el deporte consistía en hacer sufrir.

Si lo que ocurrió en ese lugar después del golpe de Estado es una metáfora de valor universal, las frazadas mal repartidas en el campo de cemento y alambradas constituyen la metáfora materna del sobrevivir pese a los sicarios de uniforme y sus colegas civiles –identificados por sus diversos zapatos...

Menos mal que unos pocos de uniforme mostraron humanidad; lo pagaron caro, con su propia muerte.

Muerto nocturno de pasto y piscina, campo de sangre, Haceldama.

Hay un subgénero de narración en prosa que se ha llamado testimonial. Creo que siempre tiene el interés de un documento personal y colectivo para fundar la historia que luego se haga sobre los hechos de un período crítico. Frecuentemente adopta trazos autobiográficos de orden subjetivo, social, nacional. Muestra distintas formas de ser chileno. Muchas veces conmueve.

Entre ellos hay un cierto número, más bien escaso, de valor literario. Para ello, es relativamente secundario el lapso o la intensidad de los dolores, humillaciones y nuevas experiencias sufridas y registradas. La capacidad de expresión literaria de quien escribe sus recuerdos con palabras, los hace obra de literatura válida. Por ejemplo, el libro *Tejas Verdes* de Hernán Valdés —uno de los primeros relatos publicados de emprisionamiento y tortura— resulta ser plenamente literario. Se trataba de un poeta y autor en prosa; aunque no es del todo necesario haber escrito literatura previamente, pues existen algunos que se descubren escritores al componer sus recuerdos por primera vez.

Montealegre halló su vocación literaria en el estadio y su experiencia en el subsecuente campo de concentración de Chacabuco por más largo tiempo. Comenzó, en esos trances, a los diecinueve años a escribir poesía como lo ha hecho desde entonces por treinta años más. También prosa, como en los diarios murales del campo de concentración.

Este libro actual, en el que combina diestramente sus recuerdos iniciales de su época crítica y sus experiencias mientras los rememora, es una obra literaria de calidad única.

Nos hace encontrarnos con la persona viva de su autor, madurando en su juventud a palos y transformándolos en frutos; y con la madurez de quien ha aprendido a conocer todas las limitaciones de la realidad. Es un poeta, un artista que conserva, a la vez, la riqueza del niño que lleva adentro. Sin niño dentro, no hay poeta. Y éste lo es, envuelto en sus frazadas.

ARMANDO URIBE

Dictados de la memoria

PRÓLOGO DEL AUTOR

Estoy en la oscuridad, hincado, cubierto por una frazada. Tengo 19 años, pero soy más chico que los adolescentes de mi edad. Me veo más niño. Ni siquiera me veo en esta aparición. ¿Qué hago bajo la frazada? Yo no soy ese lolo golpeado y enmudecido. ¿Yo no soy o ya no soy? Han pasado treinta años y bordeo los cincuenta. No soy el casto colegial de entonces: soy abuelo. Me perturba el recuerdo sin imágenes de ese chiquillo que sigue bajo la frazada. Sin vista de rayos X, como los superhéroes de sus revistas, el horizonte es su propia frazada. La oscuridad que encierra los recuerdos, los conserva y los ahoga y hay que volver a la oscuridad para que la imagen latente se revele. En ese retorno soy el joven y el viejo bajo la misma manta: nos cobija la memoria. Soy el mismo.

Recordándome bajo la frazada, me acerco al *lolo Montealegre* que tomaron preso en septiembre de 1973. Y siento el impulso de hacerme cargo de él, de convertirme en el tutor de ese chiquillo; el apoderado de quien no pudo volver ese año a su liceo. Lo arrancaron de una casa que lo hacía feliz. Se aferró a ella hasta que lo sacaron a culatazos. Me duele lo que le pasó. Me duele de nuevo. Vuelve mi callada indignación. No tenían derecho. Estaba solo. Se lo llevaron solo. Me gustaría invitarlo a vivir a mi casa, para que se sienta como en su casa. Viejo prematuro, ya podría ser el padre del chiquillo sin padre que estaba en esa casa. Lo acompaño en la memoria, le pido que me cuente, que traspase la oscuridad de la frazada.

Está aquí, conmigo, mostrándome sus recuerdos de prisión escritos en 1974,¹ inmediatamente después de salir en libertad. Impresos a mimeógrafo en Roma los llevó a México en

¹ Montealegre, Jorge. Chacabuco. Impreso a mimeógrafo, Roma, Italia, 1974.

1975 para entregarlos a una comisión internacional investigadora.² Era difícil hacerlo circular bajo dictadura. Enviarlos por correo arriesgaba inútilmente al destinatario. Al menos quedó el registro en papel roneo de unos recuerdos que en algún momento tendrían que encontrarse con esa memoria que también tiene un territorio. Siempre tuvo la esperanza de que se pudiera publicar en Chile. Y ahora tiene esa oportunidad. Ojalá no sea demasiado tarde.

En la denuncia había un registro interesante, con recuerdos frescos que difícilmente se pueden reconstruir con fidelidad treinta años más tarde. Le prometí entonces ayudarlo a retomar esos escritos para editarlos en nuestro país. Es un antiguo compromiso. Escribió sus primeros versos en la prisión y sus compañeros le pidieron que contara lo que les había pasado. Y él se comprometió, sin saber que cumplir con la tarea y llegar a este momento implicaba vivir una paradoja: mantener la dictadura “aquí adentro”.

¿Cómo librar ese recuerdo sin que se convierta en olvido?

Eco de mí mismo, entonces, le dije que aceptaba acompañarlo. Entrar en su prisión para salir juntos de ella. Le pedí que comprendiera, que ambos veríamos mucho más, que deberíamos tomar en cuenta e incluir algunos episodios que ignoró en su momento, a pesar de haber estado muy cerca de los hechos. Cuando apuntó sus experiencias, no se hablaba aún de hallazgos macabros ni de confesiones siniestras. También, estuvimos de acuerdo en citar el testimonio de sus compañeros de prisión cuando esos relatos fueran complementarios a estas memorias y enriquecieran la historia compartida, sin arrogarnos dolores ni heroísmos ajenos. Así, podría seguir con nosotros la palabra de los que ya no están o que no fueron escuchados. Nos acordamos especialmente de Luis Alberto Corvalán, quien murió en el exilio y fue nuestro amigo en el Estadio, en Chacabuco y fuera de Chile.

Le pedí, además, que no se alejara de mí: que no me dejara solo reescribiendo como viejo lo que le pasó a un adolescente. Que me recordara siempre que es *su* historia; y que él fuera el duende que me soplara los famosos *dictados de la memoria*.

² El testimonio Chacabuco fue entregado a la III Sesión de la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar Chilena. México, febrero de 1975.

Por último, que inevitablemente en la escritura yo seré el de antes y el de ahora.

Retomé los viejos escritos con la extraña sensación de releer mis recuerdos como descubriéndome a mí mismo. He respetado su relato. Me he resistido a novelar y a incorporar elementos de ficción. Tentaciones no me han faltado. Sin mayores pretensiones literarias, deseo que tenga el valor de un testimonio fidedigno. Un medio de pruebas. Con mis opinables puntos de vista. Los de ayer y de hoy.

Comienzo. Me cuesta escribir o reescribir estas líneas. La memoria duele. Demora la escritura, con sus recuerdos de recuerdos. Es regresar. Y me pregunto si vale la pena, zigzagueando entre el escepticismo y la esperanza. Pero no volver sería abandonarlo de nuevo. Estoy viendo a ese chiquillo tratando de respirar bajo la frazada. Me ahoga su imagen, que es tan parecida a la de tantos que estuvieron con él. Que respiren. Que no se queden para siempre bajo una frazada.

I

DÍAS DE ESCUELA

Septiembre liceo

Siento el peso de una frazada de colores crudos. Abrigadora, calientita. Ella y los medicamentos que había tomado la noche anterior me hicieron dormir plácidamente. Me habría quedado más tiempo entre las sábanas ese martes 11 de septiembre de 1973.

Esa mañana mis primos se fueron a sus trabajos en el Ministerio de Agricultura y yo a clases. Coursaba el 4º año de enseñanza media en el Liceo N° 11 de Las Condes. En la puerta, una algarabía nerviosa enrarecía el ambiente. Los amigos nos buscamos. No entramos al liceo. La radio de un auto transmitía a todo volumen marchas militares. David Ojeda, líder de la pequeña izquierda del liceo, fue "dateado" por una secretaria. La advertencia era simple: que los "upelientos" ni nos asomáramos, porque los carabineros de la comisaría vecina "nos estaban esperando".

Los estudiantes más excitados tenían una actitud especialmente agresiva y burlona hacia quienes éramos partidarios del Presidente Allende. Estábamos divididos y en ese lugar éramos minoría. La Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago (FESES) tenía dos presidentes, desde su última elección en la cual las dos listas principales se habían declarado ganadoras. La de oposición era representada por un demócrata cristiano, Miguel Salazar; y los partidarios de la Unidad Popular habíamos elegido al socialista Camilo Escalona. Yo participaba activamente en "la Feses de Escalona". En mi liceo —de ultraderecha— el más votado había sido Andrés Allamand,

³ Camilo Escalona y Andrés Allamand han tenido relevante participación en los años de transición a la democracia. Ambos han sido presidentes de sus respectivas organizaciones: el Partido Socialista y Renovación Nacional, respectivamente.

de la Juventud Nacional³. Algo grave pasaba y era más seguro averiguarlo en otra parte.

Había que alejarse. ¿Nos estaban esperando? ¿A quiénes? ¿A cada uno con nombres y apellidos? No íbamos a cometer la estupidez de entrar a preguntar. Pero quedó la inquietud. ¿Cómo averiguar si podría volver al liceo? Me quedaba ese año para terminar la educación media. Tenía que dar la Prueba de Aptitud Académica. Quería estudiar cine. Además en fin: el guión de vida cambió de golpe.

Comenzamos a bajar hacia el centro de Santiago. El camino se hizo laberíntico por las barreras y soldados que cerraron algunas calles. Nos cruzamos con muchos peatones yendo o viniendo a paso rápido. Corrían a retirar a los niños del colegio. Los bocinazos de alegría en el barrio alto nos fueron deprimiendo y nos imaginamos lo peor. Mientto: nuestra imaginación no tenía ese alcance. En verdad, nunca pudimos imaginarnos lo peor.

Pasamos fugazmente por la sede de la Izquierda Cristiana. De esa pasada, solo he retenido la imagen alucinante de un diario mural de *plumavit*, que yo mismo había instalado en esos días. Liviano, se levantaba con las ráfagas de aire que dejaban los compañeros que pasaban corriendo sacando cosas. En esa vorágine también nos sacaron a nosotros, que andábamos con uniforme de colegio. El diario mural se quedó solo, frente a la exigida chimenea, en el amplio salón de la antigua y hermosa casona de Cienfuegos 15. El diario mural me había quedado muy liviano. Y ya no tenía arreglo.

Huidizos e intrigados volvimos hacia mi casa. El centro estaba rodeado por los militares. A nosotros el coraje nos dio solo para rodear el aparato de radio, esperando que nos dijera qué pasaba. Lo mirábamos en silencio, como si escucháramos con los ojos. Recorriamos el dial pasando por marchas y chirridos. Nos detiene la voz del Presidente Allende. Era su último discurso. La despedida era personal, como si nos hablara a cada uno de nosotros. "Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo a aquellos que serán perseguidos "

Todo había terminado. En esas palabras estaban nuestras futuras nostalgias y pesadillas. Bombardearon La Moneda y la residencia del Presidente. Se nubló. Comenzó a

llover. Cada uno de mis amigos se fue a su casa. Yo quedé en la mía. Otros, intentaban resistir o abandonaban sus puestos siguiendo las órdenes y contraórdenes de los partidos. El bando N°1 de la Junta nos dejó mudos, incomunicados y bajo amenaza: "La prensa, radiodifusoras y canales de TV adictos a la UP deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante. De lo contrario, recibirán castigo aéreo y terrestre. El pueblo de Santiago debe permanecer en sus casas a fin de evitar víctimas inocentes".

Estábamos arrinconados, cada uno en su propia jaula. Obedientes. A las 6 de la tarde comenzó el toque de queda. Mis primos, los dueños de casa, no llegaron. Me quedé solo. De vez en cuando el teléfono y con él una nueva forma de hablar, torpemente críptica, plagada de eufemismos recién inaugurados. Mis primos estaban a salvo. No sabían cuándo volverían a casa. Se comunicarían conmigo. El toque de queda duró 42 horas, hasta el mediodía del jueves 13 de septiembre. Ese día solo pudimos salir de la casa desde las 12 hasta las 16 horas. Y salir de la casa era salir a un país distinto.

Compañero de curso

Diciembre del 2002. Apenas recuerdo a mis compañeros de colegio y me cuesta ordenar la secuencia de tantos cambios de casa. Antes de vivir con mis primos, me recuerdo almorzando un yogurt con mi hermano Óscar en la pieza que compartimos en un departamento de la Villa Olímpica, cerca del Estadio. La pagábamos con una pensión de orfandad que no alcanzaba para otros lujos. Apenas cabía nuestro camarote, pero milagrosamente también había espacio para otro “pensionista”: el flaco Ariel, compañero de correrías de mi hermano, que al estirarse cubría todo el largo de la pieza.

El personaje del barrio era el Chita Cruz, defensa de la mítica Selección Nacional del Mundial del 62. Esta celebridad ocupaba un departamento del primer piso. A una cuadra vivía mi compañero de curso Carlos Tapia, el huaso. Los hermanos Tapia Martínez—Axel, Julio y Carlos—eran de Curicó, de origen democristiano, amigos del Tuco Cavalla.

Con Carlos nos íbamos juntos al Liceo 11. Para llegar había que tomar dos micros, al menos. Un par de veces Julio pudo llevarnos en “su” auto. Era bien especial: un Fiat 125, que pertenecía a la escolta del presidente Allende: Julio era chofer del GAP. En un santiamén, acortando camino con maestría, nos acercaba al liceo y continuaba su ruta hacia Tomás Moro. Nos sentíamos, sin duda, sobre un transporte escolar envidiable.

Para la derecha, en cambio, su carrera simbolizaba la prepotencia de un gobierno odiado. Mariana Callejas—la escritora involucrada en el asesinato del General Prats—evoca ese odio: “no recuerdan que Allende fue el primer Presidente de Chile que contrató guardespaldas, los hombres del GAP, que iban como balas en sus Fiat 125 por la Costanera. ¿Por qué nadie se atreve hoy a decir que no podíamos seguir así,

como estábamos con la Upé? Necesitábamos algo drástico, hay que reconocerlo”.⁴ Y fueron drásticos.

Después del golpe no volví a encontrarme con Carlos. A su hermano Julio lo vi en una fotografía, junto a otros desaparecidos. Julio se quedó con Allende. Lo apresaron en La Moneda. Años más tarde supe que a los prisioneros del palacio los llevaron al Regimiento Tacna y de ahí a los cerros de Peldehue. En ese lugar los mataron, el 13 de septiembre de 1973. “Todos al ser ejecutados conservaron su dignidad —relató el entonces subteniente Jorge Herrera, a cargo del ametrallamiento— y no se produjeron intentos de fuga. Ninguno pidió clemencia y algunos murieron gritando consignas políticas”.⁵ Cayeron a un pozo, los taparon con tierra y derrumbaron con granadas las paredes del pozo. Esa fue la sepultura.

Hasta la Pascua del Soldado, de 1978.

Los militares volvieron al lugar del crimen. Removieron y exhumaron los restos, clandestinamente. Los subieron en sacos papeiros a un helicóptero. ¿Para que los lanzaran al mar? Era un 23 de diciembre, día de la Pascua del Soldado.⁶ Jornada larga y contradictoria: de la siniestra faena los militares marcharon a repartir regalos a sus hijos. Y abrazos, con el hedor de la misión cumplida.

No hemos conversado de esto con mi compañero de curso. Su familia nunca ha tenido la certeza sobre el paradero de Julio, chofer del Presidente y —alguna vez— de un par de liceanos que no querían llegar tarde a los recreos.

⁴ En: “Mariana Callejas habla de su minuto fatal, mientras espera su detención”, entrevista de Lilian Olivares. *La Segunda*, viernes 6 de junio de 2003.

⁵ En: Escalante, Jorge. “Yo maté a los prisioneros de La Moneda. Habla el subteniente que disparó la ametralladora”. Reportaje en *La Nación*, domingo 8 de diciembre de 2002. En este reportaje el autor de las declaraciones no es identificado, posteriormente el mismo periódico lo identifica como Jorge Herrera.

⁶ En: Ramos, Marcela. “Crimen y castigo”. Reportaje en *La Nación*, domingo 12 de enero de 2003.

Septiembre, la calle

En un solo día los militares se tomaron todo el poder. Sin contrapeso.⁷ Salí a caminar. Deambulé como reconociendo la ciudad. Había una atmósfera desconocida. Antes, habría ido al partido. Era mi segunda casa. En ella pasaba casi todo el día. Ahí estaban mis amigas y mis amigos. Ahora no sabía a dónde ir, salvo caminar en redondo para volver a mi casa ignorando hasta cuándo sería mi casa. Había que guardarse temprano. El barrio estaba embanderado. En la calle los camiones militares se cruzaban con los autos, que pasaban lentos para no levantar sospechas y evitar ser allanados en la vía pública.

Los militares usaban cuellos "beatles", de colores verdeolivas o anaranjados, y diversos brazaletes. Recuerdo uno con tortuguitas verdes estampadas. ¿Por qué estas señas en los uniformes? Se decía que era para distinguirse de los "extremistas disfrazados de militares", que se habían robado una partida de uniformes. Otro rumor afirmaba que era para no confundirse con "las fuerzas leales": el ejército fiel a la Constitución que venía marchando, desde el norte o el sur, encabezado por el General Carlos Prats.

Pero en esta guerra se veía un solo bando que ocupaba la ciudad. Mi ciudad.

En una de esas caminatas me llevé un gran susto. En una esquina los soldados me detienen y amenazan con cortarme el pelo con una bayoneta. Prometí que me lo cortaría ese mismo día para que me soltaran. El pelo largo, de hippie o guerrillero, para los milicos era un síntoma de indisciplina,

⁷ "Los cálculos que teníamos de unos cinco días de lucha, se redujeron en cambio a 24 horas. Fue una sorpresa para nosotros". Augusto Pinochet, *El Mercurio*, 18 de septiembre de 1973.

desorden y relajo moral. Había que cortarlo violentamente. Algunos "lolos" no tuvieron mi suerte y fueron rapados en la calle de manera humillante. Era peligroso seguir siendo la misma persona. Como por instinto la autocensura comenzó por el propio cuerpo y quienes tuvieron que cortarse la barba andaban doblemente pálidos.

Nos mandaban a cortarnos el pelo, a acostarnos temprano, a comportarnos según sus órdenes. Desde el primer día nos trataron como a un país-niño que se había portado mal y que estaba castigado. Había que disciplinar al país. Tuvimos que esconder nuestra historia y disimular nuestros sueños. Estigmatizados, terminamos sintiéndonos culpables y fugitivos.

Sin líder, sin la casa del Partido, sin la familia política, en los militantes se anidó un sentimiento de orfandad. Estábamos en la calle, la misma de las manifestaciones; pero ahora dispersos y solitarios, teniendo encuentros furtivos en las esquinas. ¿Cómo seguir? ¿Cómo reorganizarnos? ¿Cómo estaban nuestros amigos? ¿Qué había pasado con los dirigentes?

Había mucho desconcierto. Cualquier cosa podía ser una imprudencia. Pero no era fácil asumir que "esto" duraría mucho. ¿Cómo destruir el carnet del Partido, que tanto había deseado recibir? No me atreví a quemarlo. Como otros recuerdos, lo quise conservar. Por sentimentalismo, por cariño. Fetichista o cachurero, para mí siempre ha sido difícil cumplir toda instrucción que signifique deshacerme de papeles y recuerdos. Así es que lo escondí en un grueso y antiguo diccionario. En esa línea, que prometía conspiraciones mayores, adquirieron valor las cajitas de fósforos o los paquetes de tallarines y otros que se fueron convirtiendo en los estuches preferidos para entregarnos cartas o los primeros documentos. Y, para mí, lo típico de esos días: salvar libros y discos "peligrosos" enmascarados con forros y carátulas "inocentes".

Los rumores de infiltraciones tendieron un manto de desconfianza. Que Fulano había aparecido con uniforme de marino al otro día del golpe, que a Zutano lo estaban siguiendo y por tanto era mejor pasar sin saludarlo. Eran días cortos. Iba a todas partes caminando, inventándome recorridos que dificultaran un seguimiento. Llegué a las casas de algunos

compañeros. En varias "reboté" por la impertinencia de mi visita. Que después, que otro día, que no debiste venir, que yo te llamo. Las explicaciones se podían atribuir a los temores, a que esa persona ya estaba contactada y "compartimentada"; o simplemente a la desconfianza. El miedo era razonable y también irracional. La prudencia y la paranoia se confundían. A algunos la imprudencia les costó la vida. A otros, la prudencia los sacó para siempre de "la política", que comenzaba a ser una fea palabra.

En tanto, otros estudiantes borraban los murales que tenían dibujos y consignas que recordaban el gobierno de Allende. La ciudad seguía cambiando.



De cada recorrido siempre volvía a mi casa, a la que no volvían sus dueños. En una esquina tomamos contacto, solo para vernos (Nos despedimos esa vez sin saber que el exilio de ellos sería inevitable y para siempre). Mis primos no regresarían aún. En tanto, yo podía disponer de la casa.

Mi hermano Óscar se refugió conmigo unos tres días. Irónicamente, había sido elegido dirigente sindical el 10 de septiembre, en una repartición vinculada con la Reforma Agraria. Empleado público, tenía razones para sentirse en riesgo. Nos quedamos sin comida. Solo había pan duro. Según Óscar, si lo metíamos bien mojado al horno quedaba súper rico. No era cierto, pero lo comimos con la autocrítica a flor de labios. Nos reíamos, pero también nos ensombrecían los helicópteros que volaban a baja altura sobre las casas. Ambos teníamos un destino incierto. No sería la primera vez. Hijos de padres separados, incluso desde antes de la muerte de ellos, ya habíamos estado más de una vez viviendo en lugares distintos para, siempre, volver a juntarnos. En pensiones, en internados, en hogares transitorios. Y nunca nos ha faltado de qué reírnos.

Mi hermano quería que me fuera con él a su pensión de Maruri. Yo dudaba. Sin saber realmente qué pasaba con mis primos ni cuánto duraría todo aquello, sentía que debía "cuidar la casa". Como Óscar, otras personas me aconsejaron que me fuera a un lugar más seguro. Más de una mamá de mis amigos me invitó a "pasar el golpe" con sus familias. Pero yo no quería dejar la casa sola.

Abuelita Haydée

Enero del 2002. Mi nieta uruguaya, de apenas 9 meses, está en Chile. Visitamos a la abuelita Haydée para que se conozcan. Raymi —así se llama la pequeña con cara de fiesta— es hija de mi hija Natalia, la que nació en Colombes, cerca de París. Fruto de los exilios.

Cuando el golpe, la doctora Haydée López Cassou quería que me fuera a vivir a su casa. Estaba preocupada por lo que podía sucederle a Rodrigo, su único hijo, a quien crió prácticamente sola. Yo era compañero de partido de Rodrigo González. Nos juntamos en esos primeros días de confusión en su departamento. Y Haydée captó fácilmente mi desamparo. Sin conocerme mucho, me “adoptó” y quiso que me fuera a vivir a su casa. Pero después de juntarse conmigo, Rodrigo llegaba solo con discos y libros. “No traigan más discos, quiero que traigan al lolo”, exigía Haydée.

No llegué por razones, literalmente, de fuerza mayor. Más tarde protegió y conservó por muchos años mis cartas, cuadernos y poemas de prisión. Sin deshacer el compromiso de adopción simbólica. Era una actitud que se tradujo en una solidaridad más extensa y admirable. La Dra. Haydée López adoptó a muchos y muchas al convertirse en una defensora pública y activa de los derechos humanos desde el Colegio Médico, el Movimiento de Mujeres por la Vida... o como una madre adoptiva “en particular”. Así, cuando nació mi hija mayor en 1978 viajó a París para conocer a su nieta. Voló desde Indonesia, donde realizaba un trabajo para la Organización Mundial de la Salud.

A casi 30 años del ofrecimiento de su casa, con Natalia le presentamos a su bisnieta, que algún día entenderá con orgullo y gratitud quién fue su “abuelita Haydée”.

Septiembre, mi casa

Le tenía apego a ese hogar. Mis primos, un matrimonio joven, me brindaban una hospitalidad fraterna. Magda, con elementos muy sencillos, hacía de la casa un lugar alegre y hermoso. Martín, intelectual agudo y de excelente humor, orientó naturalmente mi interés por el periodismo y el humor gráfico. Me sentía aprendiendo con ellos. Además, comprendían mi actividad política y mi necesidad de seguir estudiando. Yo me había "ahuachado" en esa casa. Era feliz rodeado de revistas y discos y afiches. Pocos días antes del golpe celebramos el bautizo de Ana María, la primera hija del matrimonio. Yo fui el padrino: por tanto ya éramos compadres, lo que en Chile es sellar una noble institución.

Yo era de ahí. Y me gustaba.

Acostumbrado desde chico a los sillones, a las camas improvisadas, a ser un allegado itinerante sin cuarto propio, tenía conciencia de que casi nada de lo que allí había era mío. Respetuoso del espacio ajeno y celoso de mis rincones, estaba lleno de recatos en esta casa. Me paralizaba un genuino pudor doméstico que me impedía allanar mi propia casa antes de que la allanaran los milicos. ¿Cómo disponer de todo eso? ¿Podía quemar, romper, regalar o abandonar ese hogar? En algún momento tendría que dejarla, en último caso porque se trataba de una casa arrendada. Pero no quería abandonarla. Me fui quedando, cuidando el perro y los libros, viviendo una extraña independencia.

Éramos, creo, la única familia de izquierda en esa cuadra de un barrio "momio". Y la intolerancia había estirado la cuerda hasta romperla. El 19 de septiembre la Junta

promovió abiertamente la delación entre los vecinos y compañeros de trabajo o estudio, al asegurar que "la información que se proporcione será de carácter reservado, manteniéndose una total discreción sobre la identidad del que la formule". Las bajas pasiones se tradujeron en denuncias absurdas. La gente que las hizo, posiblemente, nunca midió las consecuencias.



En la casa el peligro mayor era su biblioteca, los discos y las rumas de revistas y diarios de todas las tendencias. La idea de quemar libros pasó por mi cabeza, pero solo me llevaba a revisar cada libro y a pensar cómo esconderlo o a quién llevárselo. Ante la posibilidad de perderlos, me ponía a leer los libros. Nunca había leído tanto como en esos días.

Intenté, sí, quemar algunos títulos peligrosos y ¡cómo me arrepentí entonces de haber respondido los cupones que ofrecían gratis los libros de Mao Tse Tung y de Kim Il Sung! Llegaron por toneladas a la casilla de correos. En ediciones de lujo y rústicas. En papel couché y en papel de arroz. Paradójicamente no podía quemar los encendidos Escritos militares. Sus tapas plásticas ardían lentamente produciendo un humo negro que podía atraer no solo a los milicos sino también a los bomberos. Intenté salvar algunos llevándolos a otras casas. No siempre me aceptaban el regalo. Tenían suficiente enterrando o prendiéndoles fuego a los propios. Los militares quemaban libros. Nosotros también. Era una locura.



Mi casa era un departamento que estaba en un segundo piso, con entrada independiente. En la planta baja solo había una entrada de auto y un pequeño patio para cachureos. Esos eran los dominios de nuestro perro Pascual. Explico esto porque una vez, durante el toque de queda, mientras le daba comida al perro se me cerró la puerta. ¡Me quedé afuera y no tenía la llave!

No podía ir a otra parte ni conocía a los vecinos. Mi única posibilidad era llegar a una pequeña terraza que daba a la cocina. Traté de escalar por la pared, pero no había cómo. Sentí a mis espaldas las hélices de un helicóptero y pensé que me estaban mirando o que podían tomarme por un ladrón. Robar en estado de sitio significaba la ejecución en el acto. Recordé además al francotirador de un edificio cercano. En fin, me pasé varias películas, mientras me empinaba con la secreta esperanza de convertirme en el hombre elástico.

Sentía que era peligroso tratar de entrar a mi propia casa. Después de pensar hasta en subirme al perro, encontré unos neumáticos viejos de la citroneta de Martín. Los fui apilando, no eran más de tres o cuatro, y me subí y me caí de ellos. No alcanzaba. Yo estaba eximido de gimnasia y reprobado en trabajos manuales, así que mis aptitudes para pasar sin escala de un primer a un segundo piso eran escasas. Pero sí era un buen lector de cómics y un cinéfilo admirador de Buster Keaton, así que volví a juntar los neumáticos y comencé a saltar en ellos como en una cama elástica. Después de un par de porrazos, fui impulsado por el trampolín de goma: "volé" y pude agarrarme de una baranda de la codiciada terraza.

Así llegué arriba, preocupado del helicóptero, del francotirador, de un vecino diputado y de los eventuales balazos a este hombre araña o ladrón escalador. El resto fue fácil. Me temblaban los brazos y las piernas. Y me quedé mucho tiempo con la aventura en secreto, por cierto sentido del ridículo. Alrededor pasaban otras cosas, seguramente más heroicas y trágicas. Pero al recordarme, ridículamente adolescente y asustado, me río de mí mismo. Y me asombro de los miedos que llegamos a tener.

Septiembre Margot

Margot llegó pocos minutos antes del toque de queda. No tenía previsto verla y pensé que traía malas noticias. Por su parte, creía que yo estaba mejor informado para saber de nuestros amigos. Además, me confesó los negros presagios que tenía sobre mi futuro. Margot ya estaba resignada con el golpe y quería que yo me olvidara de la Izquierda Cristiana. Ella era del Opus Dei, me hablaba de “la obra” y me regaló *Camino*. La conversación –la primera discusión política que tuve después del Once– señalaba caminos distintos. Margot estaba preocupada. Yo, tenso. Y bastante inquieto porque ya estábamos sobre la hora del toque de queda.

Y se quedó.

No hacía mucho habíamos tenido un pololeo no declarado que nos había revolucionado prometedoramente las hormonas. Y ahora estábamos con toda la noche por delante gracias al toque de queda. Culposos y torpe, víctima de mi propia represión, eludía el encuentro. El país se caía a pedazos y yo estaba preocupado de qué iban a decir mis primos por este “abuso de confianza”. A fin de cuentas, era una noche de estrenos que nadie había programado. Solos, cada uno con su callada castidad, nos fuimos confesando. En mi voluntarismo militante, yo era de los que creían en el celibato revolucionario. Convicción que, ciertamente, resultó más frágil que otras convicciones. Margot también se superó a sí misma. Temerosos, indecisos, hicimos un amor inexperto. Miedo con miedo, cariñosos. Fértiles e inconscientes mientras se abría tanta fosa. A lo lejos, algunos balazos esporádicos nos dejaron sus ecos llenos de preguntas. Fue una relación más extraña que alegre. Los temores distintos se trenzaron en la noche.

Al otro día, Margot partió a su trabajo muy temprano. Yo, volvía a los libros, a mis recorridos por la ciudad, a mis encuentros, al teléfono. Poco antes del toque de queda, Margot estaba nuevamente frente a la puerta de mi casa. La frazada, con sus colores crudos, se amontonaba rápido en el suelo. El patrullaje nocturno imponía el silencio, hasta que los vehículos pasaban de largo. Entonces nos mirábamos más tranquilos. Nadie en las calles. A esas horas los únicos que podían llegar eran los milicos. Cuando se levantaba el toque de queda, Margot desaparecía como un fantasma. Yo no sabía su domicilio ni dónde encontrarla. Tampoco teníamos un acuerdo de seguir juntos. Pero la esperaba, con una ansiedad distinta a esa otra ansiedad premonitoria que me hacía mirar por la ventana a cada rato. Fueron dos o tres noches. Era pálida y silenciosa. Nunca supe si volvió, al filo del toque de queda, el 28 de septiembre. Ese día, en la mañana, llegó a mi casa un convoy del Ejército.

Saco de dormir

Año 1983. Vivo en un pasaje oscuro con reja y candado a la calle cerca de la Paz. Es la calle Olivos. Camino por el barrio buscando la casa de una amiga de los días de liceo. Ella puede contarme qué ha sido de Margot. Quiero saber de ella. Escribo mi poema "Agenda"⁸ y Margot entra a un verso como una palabra críptica, pero llena de significado.

Margot me ponía nervioso. Yo nunca había pololeado. Tenía mis amores platónicos. Y más de una vez, enfermo de tímido, no me atreví a dar el paso decisivo. Hasta que ella apareció.

En el verano del '72 estuvimos juntos en un campamento estudiantil del partido. Niños grandes, nos atrajimos jugando literalmente a las escondidas. Y no queríamos, por supuesto, que nos encontraran. Nos buscábamos en los matorrales, los grupos, el riachuelo. Incluso compartimos carpa y la invité a mi saco de dormir. Entre broma y broma nuestras pieles pudieron tocarse con alegría y curiosidad dejándonos levemente perturbados. Fue un contacto erótico prometedor. Nada más. Nada menos. Una situación de campamento.

Luego, en Santiago, la cafetería del Edificio de la Cultura "Gabriela Mistral", que llamábamos simplemente "la Unctad". Y de ahí al Parque Forestal. Un pololeo de verano que empezó y terminó discretamente. Y tomamos distancia.

Yo seguía con mis sueños, buscando sin buscar una lola que sintetizara el compromiso de Tania, la guerrillera, con la soltura de una hippie pacifista. En mis cuadernos se mezclaba la revolución con *El principito*, re conociéndome casi en la amorosa soledad del personaje de Saint Exupery. También leía *El*

⁸ Agenda, poema del volumen *Cuenta regresiva*. En: "Exilios", que contiene los volúmenes *País sin territorio*, de Bruno Serrano; y *Cuenta regresiva*, de Jorge Montealegre. Ediciones Tragaluz, 1983.

lobo estepario. Cantaba para mis adentros la *Balada de Otoño* y otros temas lluviosos de Serrat. Me veo solo, pero no como adolescente triste. Veo a un chico fantasioso, disfrutando los soliloquios de un personaje melancólico. Sin ser religioso, el lolo Montealegre tenía algo de sacerdotal. Cinéfilo, era un aventurero puertas adentro, reservado, sin una gracia para la vida social juvenil. Un tauro que rumiaba sus secretos. Así me veo desde lejos.

Margot es parte de esa historia. Fértiles e inconscientes nos entregamos bajo el toque de queda. En figoneadas y censuradas cartas de prisión me enteré de su embarazo y de su pérdida. Confundido e impotente, sentí una suerte de mutilación irreparable. Un contradictorio y vergonzoso sentimiento de frustración y de alivio. Lo enrollé en una frazada invisible y silenciosa, como una larva, para siempre. Ahí está la rabia que a veces no encuentro. ¡No sé por qué cuento estas cosas!

Al salir en libertad, poco antes de partir al exilio, nos despedimos con Margot en una esquina del centro de Santiago. Años más tarde la buscaba sin saber para qué, rastreando la misma ciudad. A tientas encuentro la casa de Georgina, su mejor amiga, y me entero, como resistiendo un reproche, de la muerte de Margot. Había sucedido hacía ya bastante tiempo. De una manera absurda, como se muere la ciudad todos los días. Yo estaba afuera (A veces el exilio se siente al volver). Irremediablemente había quedado un asunto pendiente. Margot era pálida, silenciosa. Pálida y silenciosa.

Allanamiento y secuestro

Los ladridos de Pascual y la insistencia del timbre hicieron que me asomara a la ventana. Había dos vehículos militares frente a la casa y varios soldados apuntando sus armas en diversas direcciones. Otros intentaban abrir la reja y alejar al perro. Bajé a abrir con cierta resignación, como si los hubiese estado esperando.

En la puerta nacía la escala que llevaba al departamento que ocupábamos en el segundo piso. Abrí y en ese instante pasé de mi cámara lenta al vértigo. Violentamente un par de soldados me lanzó contra la pared para revisarme, mientras un grupo entraba aparatosamente a buscar otros moradores. Luego me subieron en vilo, con golpes y groserías, para que les dijera “dónde estaban las armas”.

Era un remolino. Los soldados revisaron todo. Entre la ropa, entre los discos, en el entretecho. Bajo los cojines, bajo las camas. No quedó colchón en su lugar. Ni horno ni cajones ni ollas sin abrir. Ni diarios ni platos ni afiches sin mover. Hasta las mariposas de papel lustre volaron de las paredes blancas. Todo fue registrado. El escritorio de mi primo. El sillón, el baño, los dormitorios. Las sábanas y frazadas quedaron por el suelo. Toda intimidad fue profanada.

Uno de los oficiales me arrastró a un dormitorio para acribillarme a preguntas y amenazas. El libreto inquisidor –“marxista... upeliento... extremista”– se hilaba groseramente. Los militares eran de pocas palabras, pero las pocas que usaban las repetían demasiado.

Querían saber de armas, si conocía cubanos, de mis actividades posteriores al golpe, del resto de los habitantes de la casa. Les dije que mis primos se habían ido del país, que era inútil buscarlos en otras casas. Las preguntas se respondían solas o simplemente no tenían respuesta. Me

botaron a culatazos y me pararon a patadas por no darles armas ni cubanos ni cómplices de mi extremismo. Me pusieron el cañón del fusil dentro de la boca, hasta que tuve arcadas. Me obligaron a marcar un teléfono que por suerte no respondió. Esa llamada tampoco tenía sentido. Estaban descontrolados. Frustrados, tal vez, por capturar solamente a un lolo asustado.

Lo que más nos inculpaba era la biblioteca. *El Marxismo*, ensayo antimarxista, fue motivo de zamarreo; y *La revolución de las células*, texto de biología, fue un título sospechoso. Pero no sabía dónde estaban las armas que buscaban ni las personas que perseguían. Y mi ignorancia afortunadamente era real. En el interrogatorio absurdo quisieron pruebas de que ahí vivía una guagua. No les bastó la cuna: según dijeron, era para transportar armas. Al mostrarles un juguete, el oficial lo rompió creyendo que me burlaba de él. "Herodes" preguntó por el pediatra. El Dr. Antonio Cavalla, médico de pobres y de niños, ya estaba en la clandestinidad. Afortunadamente no insistieron en el Tuco. Poniéndome en las botas de la represión, el doctor podía resultar más "peligroso" e interesante que otros militantes.

Después de una larga revisión de todos los rincones, me mostraron unos papeles que –según ellos– me vinculaban con el GAP⁹. Había un desgraciado equívoco y ninguna posibilidad de dar una explicación serena. También saltó mi carnet de partido. El diccionario había sido un mal escondite. Me avisaron que debía irme con ellos, que tenía mucho que contarles todavía –"tai demasiaio metío, cabrito, así que vai a venirte con nosotros".

Comenzaron a sacarme de la casa. En el camino pedí recoger mi carnet de identidad y los medicamentos que estaba tomando en esos días. Con sarcasmo que limitaba con la filosofía involuntaria, el oficial me aclaró que no

⁹ Mis primos militaban en el partido Mapu Obrero Campesino, cuya organización de base se llamaba GAP (Grupo de Acción Política). A la escolta del Presidente Allende también se le conocía como GAP (Grupo de Amigos Personales). Basado en esta acusación –"cómplice en actividades del GAP"– el exjefe de la DINA Manuel Contreras Sepúlveda incluyó mi nombre, junto al de cientos de prisioneros del Estadio, en su libro que tituló *La verdad histórica: el ejército guerrillero* (Ediciones Encina Ltda., año 2000).

necesitaría cédula ni medicaciones: “te tenimoh identificao ...y donde vai a parar, cauro hueón, no vai a necesitar remedios”. Y me empujó hacia la escala para que saliera de mi hogar con las manos arriba. Después me enteré de los cargos por los cuales me llevaron: complicidad en actividades del GAP, militante de la UP, extremista peligroso para el barrio y por transitar sin documentación en la vía pública.

Me subieron a uno de los vehículos, ante la expectativa de aquel barrio embanderado al que no regresaría. La casa quedó sola. La última persona que vi salir de ella fue a un soldado sacando el botín en una frazada. Apurado, como un ladrón huyendo con el saco al hombro.

Años después mi hermana Elena me cuenta lo impresionante que fue encontrar la casa abierta, saqueada y con manchas de sangre. Creyó que era mi sangre. Pero no. Esas manchas eran la razón por la cual no escuché los ladridos de Pascual al salir de mi casa. Nuestra mascota fue callada para siempre por la patrulla. Qué decir. Al menos el perro les gruñó. Yo, en el recuerdo, me veo enmudecido.

Ingreso a la Escuela Militar

Los dos vehículos llegaron a la Escuela Militar. En uno iba yo, con más custodia de la que merecía. En el otro, libros, discos y papeles que delataban el mundo del cual me habían secuestrado. También otras especies que incrementaban el botín de guerra y abultaban la frazada convertida en saco.

Me entregaron a un oficial que, decepcionado de ver casi puros libros, me presionó de inmediato con una pregunta conocida: dónde están las armas, dónde están las armas, dónde están las armas (Una pregunta que estaba en el aire para víctimas y victimarios). No lo sabía. Y agradecía no saberlo. Paradójicamente, en esta Escuela lo mejor era no saber las respuestas. Pensando en amigas, compañeros y parientes, deseaba con el alma que solo me preguntaran sobre cuestiones que no supiera. Y que mi ignorancia fuera convincente.

—“¿Sabíh rezar?”. Fue la pregunta burlesca y el gesto con que el oficial me ponía nuevamente en manos de los soldados: “Mejor que sepái —agregó uno casi infidente— porque a los extremistas como voh los tenimoh que fusilar!” Me tomaron de los brazos y me llevaron, casi a la rastra, hacia uno de los patios.

Realmente creí que me fusilarían. ¿Por qué no, si yo no tenía lo que buscaban? Nada les impedía hacerlo. Me costaba sostenerme en pie. “¿Sabíh o no sabíh rezar? ¡Reza, mierda! ¡Ahora son toos cristianos los hueones! ¡Marxistas culiaos!”. Recordé el Padre nuestro y, a pesar de la burla del oficial, sentí de una manera harto ingenua que mi respuesta sobre los rezos aclaraba en parte mi situación. Pero no bastaba. Les repetí desesperadamente que no tenía que ver con el GAP, que no tenía armas, que en esa seguidilla de

negaciones, también negué ser marxista. Pero sin ser marxista, al negarlo, me sentía mintiendo.

Ya en el lugar, los soldados me obligaron a seguir de pie, con las manos en alto, casi empinándome, mientras tomaban distancia para disparar. No tenía dónde apoyarme. Sudaba. Cerré los ojos. Escuché los disparos y hasta me caí. Era todo verdad y era todo mentira. No estaba muerto. Quedé tiritando. Después, las risotadas y las manos de los actores del simulacro que me sujetaron del cuello para hacerme caminar mirando el piso. ("Vai a tener que seguir rezando, hueón, porque te salvaste de puro milagro"). Otro me fue pegando con su fusil, como picaneándome, hasta que me dejaron donde debía esperar "nuevas órdenes". Y se fueron. Me quedé ahí, un poco avergonzado por haber caído en la broma macabra que me habían hecho.

La soledad me tranquilizó un poco. Pude observar mi entorno y ver cómo se quemaban en los patios de la Escuela revistas, libros, discos. Muchos papeles. Seguramente en esa hoguera ardía lo que habían sacado de mi casa.

Me dejaron afuera, casi a la entrada de unas oficinas, hincado y con mis manos en la cabeza. Al paso, todo el que entraba creía tener derecho a preguntarme algo, darme una bofetada, un puntapié o un grito. Me ordenaban nuevas posiciones, incómodas, cansadoras, dolorosas. Y cambio de éstas: que manos en la nuca y pies separados, que brazos al aire e hincado, que arrodillarse sobre las manos y mirar el suelo... y el suelo y siempre el suelo. Cuando regresaba alguno de mis ocasionales mandantes me castigaba por estar en forma distinta a como él había ordenado. No faltaron las miradas piadosas e impotentes. Alguno se mostró amigable dejándome un poco edificante "estai cagao, cabrito". Uno me pidió algún nombre y se ofreció para avisar sobre mi paradero. No se lo di. Le dije que era solo.

No sé cuánto tiempo estuve hincado sobre mis propias manos. El suelo era de una arenilla dura. Con la cabeza gacha, el dorso curvado y los dedos aplastados por mí mismo, perdía fácilmente el equilibrio y quedaba balanceándome cuando pasaban a mi lado los soldados que aprovechaban de pegarme una patada en el poto o una cachetada en la cabeza. Se divertían.

Los soldados eran jóvenes igual que yo. Nacidos casi todos en 1954. Yo había sido conscripto hasta poco antes del golpe. ¿Qué habría hecho si hubiese tenido que seguir en el Servicio Militar? Al menos supe qué había sido de mis compañeros de escuadra, cuando tuvieron que ser mis carceleros en Chacabuco. A la clase del '54 le tocó ser la tropa del golpe. Pero "me salí" antes. Entre quienes ayudaron a sacarme del Ejército estuvo don José Tohá, cuando era Ministro de Defensa del Presidente Allende. Su recuerdo me trae una amarga coincidencia: inmediatamente después del golpe José Tohá fue llevado como prisionero de guerra a la misma Escuela donde me tenían castigado. Con él, en los primeros momentos de dictadura, estuvieron altas figuras allendistas –como Daniel Vergara, Orlando Letelier y otros– que fueron llevados desde ahí a la Isla Dawson. En esta Escuela empezó la muerte para varios de ellos.

Por mi parte, en ese patio de la Escuela Militar yo no tenía más importancia que la de otro objeto robado en un allanamiento. Hacían escarnio, mientras alguien decidía mi destino y ordenaba que me llevaran de ahí. Con esa orden apareció un militar que me agarró violentamente del pelo y la oreja. Y me hizo caminar, casi correr, arrodillado.

El recuerdo trae otros recuerdos. Cuando niño acompañé más de un jueves a mi madre a pagar sus mandas en la iglesia Santo Domingo. Ella avanzaba de rodillas hasta la Virgen. Trabajosa y lentamente. Yo la seguía, sin comprender su sacrificio. Ahora, me hacían caminar como pagando una penitencia. Con el cogote estirado. Me apuraban. Y era doloroso. ¿A quién culpar? Confieso que no recuerdo rostros de individuos ni supe de nombres. Solo uniformes, todos iguales: pantalones, bototos. Lo que se podía ver con la cabeza gacha. Tampoco escuché en esa Escuela alguna orden o contraorden que impidiera el trato que practicaban conmigo.

Así, después de haber estado ocho horas con la sensación de estar viviendo un absurdo que podía renovarse indefinidamente, llegó el momento de "egresar" de la Escuela.

Ordenaron que me tendiera boca abajo en una camioneta porque saldríamos a "dar un paseo". Ya era de

noche, había toque de queda y ladridos. Los soldados apoyaban sus bototos en mi cuerpo para que no levantara cabeza ni tratara de huir o verles la cara. Los soldados se entretenían en el trayecto manipulando sus armas. Entre los saltos y frenazos sentí, de pronto, un fuerte golpe en mi cabeza: a uno de ellos se le había caído el fusil. No podía ver. Tampoco sobarme. El impacto me dolía, pero no podía despegar mis manos de la nuca ni la cara del piso con huinchas de lata. Tampoco despegaba los labios. Entre risas y garabatos el soldado celebró su propia torpeza. Luego, se excusó bobaliconamente tocándome la cabeza. "Chuchas... fue sin querer... y no te pasó nada". Nada. Cierto: no sangraba ni me habían llevado a un potrero ni al Mapocho. Además, fue la única oportunidad en que un soldado dijo algo parecido a una disculpa.

Con las manos en la nuca y la barbilla resentida, llegué a la Recepción del campo de prisioneros más grande de Chile. Fue casi un alivio. Estaba en el Estadio Nacional. El mismo estadio donde había visto jugar al Santos, el equipo de Pelé, y me había reído con los muñecos gigantes de los clásicos universitarios.

Estadio de emergencia

El Estadio Nacional fue inaugurado el 3 de diciembre de 1938, días antes de que Arturo Alessandri dejara la Presidencia de la República. El “león” se despedía inaugurando un “elefante blanco”, bajo la silbatina de un pueblo que así expresaba su repudio a la reciente matanza del Seguro Obrero. Pedro Aguirre Cerda, del Frente Popular, lo sucedería en el poder. Se veía venir. La primera piedra del Estadio se había puesto el 25 de febrero de 1937, año de atmósfera nacionalista en el que se aprueba la Ley de Seguridad Interior del Estado y se forman Los Quincheros; también hay un espíritu internacionalista bien representado por un trío de Pablos: De Rokha publica su *Imprecación a la bestia fascista*, Neruda *España en el corazón* y Picasso pinta *Guernica*.

Desde entonces y hasta 1973, por la tribuna presidencial del Estadio pasaron ocho presidentes constitucionales, desde don Arturo Alessandri hasta el doctor Salvador Allende. Treinta y cinco años de alternancia en el poder y de jefes de Estado que habían podido compartir un espectáculo deportivo o cultural como cualquier hijo de vecino. Ninguno de ellos vivió bajo una pifia perpetua de la galería. Cuando la merecía, y ninguno estuvo exento, la ciudadanía —el gran árbitro— sancionaba la falta con su voto. Y ese mismo lugar era recinto de votación.

En sus años iniciales, el Estadio fue “asilo contra la opresión” cuando albergó a yugoeslavos, lituanos, polacos, húngaros y otras víctimas de la Segunda Guerra. Fue, lógicamente, el gran escenario de esa “fiesta universal del deporte del balón”, el ya mítico —para los chilenos— Mundial del 62.

La rivalidad alegre entre la Chile y la Católica se tornó carnalesca en los clásicos universitarios. Con sus espectaculares competencias de barras ocuparon el espacio de las tradicionales fiestas de la primavera. Y tantas ocasiones alegres. Me veo corriendo con mi hermano Óscar, como dos barrabases

ansiosos por entrar al Estadio para disfrutar de los octogonales en que jugaba Santos de Brasil, con Pelé y todo ese ambiente de fiesta. En una de esas aglomeraciones frente a las boleterías el guanaco nos mojó por primera vez. Pero esa represión era casi un juego. Sin ironía, con involuntaria visión de futuro, los relatores deportivos bautizaron el recinto como primer “coliseo” de la Nación.

En este mismo Estadio, en noviembre de 1972, fue recibido Pablo Neruda que volvía con el Premio Nobel en su equipaje. Regresaba a su pueblo, respirando aires de intolerancia y lo dejó escrito: “otra vegetación salpicaba los muros de la ciudad. Era el musgo del odio que los tapizaba”.

La recepción

El ingreso fue caótico. Esa noche, el 28 de septiembre de 1973, había demasiada gente ante los mesones de la recepción del Estadio Nacional. Muchos llegamos al mismo tiempo, provenientes de diversos lados. Y cada grupo con su respectiva escolta. Todos queríamos ser atendidos con prontitud. Los detenidos, porque teníamos la esperanza de aclarar esa misma noche nuestra situación y volver a nuestras casas. Los guardias, porque así nos dejaban en manos de otros militares y podían regresar a sus unidades con la misión cumplida. La atención era lenta. Quienes cumplían la misión de cancerberos atendían según el grado de quien tenían al frente, más que respetando algún orden de llegada. Había que empezar a acostumbrarse a esas nuevas influencias.

El trámite de entrega podía ser engorroso. Hubo casos en que la jefatura del campo rechazó "la carga", aduciendo que ya había demasiada gente en el recinto y que los prisioneros debían ser ejecutados por la unidad responsable de la captura. También, sucedió que el mismo vehículo debía salir del Estadio con una carga inesperada: cadáveres de los cuales había que deshacerse en el camino. "Quería retirarme luego —relata un ex capitán de la Fach— y al subir a la camioneta me doy cuenta de que en la parte trasera hay dos cadáveres. Vuelvo donde el coronel Espinoza para pedirle explicaciones y él me dice 'de aquí no sale ningún vehículo sin carga'. Cuando le pregunto qué quiere que haga, me indica que me deshaga de ellos en el camino. Totalmente descompuesto cumplí la triste misión y los dejé bajo el puente Carlos Dittborn" ¹⁰

¹⁰ Testimonio del capitán (R) de bandada, de la Fach, Jorge Silva Ortiz. Entrevistado por Fernando Villagrán, periodista que también estuvo preso en el Estadio Nacional. En: El capitán que me salvó de la muerte, *Rocinante* N°35, septiembre 2001.

Por ello, lo mejor para los soldados era que los atendieran rápido, les aceptaran la carga sin inconvenientes y así volver desocupados a sus unidades. Otros, ya venían rechazados de otros lugares. Es el caso de unos buses que llegaron con prisioneros al Estadio Chile y ahí recibieron la notificación del comandante del campo: "Ya no cabe más gente, tenemos más de cinco mil prisioneros" y entonces los llevaron al Estadio Nacional. El trayecto indeciso y las contraórdenes convertían a los vehículos en celdas rodantes, a la deriva, que podían tener cualquier destino.

En la confusión del Estadio Nacional daba lo mismo si el detenido venía de una comisaría, de algún allanamiento, de la calle, del Estadio Chile o de la Escuela Militar. Las razones y sinrazones se mezclaban y en el mismo piño estábamos por militancia, ebriedad o toque de queda. En el entorno alcancé a ver personas castigadas en los rincones mirando la pared. Un señor con las manos amarradas; otro, tirado en el suelo, como durmiendo, cubierto con una frazada. Personas grandes que lloraban rogando una explicación. También había algunas mujeres que entonces no imaginaba a dónde podían llevarlas. Pero había espacio para ellas en el Estadio.

Los guardias, con brazaletes estampados, se ponían nerviosos con las miradas. Era una razón por la cual la mayoría debíamos estar con las manos en la nuca, la cabeza gacha y los codos hacia delante para que no pudiéramos mirar hacia los lados. Así, en esa confusión, también era difícil que alguien nos reconociera.

Las miradas

"Quiero verte para darte el perdón"

P. JUAN ALSINA

Marzo del 2002. Fallece María Paz García-Huidobro. Hasta el fin se dedicó a investigar y escribir sobre los curas asesinados por la dictadura. En sus últimos meses también compartió nuestro hogar, los cuidados de Pía —mi esposa— y la amistad de mi hija Miranda. Ambas situaciones explican que me haya topado en mi casa con una antigua y especial edición de la *Sagrada Biblia Católica* que perteneció al sacerdote Juan Alsina. De él hablábamos con María Paz. El padre español fue asesinado en septiembre de 1973. Su delito fue mirar de frente a sus ejecutores.

No nos querían ver. No nos podíamos ver. Entrando al Estadio Nacional esta suerte de incomunicación era más intensa. Nos escondían entre nuestros propios brazos o bajo las frazadas o tras una venda o dejándonos boca abajo o frente a una pared, como niños "burros" castigados en el rincón de una sala de clases. No querían el cruce de las miradas. Parecía una medida instintiva, irreflexiva, pero desde que me aprehendieron había sido así. Y en la entrada del Estadio tomaba diferentes formas. La mirada nos hacía vulnerables y poderosos al mismo tiempo. Y valía para ambos. Por ello podía ser peligrosa.

La prohibición de la mirada o la percepción solo de fracciones fugaces de realidad, hacían del entorno inmediato un reducto sórdido absolutamente fuera de control. Sabíamos apenas de nuestro cuerpo. Nada, en cambio, del horror que vivían otras personas en el mismo estadio o en otras partes. A mí, al menos, no se me pasaba por la cabeza el asesinato de curas o que estuvieran lanzando gente al mar o matándola en el desierto. Si lo hubiésemos sabido, el terror de la mayoría y la temeridad de algunos habrían sido mayores.

El castigo de taparnos la vista era al mismo tiempo nuestro seguro de vida: el cruce de miradas podía ser nuestra cruz,

como lo fue para el padre Juan Alsina. Lo fusilaron el 19 de septiembre porque vio a quienes lo torturaron. “Como antes lo habíamos machucado, él nos había visto la cara —confiesa el soldado que lo ejecutó— y nos podía reconocer y denunciar. Nosotros pensábamos que este tipo de detenidos, si los soltábamos, nos podían denunciar y hasta tomar represalias contra nosotros o contra nuestros familiares. O sea, lo matamos para evitar este riesgo...”¹¹

Fue una precaución inútil, en este caso, porque el cura catalán le dejó expresamente su mirada: “por favor no me pongas la venda -le dijo al soldado-, mátame de frente porque quiero verte para darte el perdón”.¹² Y el soldado arrepentido recordó esa mirada para siempre.

Los militares también eran víctimas del miedo. Con una vergüenza no declarada esquivaban la mirada de los vivos y de los muertos. En el momento de ver nuevamente la luz, el prisionero no sabía cómo era la persona que le descubría la cabeza. Podía encontrarse cara a cara con el odio o con el estupor o el nerviosismo de un soldado que no sabía a quién iba a encontrar bajo la frazada.

En esos mismos días del Estadio trasladaban a la fosa común a varios asesinados en el norte. Los llevaban con sus cabezas cubiertas con fundas verdeolivo de sacos de dormir. Un oficial del Registro Civil asistió al entierro de algunas víctimas de la Caravana de la Muerte: entre otros horrores contó al juez Guzmán: “...recuerdo que sus cabezas estaban cubiertas con sacos que no presentaban perforaciones, demostrando que les fueron colocados después de sus muertes”.¹³ Al identificarlos, el funcionario reconoció entre los cadáveres a uno de sus mejores amigos.

En toda mirada había un horror verdadero difícil de enfrentar. Y siempre hubo alguna mirada prohibida que pudo contar la historia.

¹¹ En: Jordá Sureda, padre Miguel, *Martirologio de la iglesia chilena, Juan Alsina y sacerdotes víctimas del terrorismo de Estado*, Ediciones LOM, 2001, pág. 26.

¹² Idem, pág. 18.

¹³ Oficial del Registro Civil Víctor Bravo Monroy, En: Escalante Jorge. *La misión era matar. El juicio a la caravana Pinochet-Arellano*, Ediciones LOM, año 2000, pág.178.

A fin de cuentas, resultó sintomático que un ícono imborrable del golpe fuera la imagen del dictador con gafas oscuras. ¿Por qué los anteojos negros? Pinochet lo confesó con cinismo: “Porque era una forma de decir las cosas. La mentira se descubre por los ojos, yo muchas veces mentía”.¹⁴

Muchas veces. Días antes de que José Tohá muriera prisionero, su esposa conversó con el general. Y le buscó la mirada. “Pinochet no me miró nunca a los ojos —cuenta Moy de Tohá—. Quería encontrarme con la mirada del Augusto Pinochet que yo conocía, y no estaba en ninguna parte”.¹⁵ Era el miedo a la mirada. A la propia y a la de los otros. El presagio de un país ennegrecido, representado por las personas vendadas en la tortura, por los agentes con anteojos oscuros. Y por muchos —sin anteojos ni vendas— que nunca pudieron enterarse o no quisieron ver lo que pasaba o se acostumbraron a mirar la vida de reajo.

¹⁴ Augusto Pinochet en: *Augusto Pinochet: diálogos con su historia. Conversaciones inéditas con María Eugenia Oyarzún*. Editorial Sudamericana, 1999. Citado en: *La Tercera*, 22 de noviembre de 1999.

¹⁵ Moy de Tohá, en: *Chile, la memoria prohibida*, varios autores, Tomo I, pág. 410, Pehuén Editores, 1989.

Compañeros y compadres

Nos registraron y nos registraron en la recepción del campo de prisioneros. Luego de las predicciones macabras del recibimiento, me ll varon junto a otros recién llegados a un camarín que ya estaba repleto. Las débiles luces todavía estaban encendidas. Los rostros, en cambio, parecían apagados. Silenciosos, pero acogedores; también los había abstraídos o recelosos. Algunos saludaron con cierta compasión, como recibiendo una nueva pena que les propinaba ese día. El desconcierto y la desconfianza flotaban en el aire.

Ni una cara me era familiar, pero seguramente habíamos estado juntos en alguna marcha. Los rostros sintetizaban la tragedia. Apretados entre las paredes del camarín éramos una muestra de esas multitudinarias manifestaciones colectivas de apoyo al Presidente Allende. Una concentración de gente común y corriente. Ahora silenciosa. Obreros, profesionales y oficinistas perplejos, jóvenes estupefactos, viejos ensimismados. Más de noventa personas en el hacinamiento. En otros camarines, hubo más de ciento veinte.

Gente sencilla, pero protagonista de un proceso en que habíamos participado miles. Éramos militantes de partidos políticos, trabajadores sindicalizados, pobladores de juntas de vecinos, campesinos de Centros de Reforma Agraria, jóvenes pertenecientes a clubes deportivos, centros de alumnos y federaciones estudiantiles, etcétera. Había toda una experiencia que llevó a los presos, casi espontáneamente y con pocas palabras, a organizarse desde el primer momento. Ahora, entre "compadres", ya que la palabra "compañero" estaba proscrita; censurada como otras expresiones que marcaban nuestra cultura.

Así, "escuadra de servicio", para servir la comida; o "cuadrilla de aseo", para limpiar el lugar; o "fondo común", para compartir alimentos o cigarrillos; se hicieron parte de la jerga que daba cuenta de nuestra organización.

No faltó un líder dispuesto a representarnos. Siempre tuvimos un "jefe", de camarín o escotilla, que hablaba en nuestro nombre con los militares. Lo que era aceptable por estos últimos, no porque avalaran la generación de nuestros delegados sino porque era compatible con sus procedimientos habituales: así como un cabo da cuenta al sargento de la situación de su escuadra, los presos políticos teníamos un jefe que hacía "el conteo" y entregaba el "parte de fuerza" a los guardias y nos representaba para conseguir alguna frazada o unas tabletas de vitamina C. En la medida que nos íbamos conociendo, la organización se perfeccionaba y se extendía en aras de la convivencia. La solidaridad era más consciente. Y necesaria, porque en momentos la ley de la selva se imponía para ganar un espacio, un pan, una frazada.

El ruido de los ventiladores

Mayo de 2002. “Lo que han visto los chilenos del Estadio Nacional es lo que ocurrió después del 18 de septiembre, cuando se empezó a pasar a las graderías a los detenidos que estaban en los camarines, pasillos y bodegas del Estadio. El horror que presencié es anterior a esos días”, declaró al juez Juan Guzmán un testigo norteamericano.¹⁶

Yo no viví esos momentos. Cuando me llevan al Estadio, la prisión ya tenía un par de semanas de historia. Recuerdo esa noche y veo al lolo Montealegre en un grupo, urgido, marchando manos en la nuca por un pasillo mal iluminado y obedeciendo al grito que ordenó detenerse frente a una puerta. El camarín estaba repleto de prisioneros. Ingenuo, creyó que no cabían más y que lo llevarían a otro, pero igual lo hicieron entrar a culatazos. Sentía todas las miradas sobre sí y una absurda vergüenza de saberse un chiquillo torpe apresado por leso.

Me miraban, pero seguramente otros pensamientos pasaban por sus cabezas. ¿Qué había sucedido en el Estadio durante los días en que yo había vivido “en libertad”? Nadie contaba. En los ensimismamientos, las miradas esquivas, los tics nerviosos, había un testimonio que no se podía verbalizar y que yo no alcanzaba a comprender. Nadie me puso al día. La historia de horror estaba en el silencio.

¿Qué había pasado? Se ha sabido después y desde lejos.

El mismo día en que yo entraba al camarín, una pareja norteamericana, sobreviviente del Estadio, entregaba un informe sobre esos días a un Subcomité del Senado de los Estados

¹⁶ Adam Scheisch en: “El ritual de exterminio de más de 400 personas en 3 días en el Estadio Nacional”, por Héctor Vera, publicado en PienzaChile.com el miércoles 29 de mayo de 2002.

Unidos, que presidía Edward Kennedy¹⁷. Casi treinta años más tarde volvieron a Santiago para reiterar su testimonio ante un juez chileno. Adam Scheisch y su esposa Pat Garrett, ambos científicos sociales, estuvieron presos del 15 al 18 de septiembre. Por ser estadounidenses, los militares no sabían si eran amigos o enemigos y los ubicaron en un lugar especial: las graderías del sector Pacífico. “Fuimos testigos privilegiados —relatan— en tanto nuestros captores no hallaban qué hacer con nosotros. Los prisioneros estaban encerrados en camarines, aislados unos de otros. Esto les impedía ver lo que pasaba en otras secciones”. Por ello, Adam Scheisch pudo dar cuenta de las ejecuciones que no están consignadas en el informe de la Comisión Rettig. “Observé que siempre repitieron el mismo ritual. Los oficiales tenían un libro posiblemente con el registro de los nombres y chequeaban a las personas. Se formaban dos filas en los pasillos”.¹⁸

Ratificaba así lo que en 1973 la Sra. Garret había declarado ante el senador Kennedy: “cada vez que veíamos estas filas veíamos también repetirse la misma situación. Una de las filas estaba formada por gente que recibía de vuelta sus documentos y recobraba su libertad. Esta fila no tenía guardias y los prisioneros podían llevar sus brazos colgando a lo largo del cuerpo. La segunda fila iba fuertemente custodiada con un oficial armado por cada 10 a 20 presos. Estos eran obligados a llevar sus brazos sobre sus cabezas. Esta segunda fila era llevada afuera y poco después escuchábamos las ráfagas de metralla”.¹⁹

De regreso al estadio, casi 30 años más tarde, Adam Scheisch rememora: “La fila de la muerte entraba por un túnel del estadio y pasaban a la cancha de juego, donde serían ejecutados. Antes de proceder a los ametrallamientos, un suboficial se encargaba de poner en marcha los ventiladores de los camarines. (Ahora que he venido de nuevo al lugar, después de 29

¹⁷ Adam Scheisch y Pat Garret, inmediatamente después de llegar de regreso a su país, hicieron un informe para el Subcomité del Senado de EE.UU., de Investigación de Problemas conectados con los refugiados y Escapados del Senado (28 de septiembre de 1973).

¹⁸ Adam Scheisch en: “El ritual de exterminio de más de 400 personas en 3 días en el Estadio Nacional”, op. cit.

¹⁹ Testimonio de Pat Garret ante Comisión del Senado Norteamericano, 1973. En: “Fusilamientos en el estadio”, reportaje de Pamela Jiles. Revista *Análisis* N°87, 31 de julio al 14 de agosto de 1984.

años —reconoce el norteamericano—, he constatado que esos mismos ventiladores están y meten tanto ruido como en 1973). Ese ruido servía para ahogar el ruido de los disparos que duraban entre uno a dos minutos cada vez. Terminado esto se apagaban los ventiladores nuevamente. Cada grupo que era ejecutado estaba compuesto por quince a veinticinco personas. Por el número de veces que repitieron este ritual, cinco a siete veces al día, en los tres días y cuarto, he calculado que mataron entre cuatrocientas a quinientas personas”.

Sorprendido de que la Comisión Rettig haya registrado solo cuarenta muertes en el Estadio Nacional —“exactamente diez veces menos de lo que estoy testificando”—, Adam Scheisch sostiene que esta diferencia “se debe a que lo que se dice en el Informe es solo a partir del 18 de septiembre, en que las ejecuciones, como consta a otros testigos, fueron mucho más esporádicas que los que tuvimos la oportunidad de conocer como testigos extranjeros”.

Esa historia de los que habían llegado antes estaba en la atmósfera del camarín. Algunos la sabían. Nadie la contaba. Los ventiladores la dejaron en el aire.

Sonrisas cómplices

En silencio, los nuevos y los viejos, nos mirábamos en el otro; asombrándonos de ese maltrato que no reconocíamos en nuestro propio cuerpo. Hasta ese momento yo no había tenido oportunidad de tocarme, revisar si tenía heridas. Como dijeron los soldados: "no me había pasado nada".

Ahora, tenía que acomodarme. El piso frío y los baños inmundos y mojados, podían llegar a ser acogedores ante el alivio de sentir que terminaba ese día.

En esas condiciones, tener una frazada se convirtió en una aspiración. Esa primera noche en todo el camarín había solo tres o cuatro mantas, que se estiraron en el suelo para que durmieran sobre ellas sus "dueños" más quienes lograran tenderse o no podían sostenerse por viejos, enfermos o por las secuelas de los golpes recientes. Otros, compartieron un diario y se abrigaron con las crónicas de los diarios oficiales. El resto intentó dormir de pie, mientras alguno lo hacía sentado en el baño.

Por mi parte, acepté una buena sugerencia. El ser chico y flaco me daba acceso a un dormitorio de primera clase: las repisas que tienen los camarines para dejar los bolsos deportivos. Yo era mi propio equipaje acomodándome en el angosto portamaletas de un tren imaginario. Ahí tenía una vista panorámica de mis compañeros de viaje. Y me podía estirar. Sin frazada, dormí con frío y atento a no dar una vuelta que me botara de mi privilegiada litera.



Los primeros días una frazada era tan codiciada como un pedazo de pan. Al menos para mí, que llegué

tarde al reparto. El suelo era duro y también los listones de la repisa tipo gallinero en que dormía.

Aún recuerdo con envidia a un compañero de camarín que roncaba como un gigante de cuento sobre un verdadero colchón de dos o tres frazadas. Además estaba muy bien tapado con otra encima. Muerto de sueño, sentí un callado enojo por el acaparamiento. Pero no me atreví a pedirle que me convidara una.

Había que saber conseguir una frazada. Y yo no sabía cómo. Tenía que esperar a que me entregaran una oficialmente como "carga". Si estaba alerta, podía heredarla de alguien que saliera en libertad. De vez en cuando quedaba alguna frazada huacha, dejada por algún compañero que era llamado al disco negro. A veces eran alejamientos sin retorno. De ellos solo quedaba la manta.

La frazada llegó a ser una verdadera moneda de cambio. Volviendo al trueque más primitivo, hubo quienes cambiaron calor por alimento. Así, una frazada se podía trocar por uno o dos panes.

Pasaron al menos dos largas noches para que nos pasaran una frazada a compartir entre cuatro o cinco personas. Para optimizar el uso surgieron las combinaciones más rebuscadas y discutidas entre quienes eran duchos en debatir trascendentales cuestiones de estrategia política. Recordando mis dos años de internado, comenté la posibilidad de hacer "sabanitas cortas". Era imposible y políticamente incorrecto. Con el mismo vivificante humor negro, también quedó acantinfladamente claro que tenían los mismos derechos tanto los dueños de la frazada de abajo como los dueños de la frazada de arriba.

Ahora, en receso, los temas de discusión eran otros y las consignas no se podían repetir; pero sí parodiar, como aquellos compañeros de la cuadrilla de aseo que limpiando el piso cantaban "Enceremos" recordando con irreverencia –y sin la "V" de la victoria– el himno de la Unidad Popular.

Luego llegaron otras frazadas hasta que pudimos tener una para compartir entre dos personas. La carencia de ellas, así como el pan insuficiente, ponía a prueba la capacidad de convivir en armonía. No era fácil: en el mal dormir se acunaba el mal humor.



Después de compartir la frazada, el candado y el guardia, nacían las sonrisas cómplices. La fraternidad temerosa. La neurosis comprendida. Cada uno acompañaba su angustia con un nuevo amigo, asignado por la circunstancia. Cualquiera podía ser un soplón y todos le confesábamos nuestra inocencia al vecino. Nos acompañábamos con miedo en la espera de... cualquier cosa, incluso de la libertad “por no haber hecho nada, por no ser marxista, por no tener armas, por no ser de izquierda, por no ser funcionario, por estar arrepentido...”.

El más elemental instinto de sobrevivencia aconsejaba pasar inadvertido, ser uno más del montón. Para algunos era natural: correspondía a nuestra condición de “anónimos”. Había que pasar por inocente. Al menos, por “inofensivo”. O por tonto: no importaba mucho. Así, la mayoría eran “independientes” o “solamente simpatizantes” y habían caído por toque de queda o “por error”. Difícilmente alguien confesaba, por ejemplo, ser del MIR; en esos casos, si el apremio no dejaba alternativa, optaban por el mal menor de declararse simpatizantes de partidos chicos no marxistas... como la Izquierda Cristiana. Yo, que sí era de la IC, nunca imaginé que fuéramos tantos.

Así como algunos desinformaban, otros hacían alarde de “importancia” y presumían de un status que ya habían perdido. Temerarios, vanidosos o estúpidos, estos militantes que se ponían un cartel de “peligrosos” perfectamente podían ser parte de una estrategia de infiltración para “tirar lengua”. También había quienes, con mayor o menor discreción, evidenciaban una actitud militante –o de simple dignidad– que concitaban la callada admiración de unos y el vocinglero rechazo de otros: se les acusaba de “termocéfalos” –usando esa expresión acuñada por la derecha– aduciendo que esas actitudes de rebeldía perjudicaban al resto. Las recriminaciones estaban en el aire. Nos doblegaban con el miedo y la desconfianza.

Éramos prisioneros de una guerra de la cual nadie escapaba. Ni los ultras ni los reformistas, ni el moderado observante ni el apoyo crítico, ni cristianos ni marxistas. De las certezas absolutas habíamos pasado de golpe a la

incertidumbre más pavorosa. Las diferencias sectarias se veían lejos y ridículas. Sin embargo, eran parte de la herida abierta. Igualados en la desgracia, unidos como siameses por una frazada, escuchábamos con la misma ansiedad el chirriar del cerrojo cuando los guardias abrían la puerta del camarín. Así, la espera se convertía en esperanza. Y la esperanza muy luego en ilusión.



La mañana del cuarto o quinto día, legañosos, debimos formarnos frente a un montón de frazadas. Un cerro de mantas era el espejismo de una duna en la playa, que secretamente nos impulsaba a tirarnos encima y jugar un rato. Pero había un suboficial que entregaría ordenadamente el cargo, con una ambigua actitud brusca y generosa. La reacción nuestra también era doble. A la inmediata alegría, le siguió el pesimismo, ya que tener frazada también era un signo de instalación. Dormiríamos mejor, pero ¿cuánto tiempo? Según el coronel Espinoza era solo una “retención momentánea”.

Recibimos con avidez las frazadas que, originalmente, tenían un destino muy diverso. Según contaba un amigo, eran parte de una donación de los países socialistas al gobierno de Allende, para las víctimas del último terremoto que había sufrido Chile.

En cierto sentido nosotros también éramos damnificados. Y también tuvimos la oportunidad de pensar por segundos en un terremoto de verdad. Una de esas noches, la del 3 de octubre, nos remeció un temblor. Encerrados, solo nos mirábamos. Más de alguno masculló fatalista: “p’tas la hueá, lo único que nos faltaba: un terremoto”. Los soldados abrieron la puerta por si alguno quería salir, pero afuera nos apuntaba una ametralladora. Nadie salió de nuestro camarín. Al poco rato escuchamos balazos. Alguno se acordó que su esposa le tenía miedo a los temblores. Surgieron varias anécdotas de terremotos, que se fueron apagando con los bostezos. Pasó el susto, nos quedamos con el miedo. Y volvimos a compartir el silencio y las frazadas.

En ese momento cada uno recuperaba cierta íntima libertad. La frazada era el único espacio privado. Ella

envolvía nuestros sueños y nuestros deseos. La frazada recordaba frazadas más cariñosas. En último caso, podíamos dormir empuñándola como un niño aferrado a su "tuto" para dormir sin miedo. En la mañana amanecíamos acurrucados bajo la manta: "en otra parte". Y era mejor no abrir los ojos para seguir soñando.

Testigo ocular

No recuerdo haber observado con atención los rostros de mis compañeros, salvo cuando todos dormían y yo tenía insomnio. Entonces me fijaba en alguien para entretenerme, como quien ve una película desde otra película. Yo miraba desde arriba. Ahora, trato de hacerlo sintonizando la memoria. En la penumbra soy un espectador de ese chiquillo. Soy yo en blanco y negro. Ahí estoy, mucho más liviano, encaramado en la repisa tipo litera, equilibrándome para no caer, deseando dormir como un lirón colgando cual bolso de gimnasia.

Nunca vi atentamente las caras de mis vecinos. Nos rehuíamos. Era mejor no reconocer a nadie. No recordar a nadie. Ahora los busco. Reviso las fotos que aparecen en las revistas. Me detengo en ellas, busco detalles, y recuerdo al protagonista de *Blow Up* de Antonioni. (Y al mismísimo Antonioni visitándonos en la escuela romana donde me encantó revisar cuadro a cuadro películas en la moviola). No los reconozco. Estuve y no estuve con ustedes cuando todos éramos en blanco y negro. Todos NN. Ustedes, los de las fotos, son todos nosotros. También los que no estamos en la foto. Me investigo a mí mismo. Retrocedo en el recuerdo para encontrarme y muchas veces no me encuentro. No me escucho. Y sé que estoy por ahí, arrinconado. Soy un pésimo testigo ocular de mi propia historia.

Frazada al hombro

Afuera, que también era “arriba”, comenzamos a ampliar poco a poco nuestro radio de acción. Con la frazada al hombro o convertida en capa recorría las graderías. Cabizbajo. Hasta encontrar algo. Cáscaras de naranja, para el hambre. Un pedacito de cartón, para jugar. Cualquiera cosa nos podía distraer o embarcarnos en una imagen evocadora que nos sacaba de la prisión por segundos. Una tapa de botella, un palito de helado, un papel. Tesoros inesperados. Recuerdo un pedazo de hoja de diario, amarillenta, que tenía un crucigrama roto. Ahí estaba, inconcluso para siempre. Y yo mirando, tratando de adivinar las palabras que faltaban. Con un lápiz y una revista habría sido feliz. La frazada no era la capa de un héroe de mis revistas destruidas. Yo tampoco era Superman ni el Supercauro²⁰ ¡para salir volando del Estadio!

Cualquier elemento podía distraernos y hacernos volar. Todo encierra un cuento y había que encontrarlo mirando fijamente lo que nos rodeaba. La cordillera, el marcador, el pasto. O las mangueras que hicieron soñar por unos segundos a Carlos Orellana, cuando sintió un movimiento en la cancha, “un rumor insólito e inesperado: el estremecimiento de una veintena de mangueras crispándose como serpientes; de sus bocas surgen chorros de agua que crecen, se hacen más y más potentes, se elevan, se entrecruzan unos con otros; es una masa de espuma enceguedora, una singular bandada de garzas gigantes sorprendidas en el instante de emprender el

²⁰ “Supercauro”, personaje de la revista *La Firme*, de la Editora Nacional Quimantú, publicada durante el Gobierno de la Unidad Popular. Era dibujado por Pepe Huinca (Jorge Vivanco) y Hervi (Hernán Vidal).

vuelo".²¹ Volaban. En este mundo lo que a uno podía sugerirle un sueño, a otro colega le recordaba una pesadilla: "los charcos de sangre –relata Pablo Antillano– eran eliminados con mangueras de agua".²² Vuelos fugaces.

No estábamos locos. Y si lo estábamos, no veíamos nuestra propia locura. Estirando el cuello, empinados, haciendo equilibrios o asomados por la alambrada, mirábamos los movimientos, a veces extraños, de los compañeros que estaban en otro sector. Frazadas al hombro, parecían pájaros arrastrando sus alas. Se veían chiquititos. Algunos hacían señas, creyendo reconocer a alguien. Otros se daban noticias importantes y emotivas, con gestos indescifrables para el resto. Como los de Fernando Villagrán cuando "dialogó" con su amigo Felipe Agüero: "lo saludé con ambas manos –se describe a sí mismo– mientras intentaba, con un hilarante ejercicio gestual y meciendo en los brazos a un bebé imaginario, contarle que mi hija había nacido".²³ Señales de vida. Buenas noticias para encarnar los sueños.

En esos tiempos casi no se hablaba de reciclaje, pero la basura fue convertida milagrosamente en juegos de damas, dominó o naipes hechos ahí mismo con prodigioso ingenio. Para los ajedrecistas el desafío era mayor, pero en poco tiempo hubo reyes y caballos de papel o torres y alfiles hechos con apreciadas migas de pan. Sobre los tableros se estiraba la frazada bien doblada, a lo largo, y se convertía en cojín y mantel al mismo tiempo. En torno a la improvisada mesa donde se desplegaban estos juegos de salón, como la escoba o la brisca, nacieron grandes amistades. Sobre la frazada estos pasatiempos rudimentarios eran tesoros de una belleza inexplicable. Yo, torpe para los trabajos manuales y malo para conversar, me entretenía mirando. Me recuerdo discreto como el hombre invisible.

²¹ Orellana, Carlos. Primer mes. Revista *Araucaria de Chile* N°4, Madrid, 1978, pág. 86.

²² Pablo Antillano, periodista venezolano, en el *Morning Star*, 28 de septiembre de 1973: "Cada noche oíamos los gritos de los trabajadores que eran fusilados en la tribuna oriental del Estadio Nacional de Santiago. Al día siguiente, los charcos de sangre eran eliminados con mangueras de agua".

²³ Villagrán, Fernando. *Disparen a la bandada*. Editorial Planeta Chilena S.A., 2002. Pág. 59.

Era un admirador del Dr. Chiflota –un médico muy bueno en ese juego de cartas– y de un peluquero que se fabricó una máquina de afeitar con palitos de helados. Con su hoja “Gillete”, que bien podría haber sido “Legión extranjera”, afeitó más barbas de las imaginables.

Otra alternativa para matar el tiempo era lavar ropa. No era gran cosa para quienes no recibíamos encomiendas y habíamos llegado al estadio “con lo puesto”. Lo hacíamos en los mismos camarines y baños donde se dormía. La frazada, que literalmente andaba por los suelos, acumulaba mucha mugre. Recuerdo que fue muy deprimente cuando la lluvia inundó la escotilla mientras dormíamos y empapó la frazada. Fue triste, como toda inundación. Afortunadamente la frazada era delgada y podía secarse en un día. La colgábamos en las alambreadas y ahí se quedaba nerudianamente destilando sus *lentas lágrimas sucias*.

Mantener desocupados a los presos era conveniente para los militares. La ociosidad en la incertidumbre aumentaba nuestra ansiedad y nos debilitaba para los interrogatorios. Algunos compañeros tenían conciencia de eso –habían leído sobre la represión franquista y de otras dictaduras– y propusieron una serie de actividades para evitar el “caldo de cabeza”, como llamábamos al ejercicio permanente, obsesivo y pesimista de especular sobre nuestra situación. Nos sobraban preguntas, no teníamos respuestas. Todos tomábamos de ese caldo. Era imposible no hacerlo, pero había casos preocupantes de aislamiento. Por diferentes voces supimos de compañeros que se habían suicidado en el mismo estadio. Otros lo intentaron. Había que respetar la soledad y al mismo tiempo estar alerta contra esa depresión que anulaba toda esperanza.

Arriba, los altavoces transmitían a gran volumen marchas militares. Abajo, en los túneles, camarines y escotillas, otras expresiones culturales demostraban una vitalidad inesperada.

En uno de los cambios internos llegué a una escotilla donde un grupo de médicos animaba conversaciones y charlas sobre diversos temas: educación sexual y alcoholismo, acupuntura y parapsicología. Temas variados para aprovechar el tiempo “libre”. En una escotilla la temática

era distinta. Carlos Naudon, que era muy conocido por sus comentarios internacionales en la TV, hablaba sobre la situación mundial: la guerra del Medio Oriente, el Caso Watergate, etc. El profesor Mario Céspedes en otro rincón conversaba sobre historia de Chile. No faltó quien supiera de temas relacionados con psicología. Eran conversaciones no autorizadas por los militares, así que siempre existió el cuidado de no discutir en esos grupos temas de política contingente que pudieran activar a los infiltrados. Eran las catacumbas.

Los días pasaban lentos. Las mañanas parecían todas más tempranas y heladas. En las galerías la vigilancia militar inhibía las caminatas que iniciábamos para calentar el cuerpo. No sabíamos cuánto movimiento estaba permitido dentro del sector asignado. Si nos acercábamos a los guardias, éstos se ponían nerviosos y nos apuntaban con sus armas. Nos vigilaban de todas partes. En la cancha, junto a cada arco, y enfrentando la Tribuna Presidencial y la Puerta de Maratón, había soldados apostados en el césped con ametralladoras Punto 30. Si elevábamos la mirada, veíamos los centinelas alrededor de todo el Estadio en las ubicaciones más altas y en las entradas de los pasillos y escotillas. Centinelas con cara de aburrimiento y desconcierto.

Los habían traído de provincias, especialmente del norte. Azuzados y extraviados en la capital que, en cierto modo, estaba ocupada por ellos. No conocían Santiago. Tampoco a nosotros. Y si conocían a alguien, que podía ser un pariente o amigo, debían fingir no haberlo visto nunca. De hecho, hubo dramáticos encuentros: conscriptos que debieron custodiar al hermano prisionero, hijos que debieron vigilar al padre. Haciendo el servicio militar obligatorio, los conscriptos también eran víctimas del miedo. No podían dejar su puesto. Y obedecían órdenes injustas. Algunos, ciertamente, las cumplían con gusto y exceso, abusando del poder que les permitía nuestra indefensión.

Sabiéndonos observados, lo corriente era evitar el cruce de miradas con los guardianes. Era un riesgo que sentíamos en la nuca. En ese entorno podíamos estar todo el día sin una actividad, mirándonos entre nosotros con cara de pregunta. Y siempre escuchando, atentos y tensos, los llamados al disco negro.

Otra esfera

La frazada era nuestra apariencia: estábamos "como" durmiendo en el camarín o "como" pensando sobre los tablones de las graderías o "como" jorobados que miran el piso "como" esperando una partida de fútbol que nunca comenzaba.

Amarradas en sus puntas a la misma alambrada, las frazadas nos servían de toldo para protegernos del sol, mirar hacia la cancha e inventarnos otro juego.

¿Cuál era el espectáculo? Uno de los jardineros del Estadio pasaba la cortadora de pasto por toda la cancha. Cien metros de ida, cien de vuelta. Avanzaba por un costado, imparable. Con toda la barra a su favor, hasta que llegaba al área chica. Con expectación esperábamos que pasara por entre los palos del arco y en ese momento crucial gritábamos y aplaudíamos el "¡gol!". Nos reíamos de nuestra locura, que ya era rutinaria, y el vitoreado goleador alzaba las manos agradeciendo el aliento de la galería como todo un crack. Luego, regresaba los cien metros, de arco a arco. Empataba.

Como en otra dimensión de un país surrealista, los trabajadores del estadio componían un grupo ajeno al sistema del campo de concentración (con sus presos, uniformados, detectives, fiscales, damas de cruz roja, capellanes, armas, etc.). Sin embargo, hubo diversos momentos de contacto. El periodista Guillermo Torres Gaona se las ingenió para sacar información del estadio a través de un jardinero. Le dejaba los recados en el WC, detrás del estanque. Así, alguna gente pudo saber cómo estábamos y qué pasaba en el Estadio.²⁴

²⁴

Ver: "La dictadura mató a periodistas, pero no al periodismo", por Guillermo Torres Gaona y Virginia Vidal, en: *Morir es la Noticia*, Ernesto Carmona editor, Santiago de Chile, 1997.

Aparentemente ellos se movían, literalmente, por otra esfera. Y tenían una gran responsabilidad, no menos patriótica: mantener la cancha en buenas condiciones y preparar el estadio para otras eliminatorias: un partido entre Chile y la Unión Soviética por la participación en el Campeonato Mundial de Fútbol, que se haría en 1974 en Alemania Federal. En esa perspectiva el 26 de septiembre del 73, ambas selecciones habían jugado en Moscú por la clasificación mundialista. En la ocasión empataron a cero, en vista de lo cual la clasificación debía definirse en Santiago el 5 de diciembre de 1973. El enfrentamiento adquiría una carga simbólica insospechada para quienes solamente pensaban en su dimensión deportiva. En el imaginario político e ideológico este partido de Chile versus la URSS connotaba también la confrontación fascismo vs socialismo, democracia vs dictadura, la CIA versus la KGB, USA versus Rusia. La guerra fría latía en medio de la cancha. Y el estadio convertido en campo de concentración, sin que nosotros tuviéramos conciencia de ello, era un símbolo que indignaba a la humanidad.

Desde ese mundo paralelo e incomunicado, supimos de las delegaciones que estuvieron en el estadio mientras a nosotros nos tenían encerrados para que no nos vieran las visitas. A otras comisiones de la FIFA las vimos recorrer la cancha, verificar sus medidas reglamentarias, etc. Era "otra cosa", sin embargo entendíamos que todo aquello implicaba sacarnos del estadio. Y presiones no faltaron. La Unión Soviética se negó a jugar en un lugar que se ocupaba como campo de concentración. Además, argumentaron falta de garantías de seguridad para sus jugadores.

En la fecha estipulada, la Selección Nacional entró a la cancha para validarse con un indecoroso simulacro. Jugó sola. Con escaso público, sin rival al frente. Y se clasificó. El capitán del equipo, Francisco "Chamaco" Valdés, tuvo el privilegio de convertir el gol de la victoria. Chamaco Valdés tenía a quién dedicárselo en silencio: hacía un mes había visitado en el Estadio-prisión a Hugo Lepe, dirigente de los jugadores y ex seleccionado nacional del mítico equipo chileno del Mundial del '62.²⁵

²⁵ Sobre este episodio hay entrevista a Francisco Valdés en: *Estadio Nacional*. Documental realizado por Carmen Luz Parot. Chile, 2001.

Despedida a Caszely

"La despedida de Caszely fue como todas las despedidas, con luces y sombras. Y lo mejor es preocuparse de las luces".

JULIO MARTÍNEZ

12 de octubre de 1985. A doce años exactos de haber sido interrogado en el Velódromo, vuelvo por primera vez al Estadio Nacional. Lo hago con mi hermano Óscar, como en los viejos tiempos cuando asistíamos a los clásicos universitarios donde aplaudía al "ballet azul" y me alucinaba el carnavalesco espectáculo de los carros alegóricos y los muñecos gigantes. Era bonito: cuentos y música y sánduches de turín. Me gustaba el espectáculo, sin ser un aficionado al fútbol. Ni a su teoría ni a su práctica. A diferencia de Óscar: solicitado goleador del equipo de nuestro barrio y enciclopedia andante de historias colocolinas.

Esta vez la ocasión trascendía lo deportivo: Carlos Caszely se despedía del fútbol. Sin embargo, el protagonista era mucho más que un goleador. Era un ídolo popular que sentíamos nuestro, de toda la izquierda, y en él aplaudíamos todo lo que representaba. En la memoria estaba su apoyo al Presidente Allende. También su respaldo militante a Gladys Marín y a Volodia Teitelboim, en las últimas elecciones parlamentarias antes del golpe de Estado.

El crack se ganó el odio de la derecha.

Luego, cuando esa misma derecha tuvo todo el poder, fue cruel en su revancha: "Yo fui secuestrada de mi hogar—testimonió la madre del jugador— y llevada a un lugar desconocido, con la vista vendada, donde fui torturada y vejada brutalmente".²⁶

²⁶ Señora Olga Garrido, madre de Carlos Caszely. En: Matamala, Daniel. *Goles y autogoles. La impropia relación entre el fútbol y el poder político*. Editorial Planeta Chilena, abril de 2001, pág. 199.

Con esa experiencia callada, Caszely protagonizó el ya mítico desaire a Pinochet: en un ineludible encuentro protocolar se las arregló para no darle la mano. Sucedió cuando el dictador convocó a la Selección Nacional para despedir al equipo que partía a jugar al Mundial de Fútbol de Alemania. Caszely lo dejó con la mano estirada. Una actitud sin duda temeraria en esos días de 1974.

Todo aquello estaba en el aire. Lo respirábamos más de setenta mil personas que esperábamos la vuelta olímpica del ídolo. En ese clima, cualquier cosa era un pretexto para gritar contra Pinochet y los carabineros. En la ocasión, Caszely perdió un penal... y un cantito bromista explicó el desvío: "*Los pacos lo asustaron... (palmas) los pacos lo asustaron...*". Crecientemente al respetable público le importaba menos el partido y más gritar contra la dictadura. Los carabineros recibieron más que fruta y en algún sector se prendieron unas fogatas. La prensa habló de los desmanes del lumpen y del extremismo. En contraste, Alberto Gamboa —que también volvía al lugar de prisión— comentó: "A pocas personas les aterrorizó el vandalismo, nadie vio cómo destruían todo el estadio ni nadie se escandalizó con las tallas y los cantos. Al contrario, lo celebraron risueñamente".²⁷

La verdad es que ese 12 de octubre y esa efervescencia en el Estadio Nacional se dieron durante el auge de las más grandes manifestaciones contra de la dictadura. En septiembre había sido la primera protesta nacional y ya estaba convocada la segunda. Entonces los eventos deportivos y culturales reemplazaban a los actos partidarios. Así que no era de extrañarse que el evento deportivo se convirtiera en un mitin político. Y así fue. Era el inicio del exorcismo del Estadio Nacional.

²⁷ Gamboa, Alberto. "Más luces que sombras", en: revista *Hoy* N°431, del 21 al 27 de octubre de 1985.

Pobres diablos

Originalmente el famoso disco negro era el punto de partida de la pista atlética. Para nosotros, en cambio, era una siniestra señal de tránsito frente a las tribunas, que marcaba el lugar hacia donde debía dirigirse la persona llamada por los altavoces.

El llamado al disco negro podía ser fatídico, pero también podía significar una visita especial, una encomienda con alimento, un aviso interesante. Incluso un motivo de risa cuando surgía un llamado tragicómico, como el de aquella oportunidad en que –en medio de un silencio sepulcral– los altavoces ordenaron: “¡Poner atención acá: todo el personal sordomudo debe presentarse de inmediato frente al disco negro!” Los que pudimos oír –que evidentemente no éramos los destinatarios– rompimos el silencio con una carcajada colectiva y una serie de tallas instantáneas de humor negro: “¡Más fuerte!” “¡No se escucha!” “¡P’allá vamos!”. Nos reíamos. Al mismo tiempo, nos enterábamos así de que entre nosotros había muchos discapacitados sufriendo la prisión.

Nos concentrábamos en cada palabra que emitieran los parlantes. Era la información oficial y escucharlos era un hábito necesario. Tratábamos de retener los nombres. Por ese medio nos enterábamos de que en el mismo estadio había algún pariente o amigo. O de algún famoso, admirado por la barra: “El día que en que me nombraron por amplificador para interrogarme –recuerda Ángel Parra– el Estadio se vino abajo con los aplausos más fuertes que he recibido en mi vida”.²⁸ Algunos nombres se repetían y así reconoci-

²⁸ Ángel Parra, entrevistado por Tati Penna. En: *Siete + 7*, N°30, 4 de octubre de 2002.

mos a algunos “viajeros frecuentes” al disco negro, como un nombre que esos llamados dejaron en la memoria de todos nosotros: Leoncio Provoste Mardones. No sé por qué lo llamaban tanto, pero recuerdo haber escuchado su nombre todos los días y a las horas más extrañas. Cuando los parlantes ladraban “¡Leoncio... !”, el coro de los prisioneros ya estaba listos para completar: “...¡Provoste Mardones!”. Y cuando éste aparecía, los aplausos nos despertaban de nuestra rutina. La ociosidad era madre de todas las tallas.

Humores

Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo (al Presidente Allende) del país y el avión se cae, viejo, cuando vaya volando. (Risas)

AUGUSTO PINOCHET, 11 de septiembre de 1973²⁹

Abril de 2002. Leo un semanario y vuelve ese nombre: Leoncio Provoste Mardones. Muchas veces —como en un párrafo anterior, escrito en 1974— conté la anécdota que nos grabó el nombre de Leoncio Provoste Mardones. Lo encontraba gracioso. Muchos enganchamos en esa broma, permitiéndonos una frivolidad colectiva e inocente. Nos negábamos, parece, a tener plena conciencia de que muchos de esos llamados eran para que los nombrados —cualquiera de nosotros— se presentaran ante los torturadores.

La anécdota también la escuchó más de una vez la periodista Carmen Luz Parot, reportando para su documental *Estadio Nacional*. Para ella, Provoste Mardones pasó a ser una leyenda: “Me puse a averiguar y nunca di con él. Cuando estaba masterizando el documental —cuenta—, un músico que participó en la post producción me dice: ‘Él era mi tío, hermano de mi abuela, y murió de cáncer bucal por la electricidad que le pusieron en las sesiones de tortura’ ”.³⁰ El relato congeló la risa que tenía en la memoria. Esa misma risa que surgía entre nosotros y nos hacía bien.

Yo soy un pobre diablo era, para muchos prisioneros, nuestro himno. Y lo cantábamos. Nos reíamos de nosotros, de nuestra precariedad, como en otros momentos nos habíamos reído de otras calamidades. El humor nos ayudaba a sobrellevar la desgracia. Finos y vulgares, con ironías y chistes, con mayor o menor gracia, el humor negro era parte de nuestra convivencia, de nuestro intercambio cotidiano. Nos salvaba.

²⁹ Grabación de los diálogos entre el Puesto 1, de Pinochet, y el Puesto 5, del almirante Patricio Carvajal.

³⁰ En: “Carmen Luz Parot y la historia del Estadio Nacional”, por José Osorio, Mabel Vargas y Mauricio Torrealba. *El Siglo* N°8.761, del 29 de marzo al 4 de abril de 2002.

Pero también éramos víctimas de un humor sádico y macabro. Indefensos, sufrimos ese humor de callejón oscuro, servicio militar y corona de espinas, basado principalmente en el escarnio.

En el mismo sector de la tribuna presidencial, donde estaba el disco negro y también algunos prisioneros contaban chistes y cantaban, en alguna de las oficinas se obligaba a cantar a otros prisioneros. Afuera el show, adentro la tortura. A casi 30 años del golpe, Vicente Aguayo revivió la historia oculta de esas tribunas: “Me obligaron a cantar. Y cada vez que empezaba una canción, otro golpe de corriente. Hasta que se me produjo el primer paro respiratorio. Un médico o un enfermero, no sé, me masajéo hasta que volví a respirar. Y eso se repitió como tres veces. Hasta que ya no me salió la voz”.³¹ Y se rieron. Y el interrogador Meneses sarcásticamente le llamó “Aguayito”, hiriendo y rebajando con su tono burlesco.

La risa del torturador es la expresión más brutal del abuso de poder. En el escarnio se imponía la burla del vencedor, que gozaba de nuestro sometimiento y de la ostentación de su impunidad. El torturador se reía de sus ocurrencias, sin esperar una respuesta risueña a sus “bromas”. El sufrimiento del otro era la retroalimentación de su risa. Y se incrementaba con más sufrimiento. Cualquier actitud nuestra que pretendiera cambiar el curso de esa rutina sádica podía llevar al torturador de la risa a la furia y al castigo físico “en serio”.

Para los militares los prisioneros siempre fuimos, literalmente, el hazmerreír. No faltaban excusas para la risa boba, la broma macabra, la ridiculización. Sistemáticos fueron, por ejemplo, los simulacros de fusilamiento que aterrorizaban a la víctima y también a quienes escuchaban la supuesta ejecución. Tan institucionalizado fue el trato degradante que la abogada defensora de Augusto Pinochet en Londres, Clare Montgomery, alegó en su favor que: “Las torturas realizadas bajo el régimen de Pinochet pueden haber sido consideradas actos oficiales, porque no fueron ejercidas por sadismo”.³²

³¹ Vicente Aguayo, en reportaje de Patricia Verdugo “Tortura en el Estadio Nacional: el testigo que acusa a Meneses”. Revista *Siete + 7* N° 19, semana del 19 al 25 de julio de 2002.

³² Clare Montgomery, abogada de Pinochet en Londres, noviembre de 1998.

Sadismo oficial. Los militares se reían. Oficialmente. Sádicamente. Lo hacían en el Estadio, cuando obligaban a los presos a contar chistes de la dictadura para luego ser castigados por ello. O cuando los ponían en una “parrilla”, sin reparar quizás en la siniestra comparación de la persona atormentada con la carne para el asador. En fin, el humor macabro está en la atmósfera de las más feroces descripciones de las violaciones de los derechos humanos. Un ex agente de la DINA describió con una irreverente metáfora que “a las personas que desaparecían les colgaban “un escapulario” en el cuello y luego las lanzaban al mar.”. El “escapulario” era un peso que amarraban al cuello a la persona detenida para que no flotara.³³

Dejaron su risa junto a otras huellas imborrables. Las carcajadas del guatón Romo siguen siendo una pesadilla en el recuerdo de sus víctimas.³⁴ A la Villa Grimaldi le llamaban “el palacio de la risa”. A otra casa de tortura, “la venda sexy”. A la comitiva que para los familiares de las víctimas era “la caravana de la muerte”, para los militares fue “la caravana del buen humor”³⁵. En los momentos en que la justicia decidía el desafuero de Pinochet, sus partidarios —para burlarse de la búsqueda de las personas desaparecidas— lanzaron huesos quemados a los parientes de los secuestrados. En el mismo sentido la derecha corrió como chiste que al Presidente Aylwin le decían “el perro”... porque andaba buscando huesos. Eran los mismos que rieron y festejaron con champaña cuando fue bombardeada La Moneda.

El mismo día del golpe, Pinochet hizo el primer chiste macabro bajo dictadura. Lo hizo refiriéndose al Presidente Allende, que resistía en La Moneda: “Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país ...y el avión se cae, viejo, cuando vaya volando”. Provocó risas. Quedaron grabadas esas risas. El mismo chiste, autorizado por el uso del jefe, lo escucharon los prisioneros del

³³ En *La Nación*, 18 de junio de 1999.

³⁴ “La carcajada de Romo”, testimonio de Gloria Laso. En *La Nación*, lunes 24 de agosto de 1992.

³⁵ Manuel Contreras Valdebenito, hijo del jefe de la DINA, explicó a la agencia noticiosa mexicana Notimex que a la comitiva comandada por el general Arellano Stark —conocida como “caravana de la muerte”— entre los uniformados se le llamó “la Caravana del Buen Humor y que fue ordenada directamente por el general Augusto Pinochet”. En *La Cuarta*, 24 de julio de 1999.

Estadio Nacional cuando fueron trasladados en avión a Chacabuco. Vicente Sota recuerda que un gracioso y uniformado auxiliar de vuelo les ordenó: “Asegúrense bien los cinturones porque así, cuando se caiga el avión, o los botemos, los cadáveres queden ordenaditos”.³⁶

Años después, en Londres, Pinochet debió cantar su propio Yo soy un pobre diablo. Aunque en jaula dorada, el dictador tomó con humor su mal rato e hizo del tango “Ladrillo está en la cárcel”—con tono marcial— el himno oficial durante su detención. Sin apremios ilegítimos ni torturadores, este Ladrillo ordenaba a escoltas y generales cantar: “El Himno de Virginia Waters... con compás... ¡marr!”.³⁷ Y el séquito patético cantaba.

Al fin, desde la crueldad o el miedo, la risa nos recuerda que seguimos siendo seres humanos.

³⁶ Vicente Sota, en: Quevedo Méndez, Vicky. *Foro ciudadano. Relatos de la actualidad que perdura*. Edición de Guadalupe Santa Cruz. LOM Ediciones y Corporación La Morada, 2002. Pág. 267.

³⁷ Crónica de Guillermo Muñoz, en: *Las Últimas Noticias*, 26 de septiembre de 2002.

El show

La ansiedad llegaba a uno de sus niveles más altos cuando los militares leían sus listas de "LC"; es decir, de quienes quedaban en "libertad condicional". La noticia provocaba una tremenda alegría entre los favorecidos y entre quienes nos quedábamos. Los afortunados se preparaban para salir, regalaban lo que tenían y recogían mensajes. Hacían promesas que tal vez nunca podrían cumplir. En la medida que estas salidas se fueron repitiendo, se instauró un alegre rito de despedida. Cantos y pañuelos. De una parte del Estadio se escuchaba cantar un coro, que dirigía Vicente Sota. Con su cara bondadosa, su bastón y su barba blanca, Vicente se imponía como un viejito pascuero entre un coro de unos 60 jóvenes al que seguíamos desde todas las gradearías a todo pulmón y emocionados.

En el repertorio del coro estaba *Yo soy un pobre diablo*, un hermoso cánon que ahí se escuchaba tremendamente autoirónico. También la *Tonada de Manuel Rodríguez* que, cuando se llegaba a los versos de Neruda "En Til-Til lo mataron / los asesinos", nos enfrentaba a dos reacciones significativas: los a-se-si-nos se cantaba más fuerte con rabia.... o muy despacito, con autocensura y miedo. En ambos casos con cierta picardía desafiante. El final de la canción nos ensombrecía de nuevo: "La tierra está llorando. / Vamos callando".

Así como Vicente Sota podía dirigir un coro, otros tenían capacidad de animadores cómicos. Y congregaban hartos públicos. El obrero Hugo González fue el que alcanzó mayor notoriedad. Parte de la rutina del Peineta —así le decíamos— consistía en su saludo: "¡Hola, que tal...!", que era respondido desde todas las galerías con un sonoro "¡Yeh, yeh!". Y eso funcionaba, dándole paso a una seguidilla de coplas del *Patito chiquito* que parodiaban el repertorio de

contingencia de Los Huasos Quincheros, el grupo más emblemático de la derecha: *El patito chiquito no quiere ir al mar / porque el agua salada le hace muy mal. / Al patito lo pasaron por la puerta 'e recepción / Y el patito les decía: / "Yo no soy de aquí / y no tengo edad / Yo soy inocente / digo la verdad"*.

Amargo chiste: en aquel escenario era como si Los Quincheros se rieran de nosotros también a través de nosotros mismos, en una especie de ventriloquia patética y surrealista. Y la mayoría nos reíamos. La capacidad de reír y de cantar no se había perdido. Sin embargo, en ciertos momentos el humor se acercaba a una frivolidad contraproducente y de mal gusto. A pesar de la sana evasión, en nosotros aún bullían los dolores y la rabia. La risa pública despertó suspicacias cuando los militares llevaron a sus medios de comunicación para que cubrieran "lo bien" que estábamos los presos. Los "juntistas", como se llamaron los partidarios de la dictadura, quisieron utilizar estos momentos en que expresábamos la sincera alegría que sentíamos cuando un hermano tenía la posibilidad de regresar al hogar. Y buscaron la forma de mostrar por la TV y los diarios a "los presos contentos": ordenaron entonces al "Peineta" y otros organizar y animar un *show* de despedida, luego que el coronel Espinoza leyera la lista de quienes supuestamente quedaban en libertad.

Llegó la prensa y desde la tribuna el improvisado showman comenzó su número. Se suponía que después de su "¡Hola, que tal...!" como un trueno todos los prisioneros contestaríamos "¡Yeh, yeh!". Saludó tres veces y las tres veces lo siguió un áspero e interminable silencio. Creo que fueron los momentos más tensos que flotaron sobre la inmensa prisión. Solo el pequeño grupo, que estaba directamente amenazado en la tribuna, respondió a los deseos de los militares. A la tele eso le bastaba. *El Mercurio*, por su lado, publicó declaraciones del "Peineta": "Yo nunca había hecho esto, pero aquí hay que entretenerse en algo",³⁸ agregando, según el diario, que "hemos contado con las facilidades del personal del Ejército" para hacer el show.

³⁸

El Mercurio tituló la nota alusiva: "Con show y coplas recibieron a periodistas los mil 688 detenidos que quedan en el Estadio Nacional". *El Mercurio*, 26 de octubre de 1973.

Esa prensa no podía captar la vergüenza que sentíamos y esa impotencia que era otro modo de vivir la derrota. Ciertamente en la intimidad del encierro nos permitíamos reírnos de nosotros mismos. Podíamos ser ridículos y hasta patéticos, pero entre nosotros y para nosotros. No para los milicos ni la televisión. La dignidad se convirtió en nuestro único patrimonio y nos dolía cuando nos quitaban o perdíamos un pedacito.

No obstante la manipulación del *show* y la tensión que generó, los compañeros liberados ese día igualmente tuvieron la despedida de quienes quedábamos esperando esa misma suerte. Les cantamos *Libre*, de Nino Bravo, y luego se escapó el silbido de la *Canción del adiós* que dejó en el ambiente una triste alegría.

Al otro lado de las pantallas

*"Los desaparecidos me están mirando
al otro lado de las pantallas".*

MÓNICA MADARIAGA

Después del Mundial del 62, nunca habían llegado tantos corresponsales interesados en el Estadio Nacional. El proceso chileno había despertado la curiosidad mundial. La elección de un socialista y el asesinato del Comandante en Jefe para evitar su ascenso, eran señales suficientes para que Chile estuviera en la pauta de las agencias informativas. Los periodistas estaban al aguaito. Se podría decir que esperaban lo peor. La gran noticia. Por ello el golpe tuvo muchos testigos indiscretos que incomodaron desde el inicio a la dictadura. ¡Cuántos crímenes se evitaron porque la prensa internacional estaba mirando y acusando!

Las imágenes para el consumo interno, en cambio, eran distintas. La pantalla era siniestra, a vista de todos.

¿Cómo ocultar el Estadio Nacional? ¿Cómo (des)informar de lo que pasaba en el coliseo? No bastaba el show ni la versión uniformada. Los corresponsales extranjeros preguntaban también por sus colegas. Entonces el coronel Espinoza, encargado del campo, decidió poner ante las cámaras al periodista Alberto Gamboa. El "Gato", que había sido torturado siete veces en el Velódromo, debía decir que nos trataban bien. ¿Y la verdad?

—No, señor Gamboa. Usted contará lo que nosotros queremos —instruyó Espinoza.

El ex director del *Clarín*, cuyo slogan era "Firme junto al pueblo", no tuvo alternativa: "Me instalé frente a las cámaras del canal con las manos abajo. No estaban amarradas", cuenta, "pero se me prohibió gesticular. Para que tomara conciencia de mi situación, detrás de las cámaras pusieron a dos milicos con ametralladoras punto 30, por si las moscas".³⁹

³⁹ Gamboa, Alberto. "Mi paso por el Estadio", en: *La Nación* Domingo, 3 de agosto de 2003.

Bajo amenaza, con el coronel al lado de las cámaras, el periodista prisionero habló poco. “El énfasis lo puse —recuerda— en que estábamos vivos, en que teníamos qué comer y que para tranquilidad de nuestras familias no responderíamos a las provocaciones”.

En el trance, aparecer era no desaparecer. Lo que nunca fue una garantía. El procedimiento se convirtió en una aberrante ostentación del poder.

En 1975 la televisión exhibió a cuatro militantes del MIR. Prisioneros por la DINA y en la pantalla, aparecían abjurando por cadena nacional de sus convicciones. Llamaban a sus compañeros a seguir sus pasos. También declaraban que no habían sido torturados. La Navidad de ese mismo año, dos de ellos aparecieron mutilados.⁴⁰ Todo parte de una misma producción. Sórdida. Aterrorizante, como aquel interrogatorio a la joven Karin Eitel que transmitió Televisión Nacional en 1987. Hinchada y bajo los efectos de sedantes, con signos evidentes de haber sido torturada, aparecía autoinculpándose. Le quitaron la venda solo para ese programa, burdamente editado, que fue grabado en un cuartel de la CNI... mientras la estudiante de la Universidad Católica estaba incomunicada.

Toda la teleaudiencia que vio estas escenas fue obligada, en el fondo, a presenciar la tortura. El televidente quedaba inerme ante la prepotencia. El descaro tenía caras oficiales. En el programa *Almorzando en el 13*, del canal de la Universidad Católica, la ministra ¡de Justicia! Mónica Madariaga, afirmaba: “*no tengo dudas que los desaparecidos me están mirando al otro lado de las pantallas*”. Entonces los desaparecidos eran “presuntos” y la insidia era un nuevo agravio para ese “otro lado de la pantalla” que no podía defenderse y exigía, precisamente, justicia.

Treinta años más tarde, el “Gato” Gamboa se vio en Canal 13. En blanco y negro, hablando desde el Estadio Nacional. “Mi mujer me encontró igualito, pero con el pelo un poco más blanco y los mostachos menos negros”.

⁴⁰ Humberto Menanteaux y Hernán Carrasco fueron liberados y vueltos a detener. El 25 de diciembre sus cadáveres fueron hallados en la cuesta de Chada. Los otros miristas de la “conferencia de prensa” fueron Héctor Hernán González y Cristián Mallol, quienes partieron al exilio.

Gradas degradantes

Entre las misteriosas formas que toma la dignidad personal están los pudores. En el Estadio, a pesar de todo, seguían con nosotros. Y los había de diverso tipo. Si desvestirse en público no era agravante para unos, para otros era una gran humillación. Y el ejemplo podría llevarse a otros terrenos de la cotidianidad en este episodio que nadie había elegido vivir.

Lavar la ropa sucia y la frazada era un ejercicio íntimo, casi una evasión doméstica. En ese orden teníamos una preocupación lógica por nuestro aseo personal, lo que se convertía en una dificultad cuando estábamos en las escotillas y no en camarines. Les llamábamos escotillas a los rincones que formaban las grandes puertas cerradas que usualmente dan acceso a las galerías del estadio. Era importante, entonces, conseguir permiso para ir a ducharse a los camarines. Pero cuando era concedida la gracia, nos hacían desfilar en grupos de a seis, formados marcialmente de dos en fondo, por la pista de cenizas, escoltados rumbo a la Puerta de la Maratón. Esa "marcha de los cochinos" se hacía entre bromas pesadas y hería la dignidad de algunos. La procesión también iba por dentro.

Los afanes higiénicos hicieron que una vez nos desinfectaran masivamente. Nos obligaron a desnudarnos en público y nos fumigaron. Quedamos como empolvados. Otro camarín, en cambio, pidió a la Cruz Roja que interviniera porque llegó un compañero "traído de los calabozos de una comisaría, hirviendo de piojos y ladillas". "Nos enviaron —cuenta Rolando Carrasco— un tarro con un líquido lechoso que nos sirvió para blanquearnos todo el cuerpo con una brocha".⁴¹ Evidentemente eran medidas

⁴¹ Carrasco, Rolando. *Prigué*. Editorial de la Agencia de Prensa Novosti, Moscú, Unión Soviética, 1977, pág. 68.

sanitarias, pero —entre broma y broma— sentíamos que nos degradaban.

Algunos prisioneros llegaron literalmente desnudos al Estadio o con su ropa hecha jirones por el maltrato. Se cubrían apenas con la frazada. A ellos —y a los que siempre estaban al aguaito de cualquier oportunidad— les distribuyeron unos pantalones de mezclilla. Se los lanzaban con desprecio: —“¡Pa’ que anden como la gente... y no anden mostrando las bolas... degenerados de mierda...!” . La escena causaba risa y hasta alegría. En más de alguien seguramente despertó gratitud. Pero había una forma humillante en la entrega. Naturalmente no quise acercarme demasiado. No era necesario. Los pantalones en el suelo me recordaron cuando entraba a la bodega de la Junta de Auxilio Escolar, en Rancagua, a buscar la ropa que nos daban a los estudiantes becados. También, cuando llegué a esa casa que desentonaba con mi ropa de población. Mi tía me llevó cariñosamente de compras al centro y después quemó mi ropa vieja. Me dolió. Y me quedé callado. En el Estadio seguí con mi delgado pantalón azul. No hice fila para tener uno nuevo. Algunos de los favorecidos, los rompieron y se hicieron gorros para protegerse del sol.

El trato vejatorio no solo se traducía en el castigo físico, en la toma violenta del cuerpo del otro y en el humor sádico. También estaba el insulto verbal permanente que surge de esa “confianza” que se toma la fuerza bruta. El vocabulario, como el armamento, era de grueso calibre.

La diatriba permanente rebajaba con el lenguaje a todo el mundo. Y hasta nos fuimos acostumbrando: era más tolerable escuchar cómo se tuteaba y “huevoneaba” a un joven o a un pobre, que aceptar las insolencias dirigidas a las personas que por sus años, su jerarquía o prestigio, era difícil imaginarlas sufriendo tanta grosería. Había senadores, rectores, parlamentarios... todos “ex”, que concentraban el ensañamiento o el respeto, según quien los atendiera. El clasismo arribista de los militares los hacía discriminar entre los presos. Así, el abusador se permitía vejámenes contra los obreros que no cometía con un profesional. El revanchismo, por otro lado, atacaba feroz y cobardemente.

Con toda impunidad los guardias “sacaban la madre”, insultaban a las hermanas y ofendían a la familia de los presos. Esta prepotencia alcanzaba mayor irracionalidad cuando descubrían que estaban ante el pariente de un líder o sospechoso de serlo o que simplemente era peligrosamente parecido con algún “enemigo público” que concentraba el odio de la Junta.

Cierta noche llegó a un camarín una persona que había sido torturada solamente por parecerse a Salvador Allende. “Lo llevaban tendido en una frazada sostenida en cada punta”, cuenta su compañero de prisión Manuel Paiva.

“Aquí está su cagá de Presidente –dijo un milico–cuídenlo”. Nosotros no salíamos del asombro. El hombre tenía un gran parecido con el Presidente Allende, pero este doble suyo era un poco más alto. Al día siguiente amaneció mucho mejor. Podía caminar y nos contaba que tenía un pequeño almacén en un barrio, pasado la Estación Central. Estaba atendiendo a unas vecinas cuando llegó una patrullera. Sin decirle nada lo agarraron a golpes, llevándoselo detenido sin que apenas pudiera darse cuenta de ello el resto de su familia. En la patrulla lo habían seguido castigando y en el Estadio se lo llevaron directamente a los caracoles. Allí mientras lo torturaban y disfrutaban a costa suya, recién supo que estaba allí por su parecido con el Presidente”.

Durante esos cinco días llegaron otros milicos a darse el gustito de “pegarle a Allende”. Era indignante. “Pero no faltaba el tarado –escribe Paiva– al que le hacía gracia y se reía. Una vez un compañero obrero –continúa– tomó a uno de estos por el cuello y sin hacer ruido lo empezó a asfixiar. Dejamos que lo hiciera –agrega–, para que le sirviera de lección. Cuando vimos que el tipo estaba amoratado y con la lengua afuera, se lo quitamos para que no muriera”.⁴²

El odio se expresó de manera tan absurda que llegó a ser tragicómico en el caso de un anciano de nombre Lenin Trotsky Hidalgo: cada vez que le preguntaban cómo se llamaba le pegaban, recibiendo toda la rabia que se había juntado contra la revolución rusa. Le hacía honor a su nombre: además de bolchevique, lo recuerdo noble y generoso

⁴² Paiva, Manuel. *El rostro de mi pueblo*. Sin pie de imprenta, 1983, pág. 80.

conmigo. Se comportó hidalgamente, protector, al descubrir que él era amigo y camarada de un tío mío.

Sin embargo, los lazos de familia podían ser muy peligrosos. En las galerías me encontré con Marino Tomic, sobrino del ex candidato presidencial Radomiro Tomic. (Yo había sido tomicista en la campaña de 1970). Marino me presentó a Luis Alberto Corvalán Castillo, hijo del entonces secretario general del Partido Comunista. A ambos los torturaron salvajemente por sus apellidos; incluso juntos, buscando que comprometieran a sus destacados parientes.

Otros prisioneros llamados *Luis Corvalán*, sin estar relacionados con el dirigente del PC, fueron torturados simplemente por el alcance de nombre. Mejor suerte tuvo Ángel Parra, cuyo primer apellido legal es Cereceda. Más de una vez pasó inadvertido para los "fiscales" que no lo relacionaron con sus canciones comprometidas ni con su madre, Violeta Parra. Fue una suerte, porque ya sabíamos del asesinato de Víctor Jara.

El asilo contra la opresión

Entre nosotros hubo muchos extranjeros. Más allá de las razones políticas, algunos cayeron simplemente por prejuicios que perjudicaron a negros, sudamericanos y personas que hablaran con "acento cubano". Así como todo centroamericano era "castrista", todo uruguayo era "tupamaro". Todo extranjero era sospechoso. "No dejaremos piedra sobre piedra hasta expulsar al último extranjero",⁴³ había dicho el ministro del Interior de la Junta Militar. Sin embargo, algunos se salvaron por su facha de gringos o alemanes. Nuestra xenofobia y xenofilia se hicieron evidentes. "Características nacionales" que se tomaron en cuenta también para planificar actividades clandestinas. Las discriminaciones étnica y social, tan cotidianas en nuestro país, se manifestaban con una pureza grosera en el estadio.

Recuerdo especialmente a un muchacho brasileño, negro, de 17 años. Viajaba haciendo *auto-stop* por América Latina. Estaba de paso en Chile. A pesar de nuestra situación, se mostraba simpático y alegre. Estaba seguro de salir luego, ya que no era político. Le gustaba cantar en el camarín, lo queríamos todos. Lo llevaron una mañana al Velódromo y regresó convertido en un llanto moreno y desfigurado. Lo habían interrogado en su propio idioma, militares brasileños, en una cama metálica electrificada, que luego supimos que le llamaban "parrilla" y que también la habían traído de Brasil. Con razón se decía que la dictadura brasileña asesoraba en los interrogatorios además de donarnos Vitamina C. Nuestro amigo no quería

⁴³ General Óscar Bonilla, Ministro del Interior de la Junta Militar. En *El Mercurio*, 17 de septiembre de 1973.

hablar mucho, tenía miedo. Solo estuvo una noche más en nuestro camarín. Lo llamaron al disco negro. No regresó al camarín. Años más tarde vi su foto entre las de otras personas desaparecidas.

Por él supimos que había “fiscales” que interrogaban en portugués. Alguien agregó que también había torturadores que hablaban en inglés. Al respecto, un venezolano que estuvo en el Estadio relató que “una persona civil, que mandaba más que los otros, era el encargado de interrogar a los extranjeros” y presumía de pertenecer a la CIA.⁴⁴ Tenía sentido: después nos enteraríamos del asesinato de los ciudadanos norteamericanos Charles Horman y Frank Teruggi,⁴⁵ quienes fueron sacados del Estadio. La viuda del primero, Joyce Horman, indagó por años la complicidad norteamericana en la desaparición de su esposo. Pudo establecer que cuando se decidió la desaparición de su esposo “...en el cuarto había un oficial estadounidense”. Entrevistada en Chile por Vicky Quevedo, a casi 30 años del golpe de Estado, cuenta que con esa información “fuimos la primera vez a las cortes contra Kissinger y otros miembros del Departamento de Estado. Antes habíamos pedido investigaciones al Congreso. Además, con mi suegro supimos que los oficiales norteamericanos no nos estaban ayudando. Después, con más información, tuvimos el presentimiento de que los militares chilenos no habían matado a mi esposo sin pedir o llamar a los oficiales estadounidenses. El resultado informal de una investigación del Departamento de Estado determinó que las agencias de inteligencia jugaron un rol en la muerte de mi marido”.⁴⁶

Ya en octubre los militares hicieron una separación entre prisioneros chilenos y de otras nacionalidades. Según cifras oficiales, pasaron 3.500 extranjeros por el Estadio.

⁴⁴ En *La masacre de un pueblo. Testimonio de 9 venezolanos víctimas del golpe militar chileno*, por José Cayuela, citado por Cristián Opaso en *Charles Horman: el americano bueno*. De *Morir es la noticia*, Ernesto Carmona editor, Santiago de Chile, 1997, pág. 155.

⁴⁵ Sobre la presencia de Teruggi en el Estadio, ante la justicia testimoniaron otros extranjeros: el estadounidense David Hathaway y el belga Andre van Lancker.

⁴⁶ Joyce Horman, en: Quevedo Méndez, Vicky. *Foro ciudadano. Relatos de la actualidad que perdura*. Op. cit. pág.145.

Todos estaban acusados de ser "activistas del marxismo internacional". Fruto de la presión mundial, cierta mañana pudo ingresar al Estadio una delegación de la Cruz Roja que logró reunirse con un grupo de prisioneros y prisioneras en las graderías, bajo el "marcador". En la reunión participaron varias mujeres. Una de ellas, uruguaya, testimonió con una crudeza feroz sobre las torturas, violaciones y ultrajes que habían sufrido ella y otras compañeras. Estaba desesperada y desafió con su denuncia a los militares que acompañaban a la delegación internacional.

De salvarse, esas personas difícilmente podrían seguir viviendo en Chile y la posibilidad de ser expulsados por la Junta Militar era casi una aspiración. Salvo para aquellos cuya expulsión significaba la entrega a otra dictadura: Chile había dejado de ser "el asilo contra la opresión".

Missing

Mayo de 2002. Por primera vez un juez se hace presente en el Estadio Nacional, investigando violaciones de los Derechos Humanos. Han pasado casi 30 años y lo lleva al lugar un solo proceso: el de la muerte del periodista norteamericano Charles Horman.

En los años '80 recuerdo haber visto en la Sociedad de Escritores la película *Missing*, del griego Konstantin Costa Gavras, basada en el caso Horman. Su exhibición estaba prohibida. Vimos clandestinamente una mala copia en video. Era extraño ver la reconstrucción cinematográfica del Estadio y al gran Jack Lemmon preguntando por su hijo desaparecido en Chile y denunciando la complicidad del gobierno de Nixon. Era inquietante, en la oscuridad de la sala, sentirse parte de un tema prohibido.

Pasan los años y la historia del Estadio pareciera ser una película vieja que no se quiere recordar. Ni su realidad ni su versión cinematográfica. El juez se hace presente en el recinto por un solo caso; en tanto, el filme estrenado mundialmente en 1982 nunca ha sido exhibido comercialmente en los cines de Chile. “Yo sé que *Missing* fue vista por muchos chilenos, clandestinamente, en video. Pero no deja de ser sorprendente —opina Costa Gavras— que los chilenos no hayan tenido todavía los mismos derechos que en los otros países: verlo exhibido en la pantalla grande”.⁴⁷

El magistrado, Juan Guzmán Tapia debía reconstituir una escena de esa realidad que en el Estadio superaba la ficción. A la diligencia concurrieron los compañeros de prisión del norteamericano. Como dueños de casa, Guillermo Torres, Mariano Requena, Adolfo Cozzi, Fernando Villagrán... le mostraron al juez

⁴⁷ Konstantin Costa Gavras, entrevistado por Faride Zerán. En *Rocinante*, N°48, octubre de 2002.

dónde estuvimos, qué hacíamos, como funcionaba el campo de prisioneros donde fue asesinado Charles Horman. Terminada la diligencia, en el mismo estadio, el juez declara que “los pueblos cometen errores y es necesario corregirlos, para que después no se vuelvan a cometer”.

Se había enterado de primera fuente de otras barbaridades allí cometidas, que nunca antes habían podido ser contadas a un juez. También el magistrado tuvo que escuchar sobre los castigos recibidos con la vista vendada, ante una Justicia que nunca se sacó la venda para mirar la tortura en el Estadio. Errores y horrores para un expediente colectivo ineludible: en el laberinto de la transición interminable las historias se rozan buscando curación: en octubre del 2002 Costa Gavras vino a Chile y revisó *Missing* con el juez Guzmán Tapia. El Gobierno distinguió al cineasta con la condecoración “Gabriela Mistral”. Un reconocimiento de realidades y ficciones. Ese año, además, se terminó legalmente la censura cinematográfica en Chile.

III

EL PAN NUESTRO

La primera comunión

Cristo también estuvo en el Estadio Nacional. Más allá de la retórica, muchos llegamos a sentir esa presencia. Especialmente quienes reconocíamos que nuestro compromiso político, que motivaba el encierro, tenía una inspiración cristiana. Desde esa perspectiva yo “entendía” mi situación. Y me tranquilizaba.

Aunque sin mayor protagonismo, a los 17 años había participado en la fundación de la Izquierda Cristiana.⁴⁸ En el primer momento, fui el más joven de ese joven partido y pertenecí al grupo dirigente de los estudiantes secundarios. Participaba con entusiasmo de una convicción que nuestros líderes habían sintetizado convincentemente: “El cristianismo es la profecía de la igualdad; y el socialismo, la oportunidad histórica de realizarla”. Estábamos en la Historia –así, con mayúscula– en medio de un proceso ineludible. Nuestro socialismo no existía en parte alguna, tampoco lo pudimos construir con el Presidente Allende; pero siguió siendo una utopía dentro y fuera de los campos de prisioneros.

En medio del absurdo que vivíamos en el Estadio, nuestro cristianismo le daba “sentido” a la prisión y al sufrimiento. Cristo nos acompañaba y lo veíamos padeciendo la historia. Los pasajes evangélicos que alimentaban nuestro imaginario nos permitían encontrar paralelos con la experiencia que estábamos viviendo y comparar, pretenciosamente, los pesares

⁴⁸ La Izquierda Cristiana nació de una escisión de la Democracia Cristiana, en julio de 1971. Se constituyó como partido en octubre de ese año e ingresó a la Unidad Popular y al gobierno del Presidente Allende. El autor estuvo entre sus fundadores. Militó formalmente en la IC hasta 1990.

del pueblo chileno con el sufrimiento de Cristo: en la pista de cenizas, cuando en procesión se regresaba de la tortura, siempre hubo alguien —un Cireneo— que ayudó al que estaba a punto de caer; así como la negación de los amigos se repitió entre nosotros mucho más de tres veces. Los soldados no nos dieron una esponja con vinagre para calmar la sed, pero sí nos dieron pollo podrido y se rieron de nuestra hambre. Con escarnio se burlaron de nuestras creencias. Nadie nos bajaba de una cruz, pero las escenas de piedad eran auténticas cuando los compañeros recibían en la escotilla al recién torturado. Y supimos del sacrificio y la traición. Tampoco faltó el soldado arrepentido. Ni quienes sintieron que el Padre los había abandonado.

El espíritu de Cristo estaba en el Estadio. Y había un misterioso sentimiento de consecuencia en aquello. En la cultura cristiana desde la cual hacíamos política, nuestros modelos a seguir estaban principalmente en el martirologio: Cristo, Camilo Torres, Néstor Paz, Ernesto Che Guevara. El martirio, al menos teóricamente, era un destino probable de quien se comprometía con la revolución. En el Estadio esa conciencia nos podía disminuir el miedo. O aumentarlo. La muerte estaba demasiado cerca. Más de lo que llegamos a imaginarnos. Ya no era una posibilidad teórica. La vida nos mostraba que teníamos más vocación de mártires que de héroes. Y no era para sentirse orgullosos.

En un primer momento vivíamos la derrota sin aceptar la derrota. No sabíamos de todas las muertes. Y no queríamos saber que entre ellas estaba la revolución. En esos días, las enseñanzas partidarias me ayudaron a vivir. Sin heroísmo, pero dignamente. Tenía esa fe, que no era precisamente religiosa, que me proporcionaba una resignación distinta a la que nos predicaba el capellán del Estadio desde la tribuna oficial.

En efecto, en el Estadio había un servicio religioso a cargo de un capellán católico, de origen polaco. En sus prédicas indignantes justificaba con entusiasmo el golpe y nuestra situación. Lo hacía con un tono enfiestado y un sentido del humor impertinente, soltando bromas que solo podían gustar a los militares que, en definitiva, eran sus feligreses favoritos.

El sacerdote, escoltado por soldados, hacía giras orillando la alambrada o visitando algunos camarines. Muchos se le acercaban para hacer encargos y pedir informaciones familiares. Él mostraba buena disposición para recibir confesiones; pero despertaba lógicas suspicacias por su evidente compromiso con la Junta. En ese contexto no era clara la diferencia entre la pregunta vinculada a la confesión y el interrogatorio sutil de un cómplice de los militares, que imponía penitencias por el pecado de haber colaborado con los marxistas en contra de la Patria.

Así como había complicidad, también la posición defensora de los Derechos Humanos comenzaba a expresarse con fuerza al más alto nivel. En los primeros días del Estadio, antes de que yo fuera detenido, el cardenal Raúl Silva Henríquez ya había estado de visita. En esa oportunidad, cuenta Luis Alberto Corvalán, "la mayor parte de los detenidos, y por cierto todos aquellos que tuvieran huellas del maltrato, ese día debimos permanecer encerrados en los camarines y con orden expresa de no conversar ni hacer ruido so pena de castigo".⁴⁹

El cardenal no tenía el camino allanado para bendecir a los prisioneros y enterarse de las condiciones en que estaban. Frente a uno de los camarines los guardias se cruzaron para impedir que entrara y conversara desde la puerta. El cardenal, cuenta Alberto Gamboa, "se abrió paso a empujones. Y lo hizo tan rápida y sorpresivamente, que algunos detenidos que descansaban en el suelo, no alcanzaron a incorporarse". Uno de ellos, agrega, era su colega periodista Óscar Waiss, quien, además de ser lisiado, estaba prácticamente ciego sin sus anteojos: "En la tercera comisaría me los botaron —contó al cardenal— y los pisotearon. Se hicieron añicos. Le reclamé al mayor que era el jefe máximo y éste me contestó: ¿para qué estás pataleando tanto si no los vas a necesitar?". "Al otro día —cuenta Gamboa—, gracias a la intervención del cardenal, Waiss recibió sus anteojos".⁵⁰

⁴⁹ Corvalán Castillo, Luis Alberto. *Escribo sobre el dolor y la esperanza de mis hermanos*. Sofia-Press, Bulgaria, 1976, pág. 91.

⁵⁰ Gamboa Soto, Alberto. "Ya Dios vivió en el Estadio". *La Época*, jueves 2 de abril de 1987.

No estuve con el cardenal. Llegué más tarde y sí vi al cura de los militares hacer lo suyo. Tomando algunos de los cigarrillos, chocolates y galletas que enviaban los parientes, el capellán pasaba ante la alambrada y mostraba su carga como un cebo. Cuando los presos nos agrupábamos ansiosos, lanzaba las cosas al montón para que los menesterosos la disputáramos incluso con violencia. Y le resultaba. La necesidad tenía cara de hereje.

Afortunadamente hubo quienes nos recordaron con su actitud que la miseria había que convertirla en dignidad. Es el caso de un compañero que logró coger al voleo una de las cajetillas. Cuando la tuvo asegurada, le habló al "pastor" desde las graderías y se la devolvió diciéndole que no éramos perros. Su actitud fue seguida de un breve desconcierto. En segundos se pasó del enojo por haber perdido la limosna a la vergüenza y de ahí a las felicitaciones y los aplausos. En la misma acción, al atrevido se le protegió en el anonimato para evitar represalias.

Lo mismo que vimos frente a la alambrada, el capellán lo hacía desde la puerta de algún camarín: tiraba los cigarrillos al interior armando una batahola entre los presos, que se abalanzaban sobre los regalos como niños lanzándose a los dulces de una piñata. Era degradante. Como esto se repetía, recuerda Gamboa, dos periodistas le representaron su molestia. "No queremos más cigarrillos, padre, entiéndalo bien. Queremos que las cajetillas que nos envían lleguen sin abrir. Nosotros las repartiremos equitativamente. Si mañana vuelve a tirar cigarrillos a la chuña, lo vamos a echar a empujones, por muy padre que sea".⁵¹

El cura no volvió a los camarines ni a acercarse a la malla de alambre. Pero anunció que era obligatorio subir a escuchar su misa dominical que oficiaría en la tribuna bajo la marquesina.

Sin embargo tuvimos buenas razones para desobedecer esa orden. Entre los presos también había curas que nunca dejaron de cumplir con su ministerio. Entre ellos había un grupo de seis curas belgas acusados de ser activistas. Cinco de ellos eran curas obreros, que trabajaban

⁵¹ Gamboa Soto, Alberto. Idem.

en parroquias de poblaciones pobres. El sexto se les unió cuando intentaba liberarlos. En efecto, cuenta Gamboa, "el obispo belga de la congregación acudió a la comisaría para obtener la libertad de sus pastores. Escucharon su reclamo, con mucha seriedad. Incluso lo anotaron en un libro. Y acto seguido detuvieron al obispo y lo mandaron al Estadio. Ellos, medio en francés y medio en castellano, cantaron su misa entre rejas".⁵²

Uno de esos domingos, me quedé en el camarín. Feliz intuición porque ahí, en el camarín siete, como en una catacumba, un cura prisionero celebró una misa que nunca olvidaré.

Se trataba de un sacerdote joven, el padre Enrique Moreno Laval, que nos invitaba a reunirnos en torno a la palabra de Cristo. El religioso y periodista vivía en la población Joao Goulart, de La Granja. Estaba con nosotros porque lo habían apresado durante una operación de asilo, cuando ayudaba a entrar a una embajada a un perseguido. Antes de llegar al Estadio lo habían tenido tres días incomunicado en Peldehue.

La misa fue celebrada en medio de la precariedad, pero todo era de una hermosura profunda. La prédica fue en un lenguaje que reconocía cercano. En ella no había resignación, sino espada. Nos llamó a la unidad, nos dio fuerzas en el desamparo porque no estábamos solos. No faltó el recuerdo de Ernesto ni de Camilo. Lo que nos pasara tendría sentido si nos manteníamos íntegros. Dios estaba con nosotros y si moríamos nos encontraríamos con Él en la eternidad. Con Cristo, su Hijo, nos encontraríamos ahí mismo en el camarín 7 durante este recuerdo de su sacrificio en cuerpo y sangre: era la misa auténtica. Y rezamos un Padre Nuestro.

Una frazada, que era el manto de los pobres cristos del velódromo, era un adecuado mantel para un altar mayor que era simplemente el piso de baldosas. El cáliz podía ser el pocillo con que esperábamos los porotos o el tazón plástico para el café de higo. Cada uno de nosotros teníamos derecho a un pan diario y algunos compañeros lo donaron para la eucaristía. El sacrificio era verdadero.

Sobre la frazada se partió el pan y lentamente se fueron repartiendo los pedacitos. Algunos compañeros se hincaron. La solemnidad inundó el sencillo camarín. La atmósfera se hizo sobrecogedora. Algunos nunca habían estado en una misa y tomaron con torpe emoción el pan y se lo echaron a la boca. Y lo tuvieron ahí sin saber si masticarlo o no, si comérselo o no. Yo también recibí un mendrugo igual al de mi vecino y compartí sus dolores y esperanzas a través del saludo que nos dimos, de la fraternal blandura de la miga, de las miradas tristes. La emoción llenó la celda. Nos dimos un abrazo o un apretón de manos.

En tanto, los soldados ya habían irrumpido con fusiles. Pero se detuvieron. Tal vez por respeto, quizás por vergüenza. No comulgaron. Tampoco impidieron que la misa terminara. Alguno lloró frente al sacerdote. Sobre la frazada quedaron algunas migas que, obviamente, no fueron despreciadas. Salimos del camarín con una callada alegría. Después caí en cuenta de que, en esa ceremonia, había hecho mi primera comunión.

Capricho divino

Abril de 1987. Vuelvo por segunda vez al Estadio, con ocasión de la visita de Juan Pablo II. Se sabía que uno de sus encuentros masivos sería en el Estadio: “Sabemos que usted —le escribió la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos— estará en lugares que fueron y son para nosotros motivo de dolor y desgarramientos”. En la multitudinaria reunión con los jóvenes el Papa tuvo presente la historia del lugar. Se hincó e hizo la señal de la cruz sobre el suelo “...en este estadio, lugar de competiciones, pero también de dolor y de sufrimientos en épocas pasadas”. Fue un emotivo desagravio. Un momento excepcional, que tuvo sus momentos también de humor. En algún momento el Papa interpeló a los jóvenes preguntándonos si rechazábamos la riqueza, el consumismo y el poder; ante lo cual respondimos en coro que ¡Síííí! Pero cuando preguntó: “¿Rechazáis los ídolos del sexo y el placer?” contestamos espontánea y muy mayoritariamente con un fuerte ¡Nooooo! Todos nos reímos, salvo —quizás— el Papa.

En general no asisto a ceremonias religiosas. Sin embargo, hay ocasiones especiales que me llevan a la iglesia y me otorgan cierta plenitud. En noviembre de 1988 asisto al bautizo de Catalina, la hija de María Eugenia Meza. En el altar de la iglesia Nuestra Señora de Luján estaba el padre Enrique Moreno ¡el mismo de la misa en el Estadio! Después de la ceremonia le pregunté si, para la Iglesia, la mía había sido “legalmente” una primera comunión. Por supuesto, respondió, recordando una misa que también para él fue memorable.

Mi duda “legalista” era absolutamente infantil. Era quizás de ese niño que recuerdo rodeado de imágenes católicas. En el patio de mi casa teníamos una gruta con una Virgen de yeso. Era bonita. El Mes de María en nuestro barrio era muy entretenido. Cada semana santa a los niños nos mandaban al cine Valencia

a ver *Vida, pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo*. Muda, en blanco y negro, y cada año más corta. A mi madre la acompañaba a pagar sus mandas a la iglesia de Santo Domingo. Y mi padre no ocultaba su admiración por Juan XXIII, el Papa bueno.

Podría haber hecho la primera comunión y me preparé para ello. Ya huérfano, me resistí a hacerla. Yo estaba enojado con Dios. Cuando murió mi madre alguien me dio el pésame diciéndome “Dios lo quiso”. Esa palabra no resignó al niño del cementerio, que nunca perdonó ese capricho divino. Desde entonces no quería ir a misa y me las arreglé para eludir una primera comunión obligatoria. Cuando todo estaba listo para hacerla, yo debía presentarme con cierta elegancia a la ceremonia. Con chaqueta y corbata iba a parecer el novio de mi hermana, ya que supuestamente la haríamos juntos. Pero llegué tarde y mal vestido.

Nunca imaginé que la haría en un camarín del Estadio Nacional, mucho más desastrado.

Procesiones y encuentros

De pie sobre las gradas vi desfilar grupos muy diversos por la pista de cenizas. Algunos tenían colores, como los “paquetes” de obreros que fueron sacados de sus fábricas y que llegaron al Estadio con sus overoles azules, grises o anaranjados. Una vez primó el color celeste y fue muy impactante para mí. Delante de un gran contingente de nuevos prisioneros venía Carlos Domínguez, a quien yo había conocido en la Izquierda Cristiana (su esposa –Silvia Álvarez– había sido clave en sacarme del servicio militar justo antes del golpe). Su entrada fue alucinante porque parecía una marcha, encabezada por él... que portaba la bandera del partido. Provocó desconcierto, aplausos y risas. Por supuesto que la bandera la llevaba por obligación –botín del allanamiento– y hacerlo desfilar con ella era una forma de escarnecerlo.⁵³

También fue emotivo cuando, en un grupo de presos que era escoltado por la pista de ceniza, reconocí a un pariente: a Raúl Díaz Valdés, médico casado con una de mis primas. Raúl había llegado antes que yo al Estadio: el 20 de septiembre, con las manos atadas.

Entre las experiencias más dolorosas que Raúl ha contado, hay una triste procesión de mujeres que vio pasar por esa misma pista de cenizas: “Pudimos ver, casi sin creer, ancianas, muchachas muy jóvenes, mujeres embarazadas, casi arrastrándose, apoyadas unas a otras, rodeadas de soldados armados que sonreían. Nosotros mirándolas con lágrimas en los ojos, con las gargantas anudadas y con los puños crispados de rabia y de impotencia”.⁵⁴

⁵³ Carlos Domínguez murió en el exilio, en agosto de 1993.

⁵⁴ Dr. Raúl Díaz Valdés, testimonio para la Organización Mundial de la Salud. Raúl Díaz vive exiliado en Francia.

Había mujeres prisioneras en distintos lugares del Estadio. Algunas incomunicadas, prácticamente escondidas. Otras, principalmente extranjeras, estuvieron los primeros días en un camarín compartido con hombres.

La cercanía de las mujeres nos recordaba que el Estadio era mucho más que el coliseo. En el mismo recinto estaba el Velódromo, que funcionaba como centro de torturas, y la piscina olímpica, por donde pasaron unas mil mujeres detenidas. La de ellas era una historia paralela a la nuestra. Entre los hombres algunos sufrían con la posibilidad de que ahí estuviera su madre o esposa, sus amigas o hermanas.

La piscina también tenía distintas secciones, por lo cual era difícil saber el número y la identidad de todas las compañeras que ahí estaban. Sí pudimos saber que eran víctimas de abusos indecibles. Las vejaciones sexuales eran recurrentes. Hay testimonios de presos que fueron obligados por sus torturadores a violar prisioneras en la piscina. La misma "diversión" quisieron tener los soldados en el camarín mixto, según relatos de compañeros que estuvieron ahí. El ultraje, tanto para hombres como para mujeres, instalaba un secreto y una vergüenza difíciles de contar.

Mónica y Raúl

Abril de 2002. Mónica, mi prima casada con mi compañero de prisión Raúl Díaz, está de paso en Santiago. Ambos, con varios hijos, partieron exiliados a Francia en 1974. Han pasado casi 30 años y difícilmente regresen a vivir a su país. Durante su visita tuvimos una pequeña reunión familiar para intercambiar recuerdos.

Había cumplido recién mis trece años cuando vi morir a mi madre en la Población Juanita Aguirre. De ese barrio popular me llevaron a ese otro planeta que era El Golf, el sector más elegante de entonces. Hablo de los años sesenta. Allí me recibió mi tía Angélica, a quien nunca había visto. Me pareció demasiado seria y silenciosa. Orfebre notable y pintora delicada, no supe acercarme a ella y compartir ese mundo. La miraba de lejos. Siempre me sentí fuera de lugar, a pesar de que sus hijas y yernos, todos bastante mayores que yo, me simpatizaban mucho.

Entre estas hijas estaba Mónica. Casada con un médico que, a pesar de su título, no era el mejor partido según mi tía. Este doctor era un cristiano de izquierda que, en lugar de abrir una consulta privada para ganar dinero, estaba dispuesto a vivir entre los pobres. Era la consecuencia que exigía el Evangelio. Así como los curas obreros, se fueron con mi prima a vivir a una de las poblaciones más pobres de Santiago, la José María Caro. Como pediatra trabajó en el Consultorio “y en las tardes –cuenta– hacía domicilio en bicicleta”.

Pasó el tiempo, Mónica ingresó a estudiar Odontología y Raúl se especializó en Salud Pública. El golpe de Estado lo sorprendió como director del antiguo Sanatorio El Peral, conocido también como Hospital Sótero del Río. De allí lo sacaron a punta de metralletas.

Y nos encontramos en el Estadio Nacional. Él caminaba por la pista de cenizas, en una fila, y yo le hacía señas desde las graderías, al otro lado de la alambrada.

En las diversas rotaciones al interior del campo, en algún momento nos tocó estar juntos. Raúl, tal vez por sus ancestros chinos, transmitía una tranquilidad necesaria. Y enseñaba a conseguirla dando charlas a pequeños grupos en las catacumbas del Estadio. Nos habló de acupuntura, enseñó técnicas de relajación y para hacer ejercicios de yoga. Hasta con pruebas de hipnosis nos sorprendió cuando hizo “levitar” a uno de los jóvenes y macizos hermanos Palestro, al que levantó solamente con dos dedos. Raúl me infundía calma y, con este primo mayor, me sentía protegido y más integrado al grupo. Ya no estaba tan solo.

En tanto, Mónica se encontraba con mi hermana Nené y compartían sus angustias. Las historias nos hermanaba más allá del parentesco. Cuando supieron que nos llevarían a Chacabuco, mi hermana se dedicó a pintar tarros y a venderlos para juntar dinero para el viaje. Mónica, como relataré en otra oportunidad, encontró una insólita manera para ver a su compañero.

Frazadas para la piscina

Con Luis Alberto Corvalán nos hicimos amigos en el Estadio y más tarde debimos compartir Chacabuco, otro campo de prisioneros. Luego, también nos encontramos fuera de Chile. En 1975 estuvimos juntos en México para testimoniar ante la III Sesión de la Comisión Investigadora de los Crímenes de La Junta Militar en Chile. Con un soplo al corazón y resentido irreparablemente por las torturas, al poco tiempo murió en Bulgaria⁵⁵, a los 28 años. Es difícil olvidar la sencillez y la juventud, el coraje y la alegría de Coné. Le llamábamos así porque a su padre le decían "Condorito", aludiendo al popular personaje de historieta cuyo ahijado se llama "Coné".

Luis Alberto escribió sus memorias, las que fueron publicadas póstumamente en 1976.⁵⁶ A ellas he recurrido en estas páginas. Así, Luis Alberto sigue con nosotros. Y nos ayuda a recordar.

La familia de Luis Alberto fue diezmada con el golpe de Estado. Además de tener a su padre en la Isla Dawson, su propia esposa estaba prisionera en el mismo Estadio Nacional. "Muchos de los que allí estábamos teníamos a nuestras

⁵⁵ Según oficio del 15 de marzo de 1976, el entonces Presidente de la Corte Suprema, José María Eyzaguirre, puso en conocimiento de Pinochet sobre su entrevista en el campo de prisioneros Tres Álamos con Luis Corvalán Lepe, quien le informó: "Que su hijo fue detenido y sometido a torturas y trabajos que afectaron gravemente la enfermedad a la válvula mitral que padecía; agrega que, posteriormente su hijo salió del país y murió en Bulgaria a causa de la tortura y trabajos aludidos. Añade que, cuando su hijo falleció, solo le fue permitido entrevistarse con su cónyuge por un lapso de cinco minutos".

⁵⁶ Corvalán Castillo, Luis Alberto. *Escribo sobre el dolor y la esperanza de mis hermanos*. Sofia-Press, Bulgaria, 1976.

esposas –recuerda–. Muchos fueron interrogados en presencia de ellas o de preferencia interrogadas o violadas ellas en la presencia de sus maridos para que éstos confesaran y firmaran documentos que consignaban crímenes o delitos jamás cometidos. A muchos, incluso, les fueron a buscar a sus mujeres a las casas para cometer tales barbaridades”.⁵⁷

En las galerías sabíamos del caso de Luis Alberto y Ruth. Era muy comentado por la prominencia de sus padres: Coné era hijo del senador Luis Corvalán, jefe del Partido Comunista; y Ruth, de Pedro Vuskovic, ex ministro de Economía del Gobierno del Presidente Allende. “Al no encontrarlo se llevaron a mi esposa que amamantaba al pequeño de tan solo ocho meses de edad”.⁵⁸

En el Estadio, él estaba preso en el recinto futbolístico; ella, en la piscina. En cierta oportunidad los milicos pidieron voluntarios para ir a dejar frazadas y colchonetas a la piscina. Estábamos en las graderías, cerca de la puerta de la Maratón. Para muchos era buena cosa hacer estos trabajos, porque podía significar más pan o información u otro aire. Pero esta vez, como en un pacto silencioso, no tuvimos ni un asomo de dudas para que la oportunidad fuera aprovechada por Luis Alberto. Y se le facilitó el camino para que resultara casualmente voluntario.

Y partió. En fila con otros cuatro presos, escoltados por dos soldados, proceden a ir a retirar la carga. “Ante nuestros ojos aparece una montaña de colchones y frazadas. Pienso para mis adentros –escribe Coné– ¡cuánto frío estamos pasando y estos hijos de puta a unos metros de nuestro frío tienen almacenado y ordenadito el abrigo que nos niegan!”⁵⁹

Esta vez el calor de las frazadas tenía un destino que Luis Alberto todavía no tenía claro. La carga se echó en un carrito y la sorpresa fue tomando forma en la medida que se acercaban a la piscina. “El corazón brinca de alegría y quiero ir más rápido que la escolta. Me doy cuenta que podré ver a mi compañera”.

⁵⁷ Testimonio de Luis Alberto Corvalán Castillo, ante la III Sesión de la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar en Chile. México, febrero de 1975.

⁵⁸ Corvalán Castillo, Luis Alberto. *Escribo sobre el dolor y la esperanza*, pág.92.

⁵⁹ Corvalán Castillo, Luis Alberto. *Idem*, pág. 36.

Llegan a los camarines de la piscina y son recibidos por las prisioneras, llenas de preguntas y de cariño. Mientras unas buscan a Ruth, otras descargan el carrito para que Luis Alberto quede desocupado. Y se encuentran. "Aprieto la cintura de mi compañera y acaricio su pelo. Nos han dejado solos en un entendimiento tácito. Miro sus ojos profundos que me cuentan de su tierno amor, veo en ellos la respuesta militante de las mujeres del pueblo cojo su rostro entre mis manos y la beso, con un beso prisionero y clandestino".⁶⁰

-¡Listo, compañero! Apúrese porque llegó un oficial.

Fue una breve eternidad. Más tarde, antes de abandonar el Estadio tendrían otro momento de amor cautivo.

⁶⁰ Corvalán Castillo, Luis Alberto. Idem, pág. 37.

La multiplicación de las migas

El momento más esperado era el del reparto de la comida. El desayuno se repartía entre las 8 y las 10 de la mañana. Consistía en una taza de café de higo y un pan. La rutina la rompía el grito de un sargento que llamaba a los jefes de camarín para que dieran el "parte de fuerza", que consistía en informar la cantidad de presos que había en ese momento, y a la "escuadra de servicio" de los prisioneros para que repartiera el alimento.

El desayuno llegaba en unos grandes fondos de aluminio, cargados por la escuadra de servicio, que hacía una larga gira por los pasillos interiores del Estadio. Cada uno de nosotros tenía un tazón plástico de color celeste. La tibieza nos devolvía la vida y consumíamos el alimento con voracidad. Del pan, tratábamos de guardar un poco para el resto del día. Si estaba duro, no importaba: así dura más rato en la boca y también era rico "sopearlo" en el tazón de café (costumbre poco elegante, adquirida seguramente en el internado y reforzada en el Estadio, que porfiadamente conservo en la privacidad familiar).

La próxima comida aparecería entre las tres y cinco de la tarde. Eran los porotos del almuerzo o "el rancho", como se dice en la jerga militar. Desde ahí el hambre se domiciliaba en nosotros hasta el otro día. A la prensa de entonces se informó que al atardecer había una sopa y otro pan, que supuestamente repartía la Cruz Roja, pero no fue así. Al menos en los lugares en que yo estuve. Más aún, el momento del reparto de la comida era un instante de angustia porque la comida nunca alcanzaba para todos. Se repartía menos de la que era necesaria, por tanto dependía mucho desde dónde empezaba su recorrido la "escuadra de servicio" —y quienes integraban esa escuadra— para calcular hasta

dónde había comida asegurada y quienes peligrosaban con quedarse sin su ración.

Las razones de la falta de comida eran de diversa índole. Se decía que los encargados de "intendencia" hacían negociados con la adquisición del número de raciones y que por eso llegaban menos de las que correspondían. Por otra parte, era evidente que a los "vencedores" no les importaba que pasáramos hambre: era otra forma de castigo.

Un día, inesperadamente, nos sirvieron pollo. ¡Pollo! Un verdadero banquete. Me preparé para darme el gusto. Comencé a comer. Pero tenía un sabor raro y un olor nauseabundo. Estaba podrido.

Años más tarde, supe que el encargado civil de abastecer el alimento se ufanaba entre sus amigos de haber pedido expresamente a un conocido comerciante avícola de Melipilla, que le entregara los pollos podridos porque eran para los presos. Los entregó y fueron servidos. Esa gente nunca pensó, quizá, que su revancha de mal gusto también fue una forma de tortura.

Además del hambre como parte de una estrategia de abatimiento sistemático, en los primeros días hubo gente que se quedaba sin comer por desorganización de los mismos presos. Así, por ejemplo en el camarín donde estaba Rolando Carrasco, el problema se resolvió turnando las filas: "los 300 nos agrupamos en seis filas de a 50. Al aparecer el rancho, ordenadamente se presentaba la Fila Uno, la Dos y así sucesivamente hasta la Seis. Al día siguiente la fila Dos se acercaba primero a la repartición".⁶¹

La composición de la escuadra de servicio era fundamental. En un principio los militares llamaron para este trabajo a los presos que primero les demostraron cierto servilismo e incluso adhesión. La situación límite en que nos encontrábamos la sobrellevamos con la dignidad posible. No era de otro mundo, entonces, que el terror y el hambre envilecieran a más de alguno de nosotros.

Al respecto, con mucha crudeza, Virgilio Figueroa relata que "ante la entrada del casino de oficiales, se aglomeraba gran cantidad de presos a limosnear sobras de comida.

⁶¹ Carrasco, Rolando. Op. cit., pág. 68.

Algunos oficiales no permitían que dieran algo extra a los detenidos, pero los ‘buenos’ entregaban a los pedigüños grandes porciones de carne cocida, pan, papas, etc. Los limosneros devoraban ese reparto, distribuyendo el excedente entre amigos o vendiéndolo a subido precio”.⁶² Éstas y otras actitudes bochornosas fueron haciendo evidente la distinción entre los políticos y el lumpen. Ellos eran los “mocitos” de delincuentes mayores, con o sin uniforme, que realizaban otros trabajos menores de aseo, traslados de cosas, etc. Y lo peor: nada los inhibía para caer en el soplónaje.

En tanto, los presos políticos no dejaban de ser políticos. Así, algunos se preocuparon de “infiltrar” las escuadras de servicio para neutralizar al lumpen. Entre quienes tomaron la tarea estaba Luis Alberto Corvalán: “Los carceleros –escribe– dejaban hacer, estimulaban a esos elementos para que robaran el pan de otros prisioneros. Muchos iban quedando en cada camarín sin la ración de pan. La Escuadra de Servicio afirmaba haberles entregado la magra ración. El incidente terminaba siempre con la intervención presta del centinela, que ponía el cañón en la cabeza del que reclamaba su derecho y daba incondicionalmente la razón a la escuadra de servicio. De este modo se habían convertido al poco andar, en instrumento de provocación y división”.⁶³

La infiltración de la escuadra de servicio, como una tarea política, convirtió a estos compañeros en correos internos o en “espías” que fueron muy importantes para enterarse de que tal o cual compañero también estaba preso y que, a través de esta escuadra, se le podía hacer llegar alguna ayuda. “Participé en las cuadrillas para repartir comida –recuerda Ángel Parra–. Eso nos permitía ir por todo el recinto viendo quién estaba, en qué condiciones y pasar la voz”.⁶⁴ A Luis Alberto le servía para negociar: en la confianza que se establecía entre el suboficial a cargo y “su” escuadra de servicio, pudo conseguir que aumentaran

⁶² Figueroa Fernández, Virgilio. *Testimonio sufrido*. Comala Ediciones, Santiago de Chile, 1991, pág. 151. Virgilio Figueroa falleció en septiembre de 2002, a los 92 años.

⁶³ Corvalán, Luis Alberto. Op. cit., pág. 28.

⁶⁴ Ángel Parra, entrevistado por Tati Penna. En: *Siete + 7*, N°30, 4 de octubre de 2002.

las raciones. Para el convencimiento hubo que adulterar algunos “partes de fuerza” y aumentar el número de “personal detenido”. Así, luego de haber desplazado al lumpen, la escuadra política pudo mejorar el servicio: “Al día siguiente –relata Corvalán– comenzamos por los camarines que considerábamos más débiles, dejando para el último los camarines patria o muerte. Dos cucharones por persona mientras uno le metía conversa al guardia. Ese día hubo más orden que nunca en la fila. Trabajamos con dos fondos simultáneamente para así debilitar la vigilancia de la guardia. Al frente de cada cucharón colocamos a los más diestros en el manejo. No se les veían las manos al repartir el segundo cucharón. Ese día repartimos los porotos, no con el nudo en la garganta como los días anteriores a pesar de que era seguro que más de un camarín y nosotros mismos nos íbamos a quedar sin ración. Repartimos los porotos con la alegría de quien está luchando...”.⁶⁵

Al finalizar el reparto la misma escuadra de servicio tenía que lavar los fondos: “Meter medio cuerpo dentro de éstos y con la mano raspar las sobras hasta hacer lucir el aluminio”. Me imagino a Luis Alberto en esa faena que, en el fondo, fue parte de una misión heroica.

Gracias a la intermediación de la Cruz Roja, comenzaron a llegar algunas encomiendas para ciertos presos. Desde entonces, al interior de los camarines el reparto del alimento fue casi ceremonial. Luis Alberto recuerda que “el primer paquete que los milicos dejaron pasar” fue para Marino Tomic. “Entre otras cosas –cuenta– traía cuatro naranjas; en ese momento el jefe de camarín era yo... me dio su paquete para que decidiera qué hacer con él. Entonces ocurrió una cosa sorprendente: al dividir las cuatro naranjas, incluidas sus cáscaras, descubrimos que daba para ¡150 porciones! Todos alcanzaron, poco, pero nadie quedó sin comer. El propio Marino no comió su parte hasta no estar seguro que todos tenían su pedazo. Nunca olvidaré –agrega– este increíble gesto. Fue un precedente valioso. Todos los paquetes posteriores fueron a integrar el ‘fondo común’ de alimentos y medicamentos...”⁶⁶

⁶⁵ Corvalán, Luis Alberto. Op. cit., pág. 31.

⁶⁶ Idem, pág. 39.

Adolfo Cozzi, también menor de edad en esa fecha, recuerda con cariño la multiplicación de los panes que se daba en su camarín. En él, cuenta, "Capdevila y Cabieses recibían de manera bastante rutinaria paquetes con alimentos y siempre repartían todo con los que estábamos ahí, sin dejar nada para sí". En otra ocasión, decidieron compartir entre todos un inesperado sandwich de queso. "Y éramos 106. No fue fácil –cuenta Adolfo–, hubo que hacer cálculos matemáticos, divisiones y subdivisiones que parecían no tener fin. Pero al cabo, todos recibimos un minúsculo pedacito de pan y queso, una miga".⁶⁷

Era común que, del contenido de los paquetes, solo llegara a manos del destinatario la cuarta parte o menos. Los soldados robaban y se repartían muchas cosas que los familiares enviaban para los prisioneros. Además, algunas señoras de la Cruz Roja le sacaban cosas a aquellos que recibían "mucho" y hacían su propia redistribución entre quienes tenían recomendados. La inmensa mayoría nunca recibió algo. Y era lógico, de acuerdo a las dificultades que se vivían afuera.

Otra razón importante que viciaba el reparto de paquetes era la colaboración de los presos-lumpen, quienes sencillamente se robaban el alimento de sus compañeros de prisión y, en complicidad con algunos soldados, hacían mercado negro de cigarrillos.

⁶⁷ Cozzi, Adolfo. *Estadio Nacional*. Editorial Sudamericana, 2000. Pág. 104.

Azul petróleo

*"Hay cosas que nunca se olvidan".
Lo aseguré muchas veces, a propósito
de cosas que ya se me olvidaron.*

Octubre de 2001. Estoy en un Encuentro de Teatro Escolar y me corresponde saludar a los participantes a nombre del Ministerio de Educación. Por esa circunstancia uno de los asistentes escucha mi apellido y se me acerca para verificar si yo soy la misma persona que le trae un recuerdo. Con timidez inicia el siguiente diálogo:

—Disculpe, ¿le puedo hacer una pregunta personal?
¿...qué edad tiene?

—Por supuesto... tengo 47 años. Nací en 1954.

—Ah... y ¿le puedo hacer otra pregunta personal? ¿...dónde estaba en octubre de 1973?

—En el Estadio Nacional. Tenía 19 años.

—No estoy equivocado entonces... ¡a usted le regalé un chaleco azul petróleo! ¿Se acuerda?

Me dejó mudo. Sin esperar respuesta, empezó a describir la escena como si necesitara probarme que era verdad lo que me decía.

—Usted era bien cabro, un poco menor que yo. Y andaba muy desabrigado. Con una polerita no más. ¿Se acuerda? A mí me daba no se qué verlo tiritando de frío. Ese mes yo salí en libertad y le dejé mi chaleco. Era azul petróleo. ¿Se acuerda?

Me acordé. Le reiteré las gracias que seguramente le había dado también en octubre, pero 28 años antes. No supe contarle qué pasó con el chaleco, pero se lo agradecí como si me lo estuviera pasando en ese momento. Esta vez a nombre de ese chiquillo entumido de frío de quien no tenía una imagen. Nadie me lo había descrito desde fuera. Y lo recordé: efectivamente, andaba apenas con una polera y un pantalón azul delgado. Y se acurrucaba para calentarse con su propio cuerpo. No recuerdo muchas cosas. A veces no creo cosas que me cuentan de mí mismo y he tenido que preguntarles a otras personas qué me

pasó. No recordaba el nombre del dueño del chaleco. Se llama Fernando Barraza. Él sí recordaba el mío y fue evocador en ese teatro. ¿Por qué había olvidado esto? Fue un gesto de solidaridad muy hermoso, que en cierto sentido respondía a un acuerdo colectivo tácito: quien salía en libertad, si tenía algo, se lo dejaba a quien lo necesitara. Y yo me había olvidado del inolvidable chaleco azul petróleo.

El Cabro Carrera

Había privilegios. Ahí también funcionaba la ley del más fuerte, del más vivo, del más audaz. Las influencias y el dinero, a pesar del estado de sitio, igual se notaban en el Estadio. Chile no dejaba de ser Chile en ese aspecto. Quienes trasladaron con más facilidad su sistema al estadio fueron los delincuentes habituales. Entre ellos, había uno famoso: el Cabro Carrera, alias de Mario Silva Leiva, personaje consagrado por la crónica roja. Había comenzado de niño como lanza en el barrio Franklin. Sus lanzazos eran rápidos y sabía hacerse humo: el cabro emprendía una veloz carrera que lo dejaba fuera del alcance del más rápido de sus perseguidores. Por eso "cabro carrera".

Una noche llegó a nuestro camarín con otras dos personas, que habrían pertenecido a la Hermandad de Santiago, la mayor organización de narcotráfico que operara en Chile desde comienzos de los años sesenta hasta 1973.⁶⁸ Eran "pesos pesados" no políticos. Duchos en esto de estar presos y poderosos económicamente, la pequeña mafia no pasó hambre en el Estadio. Recibían comida enviada desde "El Nuria", un conocido restaurante de la época. Los mirábamos con las caras largas y los jugos gástricos revolucionados. De repente convidaban, generosamente, parte de su comida.

La accidental cohabitación duró poco. Los militares decidieron separar a los traficantes de los políticos y los instalaron en una escotilla bajo la puerta de la maratón. Ahí, muy luego, como sucedía en la cárcel tradicional, llegaron a tener su séquito con "mocitos" que trabajaban para ellos, lavándoles la ropa o haciendo diversos mandados.

⁶⁸ En "La historia del más celebre delincuente", crónica de Héctor Cossio, en: *La Nación*, jueves 22 de julio de 1999.

En la población de esta pequeña colonia del hampa que mirábamos desde lejos había una excepción curiosa: asociando malévolamente delincuencia y policía, junto a los traficantes pusieron a Samuel Riquelme, quien hasta el golpe había sido el subdirector de Investigaciones. Riquelme tenía un destino incierto, el Cabro Carrera⁶⁹ y sus Hermanos de Santiago ya sabían que serían deportados a los Estados Unidos pedidos por la Interpol.

Riquelme, que era miembro del Comité Central del PC, hasta ese momento había estado aislado en una especie de celda individual. Cuando sus compañeros de partido supieron que estaba allí lo buscaron a través de la escuadra de servicio de Luis Alberto. Y lo encontraron. Lo habían amarrado de pies y manos por la espalda y colgado en un palo horizontal. Luis Alberto lo encontró sentado. “Le miro a los ojos –cuenta– y veo los suyos intentando reconocermé entre la hinchazón y la sangre de sus párpados”.⁷⁰ Lo reconoció y encontró que Luis Alberto “estaba animoso como siempre” y junto con recibirle el plato de comida, le hizo una serie de encargos. La escuadra de servicio informó de las necesidades de ropa y algo de comida para Riquelme. Se hizo una colecta que fue recogida en una frazada que, esta vez convertida en saco, sirvió para llevarle la ayuda al torturado.

Después del aislamiento, Samuel Riquelme fue llevado junto a los delincuentes que a él le había correspondido perseguir como subjefe de la policía civil. Estaba asustado, pero el Cabro Carrera sorpresivamente le hizo una pregunta increíble: “¿Usted se comería un pollito arvejado?”. Con incredulidad Riquelme le dijo que sí y, a la hora de almuerzo, “llegaron pollos a la cacerola y arvejados, vino y otros acompañamientos. Al día siguiente –agrega– me preguntaron si quería escalopa, más los agregados”.⁷¹ Para nosotros era extraño verlo como parte de este singular grupo que, desde las graderías, se veía en un permanente picnic. Y ahí estaba

⁶⁹ Mario Silva Leiva, “el Cabro Carrera”, murió en Chile en julio de 1999, a los 75 años de edad, en prisión.

⁷⁰ Corvalán, Luis Alberto. Op. cit., pág. 34.

⁷¹ Riquelme, Samuel. En: Villegas, Sergio. *El Estadio. Once de septiembre en el país del edén*. Editora Periodística Emisión, Santiago de Chile, 1990, pág. 95.

Riquelme, en una escena surrealista, reponiéndose de las torturas comiendo langosta y centolla que le convidaban los privilegiados traficantes.

En cierto sentido, después de la pesadilla, Riquelme había entrado a ese espejismo que todos buscábamos en el delirio colectivo que provocaba el hambre. Al respecto, Carlos Orellana nos interpreta en su relato: "Pensamos en comida, soñamos con comida, jugamos al juego masoquista de evocar comidas, imaginar banquetes succulentos, platos sofisticados; pensar en la hora dichosa en que el ser humano se sienta a la mesa del comedor". Mirándose y mirándonos, Orellana reflexiona sobre el hambre y da cuenta de esa verdad que no tiene remedio: "paralelamente hay sentimientos que nos corroen y que no queríamos tener: una envidia malsana si alguien en el reparto recibe una ración mayor, rencores y egoísmos soterrados, una pugna despiadada y por momentos feroz".⁷²

⁷²

Orellana, Carlos. Op. cit., pág. 88.

Soldados

Para un militar tradicional —es decir, ni fanático ni psicópata— tiene que haber sido difícil aceptar que sus “prisioneros de guerra” resultaran ser otros chilenos. Por formación, su agresividad chovinista estaba reservada para los argentinos, peruanos o bolivianos. En último caso, la guerra fría justificaba asumir a los cubanos, rusos o “extremistas foráneos” como enemigos externos de la Patria.

Pero el enemigo que tenían al frente, hincado y con las manos en la nuca, era un chileno como ellos. Un compatriota. Los soldados, antiguos o reclutas, debían encargarse sin chistar de estos enemigos. Pero a poco andar los prisioneros de guerra se les revelaban como personas pacíficas y hasta inofensivas, con quienes siempre se podía tener un amigo común, cuando no un parentesco. Fueron convencidos de que vivían una guerra y terminaron siendo víctimas de esa creencia. Algunos aprendieron un odio que los encegueció. Otros, se convirtieron en bestias azuzadas que dieron rienda suelta a las más bajas pasiones. No faltó quien usó el poder para venganzas personales y cometer abusos usando la Patria como coartada. Las tropelías, por lo demás, eran permitidas y muchas veces recompensadas con el botín de guerra.

Lejos de lo deseable, la actitud abusadora fue más institucional, más típica y permitida, que el gesto humanitario. Este último fue más personal y constituyó una excepción, un riesgo. Pero los hubo. Existieron los militares que salvaron vidas y poemas. Es justo, en consecuencia, recordar a esas personas de uniforme que demostraron cierta conmiseración, respeto o simplemente profesionalismo. En esas circunstancias tales gestos llegaban a ser heroicos. Debieron ser “buenas personas”

a escondidas. Los recuerdo, a pesar de no haber sabido nunca qué historia, qué ideas, había tras esos uniformes.

El suboficial y el profesor

Para nosotros eran militares que se salían de la fila, casos atípicos que nos llamaban la atención, como ese viejo suboficial del Ejército que una mañana se acercó a las graderías del sector norte del Estadio. De lejos el militar había visto entre los “extremistas peligrosos” al conocido profesor Mario Céspedes. Lo admiraba. Seguía sus programas de radio y televisión, los entretenidos concursos donde divulgaba la historia de Chile. Le habló con respeto, como implorando perdón y comprensión. Sentía vergüenza. Decía cosas como “yo no soy nadie para vigilar a gente como don Mario... a gente como toda la que hay aquí ” No pudo más. Lloró como un niño viejo desconsolado. Los presos también nos emocionamos, entendiéndolo. Nos acercamos a él, pero pidió que no lo rodeáramos ni armáramos tumulto. No quería hacerse notar. Iniciamos un aplauso y con un gesto de pánico lo detuvo. Tenía miedo de que lo vieran “ellos”, sus camaradas de armas. Previsor, pidió que lo recordáramos “cuando se dé vuelta la tortilla”.

Se marchó tan triste como llegó, pero más tranquilo. Se había desahogado. Además había tenido el honor de conocer en persona a Mario Céspedes. Si se hubiese quedado unos cuantos segundos, también lo habría visto llorar. Y con él a otros prisioneros de guerra.

El mayor y el diplomático

Estábamos tan cerca de tantas historias y tan lejos de la posibilidad de conocerlas. El tiempo nos ha ido contando lo que pasaba al lado nuestro. Sobre los militares que tuvieron gestos humanitarios, también estuvo el mayor de Ejército Mario Lavandero. Estaba a cargo de la entrada y salida de los presos. “Era suave y cordial, y no mostraba mucho entusiasmo por su trabajo. Daba la impresión de ser un hombre obligado a cumplir órdenes contra su voluntad”.⁷³ El mayor

⁷³ APSI N°161, 9 al 22 de septiembre de 1985.

Lavandero tenía oficina en el estadio, a la cual un día llegó el espigado embajador de Suecia Harald Edelstam. El diplomático tenía la información de que en ese campo fusilarían a más de cincuenta presos uruguayos.

Edelstam, que ya había calibrado el carácter del oficial, le sugirió derechamente: "Mire, usted no se ve especialmente feliz con este trabajo. ¿Qué le parece si le ayudo un poco y lo alivio de la responsabilidad que se va a echar encima con esos 54 uruguayos?"⁷⁴

El ya mítico embajador fue convincente. El mayor dejó en libertad a los condenados. "Al día siguiente –escribe *Apsi*– Lavandero murió fusilado en el mismo estadio". Tiempo después, Harald Edelstam fue declarado persona non grata y debió irse de Chile.

Arma de servicio

Otra figura uniformada que anduvo por las gradearias fue el mayor Sergio Acuña. Los primeros días fue el militar de mayor graduación que tomaba contacto pacífico con los prisioneros. Dejó la impresión de ser un oficial profesional, que cumplía órdenes injustas lo más humanamente posible. Cuando había alguna noticia especial que interesaba a los detenidos o alguna lista de compañeros que serían liberados, sin retardos innecesarios se acercaba a las galearías en que estábamos los supuestamente "LC" y nos leía la información o las nóminas.

A pesar de todo, trataba de entablar una relación amable con los prisioneros. Hacía bromas y, al parecer, se esforzaba por comprender los problemas que se le podían plantear. Nunca descartamos la posibilidad de que todo fuese populismo del oficial o que, en el reparto de papeles de los torturadores, a él le haya tocado representar al "torturador bueno". Pero había rumores que hablaban bien del mayor Acuña. Se decía que algunos detenidos, considerados políticamente peligrosos, habían quedado en libertad gracias a su "blandura".

Cierta vez, luego de leer una de las listas más largas de "enviados al hogar", quiso hablar "en términos personales" con los presos políticos. Lo escuchamos silenciosos.

⁷⁴

Idem.

Había un tono de confidencia en su discurso. Anunció que sería “relevado de su puesto”, pidió que no lo olvidáramos, deseó que “esta pesadilla termine pronto”; que “sería hermoso que nos pudiéramos ver, afuera, como personas normales... pero creo que no será posible...”.

Días más tarde, casi a una semana de aquel episodio, una noticia recorrió todo el Estadio: el mayor Acuña había muerto. La noticia oficiosa contaba que se había “suicidado con su arma de servicio”.

Coronel Espinoza

El impacto de tener como prisioneros de guerra a otros chilenos comunes y corrientes, lo reveló el propio coronel Jorge Espinoza Ulloa, quien llegó a ser el responsable de todos los campos de concentración como encargado de la Secretaría Ejecutiva Nacional de Detenidos (SENDET). “Cuando me paré la primera vez en el Estadio Nacional, frente a cientos de detenidos, fue una impresión y un instante difícil. Me preguntaba cuántas de estas personas habían sido a lo mejor profesores míos (se veían algunos mayores), o eran profesores de mis hijos, lo serán de nuestros descendientes; gente que respira el mismo aire, que vive bajo el mismo cielo. Por eso, aunque había que juzgarlas porque habían cometido delitos, siempre consideré que era necesario darles un trato humano, aunque firme, ya que aun siendo connacionales habían estado sirviendo, directamente, de una u otra forma, la causa de la destrucción del país”.⁷⁵

El coronel Espinoza era el que daba la cara y firmaba los certificados. “A los familiares de los detenidos –recuerda en la entrevista.–, usando un modo informal y ya de cierta familiaridad, yo les decía: podrá pasar tiempo, pero tengan confianza en que les devolveremos a sus maridos o a sus hijos vivitos y coleando y con todas sus presas”. Promesa que, sabemos, no se cumplió en muchos casos. Si hubo razones, el coronel pudo entregarlas recién en mayo del 2002 cuando fue interrogado por el juez Guzmán. Murió en diciembre de ese mismo año, dejando muchas historias que contar.

⁷⁵

En *Qué Pasa* N°252, febrero de 1976.

Ángel de la guardia

En honor a la verdad algunos, que pudieron morir en la tortura, efectivamente salieron vivos del Estadio gracias a la desobediencia de algunos militares. El testimonio de Luis Alberto Corvalán es ilustrativo de ello. Luego de ser interrogado por más de siete horas, volvió del Velódromo en un estado lamentable, trasladado en una silla de manos por otros prisioneros. El suboficial que los recibe se estremece al verlo tan maltratado. Al revisar su ficha, se entera de que el interrogatorio de Luis Alberto debía continuar al otro día, lo que difícilmente el prisionero podría resistir.

El suboficial, cuenta Luis Alberto, "ubica al resto de los prisioneros y me deja para el final. Desaparece y quedo en la pista de cenizas tendido bajo el disco negro " Más tarde, "vuelve el suboficial con dos compañeros de mi antiguo camarín. La lógica del movimiento de prisioneros indicaba que yo no volvía a ese camarín luego de ser interrogado, les ordena que me escondan allí y que me nieguen si van a buscarme, rompe los papeles que ordenan mi vuelta al velódromo para el día siguiente y me salva la vida".⁷⁶

Visita nocturna

En uno de los cambios de camarín, llegué a uno del sector bajo la marquesina. Ahí casi todos los compañeros me eran desconocidos. Entre ellos había un obrero moreno y maceteado. Callado y triste, se cubría con la frazada muy cerca de donde estaba yo.

Cierta noche, a la hora en que casi todos ya dormían, se abrió la puerta del camarín. La luz que se colaba desde el pasillo rompió la oscuridad y proyectó la silueta de un soldado que se acercaba silencioso a este compañero. Le tocó su cabeza, le hizo un cariño y le entregó un sandwich. Le besó las mejillas, se levantó, avanzó sigilosamente y cerró la puerta tras de sí para seguir vigilando el sueño que tapaban las frazadas. Su puesto estaba afuera, al lado de la ametralladora que custodiaba el pasillo. Adentro, en penumbras,

⁷⁶ Testimonio de Luis Alberto Corvalán en III Sesión de Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar en Chile. México, febrero de 1975.

el obrero con los ojos brillantes se acomodaba para comerse el valioso regalo. Era el pan que le había dado su hijo que, ese día, en el Estadio, cumplía con el Servicio Militar Obligatorio.

Servicio militar. El de los que mandaban y el de los que obedecían. Se mancharon las manos y el uniforme haciendo un servicio que, a fin de cuentas, era para los civiles que habían lanzado maíz a los cuarteles y asesinado al General Schneider. Los militares les hicieron el servicio: el trabajo sucio a los que incitaron el golpe y pasaron a dirigir desde las sombras, en ministerios, embajadas, comisiones constitucionales, consejos de Estado. Civiles que cambiaban Chile inventando noticias. Censurando. Aparecidos que ocuparon el puesto de los ausentes, haciendo listas negras, desmintiendo listas con desaparecidos. Privatizando, enriqueciéndose. Simulando que su política y su economía nada tenían que ver con la tortura. Civiles que abusaban impunemente mientras los militares contenían bajo una frazada –bajo tierra, en el fondo del mar– cualquier asomo de protesta. Civiles que usaban sus influencias para conseguir que sus hijos no hicieran el servicio militar obligatorio.

IV

BAJO LA FRAZADA

El Velódromo

Vivir en el Estadio era vivir en la incertidumbre. Nos contaban, nos pasaban lista, nos cambiaban de lugar, nos asignaban una frazada y un rancho; pero todo ello no nos daba necesariamente una "existencia" (estar en el Estadio era como estar entre paréntesis). Las dos semanas sin ser interrogado me tenían en ascuas. Los prisioneros sabíamos dónde estábamos, pero ¿tenían esa información nuestros parientes y amigos? Los desaparecidos no saben que están desaparecidos. Más aún, la palabra "desaparecidos" todavía no se instalaba en mi vocabulario.

¿Dónde estábamos?, se preguntaban afuera. Y se recorrieron postas, hospitales, la morgue. Y se venció el miedo para indagar en comisarías, cuarteles, regimientos. Y se hicieron mandas, antesalas, gastos. Y se recibieron humillaciones. Muchos finalmente salimos en libertad. Aparecimos. Sobrevivimos. Pero algunos, que pudimos ser nosotros, aparecieron asesinados en el río Mapocho o ejecutados "por no respetar el toque de queda" o por "ley de fuga". De otros, vimos después su foto-carné junto a otras personas desaparecidas.

Detenidos, retenidos, secuestrados. Prisioneros de guerra. "Algo" éramos, arrojados en algún lugar del Estadio. Llegué a dudar de que los mismos militares supieran de todas las personas que tenían en el recinto. Había desorden y más de algún compañero "peligroso" logró escabullirse gracias a esa confusión. Otros, fantaseábamos con la posibilidad de que nos dejaran ahí "olvidados" como si no existiéramos. En esta fantasía nos evadíamos del inevitable interrogatorio, que se vislumbraba como una ilusión contradictoria ya que era una deseada oportunidad para salir de la incertidumbre.

Era el minuto de hablar y de callar. Por alguna razón estábamos ahí. Para “algo” nos mantenían prisioneros. Las razones que cada uno de nosotros podía especular, no necesariamente eran las mismas que manejaban nuestros captores. Queríamos que nuestro caso se resolviera luego, pero sabíamos que antes debíamos pasar por ese “interrogatorio formal” que simplemente nos aterraba. Paradójicamente, con pesimismo y esperanza, aguardábamos ansiosamente lo peor. Al mismo tiempo, como niños asustados que no saben dónde esconderse para evitar un castigo, nos embozábamos con la frazada deseando que nunca nos llamaran al interrogatorio.

Pero también lo esperábamos. Y escuchábamos con tensión la voz de los parlantes: “el siguiente personal que nombraré a continuación debe presentarse de inmediato frente al disco negro...”

Esperé con angustia ese llamado, pero curiosamente cuando correspondió mi turno, el aviso no lo oí por los altavoces. Fue a domicilio y de noche: un suboficial llegó al camarín para comunicarnos las instrucciones del día siguiente: a las cinco de la mañana nos abrirían el camarín-celda para que nos formáramos en la pista de cenizas, frente a la Puerta de la Maratón. De ahí marcharíamos hacia el disco negro, que estaba frente a la Tribuna Presidencial, donde nos pasarían lista. Luego, llevaríamos nuestras manos a la nuca y así nos iríamos hasta el Velódromo.

Con esas instrucciones anudándome el estómago intenté dormir. Apreté firme la frazada, que esa noche sentí húmeda y calurosa. No había escapatoria: el famoso interrogatorio sería al otro día, el 12 de octubre de 1973, irónicamente festivo en el calendario. Y debía llevar la frazada.

Las instrucciones se cumplieron según lo previsto, bajo las órdenes de un teniente. Con las manos en la nuca y la frazada como un incómodo sarape, salimos con paso rápido –y en momentos al trote– hacia el Velódromo.

Llegamos a la tribuna del extraño recinto. Me llamó la atención su pista que, casi como una ilusión óptica, era un camino que se extendía hasta convertirse en muro. Desde arriba, un círculo dantesco. En bajada. Nunca había estado en un velódromo (ni siquiera sé andar en bicicleta). El ambiente era desolador. Diseminados por los asientos

había grandes manchones de lana: compañeros cubiertos con frazadas. Los había aislados, de rodillas. Otros en el piso como perros atropellados o encogidos como fetos acurrucándose en el cemento. Todos bajo sus mantas. Se veía gente de civil, con brazaletes, y soldados de guardia o deambulando. Al otro lado de la pista, una cocina móvil y una carpa que podía ser un hospital de campaña.

No pude seguir mirando. Nosotros también tuvimos que cubrirnos la cabeza y permanecer en absoluto silencio e inmovilidad total. Así como la mala conciencia oculta la basura bajo la alfombra, a nosotros los soldados nos escondían bajo las frazadas. Quien hablara o "intentara algo" sería fusilado en el acto. La tropa nos vapuleaba y nos dejaba ahí, esperando con la paciencia del condenado. Todos iguales con nuestra cara de frazada.

Pinochet bajo la manta

Año 2000. Arrestado en Londres, decrepito, saliendo sin inmunidad de la Cámara de los Lores, Augusto Pinochet se aleja en un auto cubierto con una manta para protegerse de los fogonazos de la prensa. Un parlamentario británico comenta: “Pinochet tapado con una manta es una forma de justicia”.⁷⁷

La escena y el comentario me llevan nuevamente al chiquillo que fui bajo la frazada. Me veo con otros en una fila de tapados y alucino jugando macabramente a las escondidas, esperando que alguien nos libere.

Ahora, vuelvo a este sueño y me sacan la frazada muchos años después y veo a Pinochet en la pantalla ocultándose voluntariamente bajo una manta. Grito hacia el pasado que esta forma de justicia es, como en el juego, “por mí y por todos mis compañeros”.

⁷⁷ En: *El caso Pinochet*. Documental realizado por Patricio Guzmán. Francia-Haití, 2000. El cineasta Patricio Guzmán también estuvo prisionero en el Estadio Nacional. Llegó con su propia frazada, “escocesa, de colores rojo y negro”. Al salir en libertad se la dejó a Ángel Parra. Me lo contó en el mismo Estadio Nacional, el 10 de noviembre de 2002.

Interrogatorio y caracoles

Esporádicamente los altavoces nombraban a un grupo de prisioneros. Cada uno de los citados debía ser llevado por un escolta y puesto en manos de lo que eufemísticamente llamaban un "fiscal". Por medio de claves, a los guardias se les indicaba dónde debían llevar a cada prisionero. Así, los altavoces nos distribuían por los distintos "caracoles", que estaban divididos en diferentes "chagos" y nos tiraban luego a las diversas "oficinas" de los "fiscales": "león 3", "puma 5" o a otro lugar igualmente críptico para nosotros.

Me nombraron en un grupo de ocho a diez compañeros. Al escuchar nuestros nombres debíamos ponernos de pie y esperar en esa posición. Pasó un largo rato. Bajo una frazada y en esperas tan largas no era difícil ensimismarse, acudiendo a un recuerdo, una oración, un sueño. Aprendí, sin embargo, que era mejor mantenerse alerta: súbitamente un culatazo en la espalda me hizo trastabillar y sentí los empujones que me hacían bajar las graderías. Alguien me toma la frazada como si fuera un saco y me zamarrea y me arrastra gritándome que me apure. El cuello duele. No me salen palabras. Al escolta, en cambio, le sale de corrido un amplio repertorio con que acompaña sus patadas y culatazos.

A tropezones salimos de las tribunas para enfilar por un intrincado camino hacia el interrogatorio. Literalmente a ciegas obedecíamos las instrucciones. Así, tuvimos que avanzar tomándonos de las frazadas como niños de un jardín infantil obligados a tomarse de los delantales para cruzar la calle.

No sabíamos a dónde nos llevaban, dónde estaba el "caracol" que nos correspondía. Y nos fuimos a tientas. Le pisé el talón al compañero que iba delante. Le saqué a medias el zapato. Y vuelve la culpa a la memoria, porque ese

accidente trivial aumentaba el sufrimiento en esas circunstancias. Y había que seguir sin hablar ni detenerse.

La frazada que tanto deseé los primeros días, ahora la sentía pesada sobre mi cabeza. Un poncho ciego. Al parecer, esto divertía al soldado que nos guiaba a gritos y empujones. Seguir derecho, doblar, detenerse, apurar el tranco. Inesperadamente chocábamos entre nosotros. De repente un golpe, un empujón que nos lanzaba contra el compañero. No podría jurar que el escolta se había ensañado conmigo, pero en la oscuridad sentía que jugaba siniestramente a la gallinita ciega. Y yo era el gallina, las órdenes eran solo para mí: al trote ¡marr ! y chocar sorpresivamente contra la pared. Apurarme y caer con una zancadilla. Torpe. Me levanto, dudo si caminar o no, si para allá o para acá. ¡Apurarse! y chocar nuevamente de improviso, inadvertidamente, contra la muralla. Con el rostro cubierto no atinaba. Desconfiaba, además, de cada uno de mis pasos. Chocar con la pared o el suelo era estrellarse contra la oscuridad, agradeciendo la frazada que amortiguaba el golpe. La frazada es incómoda y se enreda cuando caes y tratas de levantarte antes de que llegue la patada que apura.

El guardia me hizo creer que habíamos llegado a una piscina. Y ordenó que me parara en "la orilla de la piscina". Me sujetó para que sintiera el vacío con la punta de mis zapatos. Me inclinaba, sujetándome, para que sintiera que podía caer a ese vacío. Dependía de él. Trataba de asirme a él, de agarrarlo, para que no me soltara. Imposible con la frazada de poncho. El soldado se inquieta con los manotazos de ciego. Me zamarrea. Me amenaza por última vez. Me suelta y me pega un empujón. Caigo (¿y si la piscina estaba con agua? No sé nadar. Si está vacía, ojalá mi frazada me proteja). Caí. Sentí que me doblaba el tobillo, que me enredaba en la frazada, que se reían. Había caído de una distancia ridícula, desde una cuneta. No más de una cuarta (esa medida infantil que usaba cuando jugaba a las bolitas), pero me había "preparado" para una caída larga y grave. Después, el alivio se mezcló con la impotencia. Te sientes torpe, ofendido, avergonzado. No era una piscina. Todo había sido una "broma", como también lo era cada simulacro de fusilamiento. El dolor del tobillo pasó luego. El resto sigue doliendo.

Llegamos de tumbo en tumbo al “caracol norte”. Ahí, en una especie de pasillo o de túnel, nos dejaron esperando hincados frente a una pared. Bajo la frazada sentía un calor sofocante, pero igual tiritaba. Estaba muerto de miedo (la antesala era solo comparable con mi primera visita al dentista, cuando muy niño. Tal vez por eso apretaba los dientes para sujetar mis temblores). Hubo un momento en que me pareció haber quedado solo, pero no me atreví a verificarlo levantando la frazada. Bajo ella, en calidad de bulto, tenía la ilusión de que nadie me veía. Estaba oculto como un niño al que le basta cerrar los ojos para “no estar” y jugar a las escondidas. Logré cierta serenidad hasta que el silencio se prolongó sin explicaciones. Todo callado. Casi extrañaba las groserías del soldado. El tiempo ahí pasaba más lento. Y oscuro. Pero el silencio espantoso fue roto por espantosos gritos de algún compañero que estaba siendo interrogado muy cerca nuestro. Silencio. Luego un par de tiros. Suelos, espaciados. No daban para ráfaga. ¿Eran al aire? ¿Le habían disparado a una persona? ¿O eran solamente para que los escucháramos nosotros, como parte de la diversión? ¡Más tiritaba!

A oscuras, sin posibilidad de hacer preguntas, estábamos en medio de un ajetreo inusual. Al par de balazos que habíamos escuchado al lado nuestro se sumaron, aparentemente sin relación, unas inquietantes ráfagas que venían de lejos, seguidas de un nervioso movimiento de tropa. Después nos enteramos que en el Estadio habían “guardado” a los prisioneros en sus camarines. Nosotros, en el Velódromo, escuchábamos el tableteo bajo la frazada, sin saber qué estaba sucediendo.

Los balazos provocaron corridas, órdenes y contraórdenes que aceleraron a los soldados que se hicieron cargo de nosotros. Hasta ese momento habíamos estado solos y en silencio, pero todo nuevamente se puso en tensión. Los bototos rozaban las frazadas.

Cambio de posición. Nos ordenan ponernos de pie, elevar nuestras manos y apoyarlas en la pared de ladrillos. Si nuestros amigos extremistas atacaban de nuevo —amenaza una voz— seríamos los primeros en morir. Éramos rehenes verdaderos de una guerra de mentira. El simulacro de enfrentamiento era un pretexto para mantener en

forma a los conscriptos inadvertidos. Nosotros pagábamos las consecuencias. A puntapiés alejan nuestros zapatos del muro. Quienes, con el cuerpo acalambrado, se encorvaban un poco o buscaban una postura menos incómoda eran inmediatamente corregidos a culatazos. No habíamos ido ahí a descansar, nos recordaban. Los que no abrían mucho las piernas y perdían el equilibrio también eran castigados alevosamente para que tomasen una posición a gusto de los instructores. De esta forma no fuimos pocos los que recibimos golpes en los testículos. Si en lugar de abrir las piernas uno se caía por causa del golpe, era levantado con más golpes.

Nos dejaron nuevamente, esperando. Manos atrás y la cabeza apoyada en la pared. La frazada nos evitaba el contacto directo con el ladrillo irregular del muro en esa nueva posición que nos tocaba experimentar. La oscuridad se rompía con el sol que rebotaba en el cemento. Podíamos mirar los zapatos, el suelo y la misma frazada abriéndose hacia el piso cada vez más clara. Nunca había reparado en su dobladillo brillante. Tampoco que estaba hilvanado con un hilo más oscuro. Estaba como dentro de una campana silenciosa. ¿Cómo era afuera? La curiosidad y la angustia son grandes cuando se está indefinidamente dentro de un recinto que no se sabe cómo es, dónde comienza, dónde termina, qué forma tiene, etcétera. El lugar más amplio e iluminado, puede ser un vericuelo siniestro para quien late o tiritita debajo de una frazada (con el paso del tiempo, después de haber vuelto a esos lugares, pienso que tal vez todo eso fue poco tiempo y cada lugar no era tan grande. Pero a mí me pareció eterno y cada pasillo interminable).

Más allá de la frazada todo era un misterio. Nadie sabía de quién era la mano que hurtaba el reloj, o la bota que golpeaba sorpresivamente las costillas o la bayoneta que hostigaba. En cambio, sí sabíamos de quiénes eran los gritos, los llantos, los quejidos y los silencios que retumbaban. Era el sufrimiento de alguno en particular, también habitante del Estadio: cualquiera de nosotros. Era un compañero torturado que además les servía de instrumento de tortura para quienes estábamos obligados a escuchar y ponernos en su lugar. Probablemente ya nos tocaría a nosotros atormentar con nuestros quejidos a los que serían

interrogados después de nosotros. El sistema era perverso. Y de ahí no podíamos irnos. Y la frazada no nos ocultaba lo suficiente como para salvarnos de esta prueba.

Sorpresivamente, de nuevo las culatas, los fusiles, los muros inesperados, los angustiosos vacíos entre peldaño y peldaño, los empujones y las zancadillas. Me llevaron a otro lugar. Cercano. Recibí un trapo grueso, con él –bajo la manta– tuve que vendarme los ojos. Me volvieron a revisar y, por enésima vez, me “acomodaron” la frazada. Así fui entregado a mis interrogadores.

El saludo fue un gran puñetazo en el estómago, al tiempo que otra mano me agarraba del cuello y me tiraba hacia el lugar desde donde debería responder las preguntas. Todo les molestaba y todo les daba risa. Que mi lentitud, que el apellido, que la voz. Todo. Era como un ciego entre matones borrachos. Además no querían perder tiempo. Ya estaban cansados -dijeron. El golpe en el estómago me dejó sin habla, tratando apenas de respirar. El terror también me había arrebatado la palabra. No me salían los gritos que tal vez ellos esperaban. Y yo mismo. Mi boca era una almeja asustada. No era el silencio del héroe. Era el miedo mandánc’ome. Rogaba porque no me preguntaran por mis amigos. No sabía si podría seguir callado cuando los interrogadores dejaran de insultar y de reírse. Había que “confesar... decir algo... hablar”. Pero tampoco esperaban a que dijera algo. Apurados, castigaban sucesivamente el silencio. Las groserías eran acompañadas de patadas y puñetes. También, en la espalda y detrás de las rodillas, me golpearon con un objeto contundente, probablemente un laque. Me caí un par de veces. Enredado en la frazada me demoraba en ponerme de pie. Estaba adolorido y tenía mucha pena. Pero tampoco podía llorar. Y parece que también querían que llorara porque me trataban como a un niño que se había portado mal.

De las acusaciones con que había ingresado al Estadio, los fiscales solo se detuvieron en una: la militancia. Este único antecedente trajo una secuela de comentarios políticos, a lo menos, sugestivos: “este es de la Izquierda Cristiana... de los que se fueron para el lado de Allende”, dijo uno. Esto motivó a otro, seguramente civil, a zamarrear me mientras me gritaba: “¡traidor!”. Demostrando que

conocía a los de mi clase, agregó: “¡tonto útil!”. La palabra “cristiana” lo descompuso. Cuando la mayoría de los interrogados eran socialistas, comunistas, miristas; es decir “marxistas”, yo estaba fuera de libreto. El desconcierto, que por unos segundos derivó en una grosera diatriba con pretensiones de reflexión política y filosófica, duró poco y no me favoreció porque igualmente –como lo hacían con la mayoría– decidieron ponerme electricidad.

Me arrebataron la frazada. Sentí que me desnudaban y, absurdamente, mis preocupaciones se centraron en mi marrueco: me preocupaba, pudoroso, que lo pudiera tener abierto. En medio del interrogatorio ya había recibido más de un piropo obsceno referido a mi atractivo juvenil, a mis pantalones ajustados. La amenaza de violación estaba en la atmósfera. Según uno de ellos, estaba “rico”. Me preguntaron si pololeaba (recordé fugazmente a Margot. No les hablé de ella ni de mi frazada de colores crudos.) La pregunta era maliciosa y grosera. Con ella vino un doloroso agarrón. El otro “fiscal” me salvó de la violación recordando que lo que venía era la electricidad. Y que había que apurarse.

Aseguraron la venda de mis ojos. En el tris alcancé a ver apenas unos zapatos de civil. En los dedos me pusieron unos anillos y comenzaron a aplicar crecientemente golpes de corriente. La intensidad nacía en las yemas, rápida. Cosquilla dolorosa. Momentos después me agregaron en las sienes una especie de monedas. Después supe que se llaman electrodos. La famosa “picana eléctrica”, descargaba confusión y un estremecimiento que multiplicaba el miedo por lo que pudiera venir después. Desfalleciente, me dieron ganas de vomitar como si tuviera fatiga. También tenía miedo de vomitar, por el castigo que podía venir si los ensuciaba. Me contuve. Al menos sentía el aire fresco que no había tenido bajo la frazada.

De todas partes estallaban las carcajadas, las preguntas triviales “¿... dónde están las armas... quiénes son los más extremistas de tu Partido... ibas a las concentraciones... a las marchas... quiénes son los más extremistas de tu camarín? Y, nuevamente: ¿dónde están las armas de tu partido...?” Pero en el fondo las respuestas no les importaban. Querían que reconociéramos delitos y vinculaciones inexistentes. Que delatáramos a nuestros compañeros, aunque fuese

denunciando falsedades. Nos torturaban para que “sopláramos” ... para que dijéramos una verdad, una mentira... algo... o nada. Casi no era relevante.

Nuevamente pidieron nombres. Di nombres. Los más queridos eran los más buscados. Y ya sabían que los buscaban así que nombrar al jefe del partido o a Luis Maira, a Jacques Chonchol, a don Rafa Gumucio, no era revelar el nombre de personas desconocidas, ya había pasado un mes del golpe, suponía que estaban a salvo. Era mi justificación. Entregué un par de nombres. Solo compensa ese bochorno la tranquilidad que me da la certeza de que nadie cayó ni tuvo un mal rato por mis “confesiones”. Tal vez nadie calló en el Estadio. Salvo los héroes, que tienen que haber existido. A la luz de esa oscuridad, aún me estremece una frase de Jean Paul Sartre: “Dichosos aquellos que murieron sin haber tenido que preguntarse nunca ‘¿hablaré si me arrancan las uñas?’ ”. Para los vivos, recurriendo a los versos de Jorge Teillier, nos queda ese “eco de palabras que no recordamos, / pero que nos duelen, como si las fuéramos a decir de nuevo”.

Según los fiscales, por la electricidad solamente tendría un simple dolor de cabeza... después de todo debía estar agradecido por haber salvado mis genitales, el ano, las narices, porque –dijeron– los había “pillado cansados”.

Esta clemencia con ellos mismos no era tan extraña. Los torturadores tenían una extraña concepción del servicio público: el doctor Mariano Requena, por ejemplo, se salvó de que se prolongara su interrogatorio porque los sorprendió la hora de salida del trabajo. Y se lo dijeron. Afortunadamente a esos torturadores no les pagaban horas extraordinarias.

Para mí, el cansancio de los interrogadores fue un alivio. Pero, declarado bestialmente como otra forma de ofensa, estaba lejos de ser misericordioso. Para ellos era un divertimento. Cada grito o quejido lo celebraban en un coro de risas e insultos. Ya no preguntaban ni esperaban, en realidad, una respuesta. Al menos de los presos que habían capturado masivamente. Nosotros no éramos lo que esperaban: los fanáticos asesinos que llevarían a cabo el Plan Z, que los exterminaría. Ese argumento motivaba la ferocidad de la tropa, pero se esfumaba al conocer a los

desarmados militantes. Sin justificación, en el vértigo de la violencia pasaban de la supuesta defensa propia al abuso. Sin pretexto, la rabia ("juntén rabia" había sido un lema diario de la derecha) daba paso al sadismo. Y la sorpresa parecía mutua. El contraste entre la indefensión de los militantes y la ferocidad de los militares era de una desproporción enorme. ¿Dónde estaban las armas? —¿De qué armas nos estaban hablando?

Yo no era un pez gordo, importante ni peligroso. Para ellos era apenas un "cabro hueón" metido en cosas de grandes ("¡En vez de estar estudiando andai metío en hueás marxistas!"). Estudiante de liceo y chico de porte, un adolescente más bien frágil ante un grupo de torturadores seguramente fornidos, despertaba los peores instintos paternos. Me retaban y castigaban "paternalmente". Me aconsejaban. Me dijeron cosas "por mi bien", en un enfermizo "quien te quiere te aporrea". Para que no volviera meterme en política. "Cabro hueón" —con rabia, con lástima, con burla— se convirtió casi en mi alias para los distintos padres de la patria o inspectores generales que me tenían castigado.

Anotaron mis datos personales, militancia, fecha y lugar de detención. Me obligaron a firmar un papel que no pude leer. Supuestamente, en él juraba no haber sido maltratado física ni moralmente. También me comprometía a no participar en actividades políticas y a no seguir viendo afuera a los compañeros de prisión. A esa declaración se le sumaba el resultado de este trámite por el que había que pasar y que tanto habíamos esperado: la sentencia se traducía en un par de letras. Podía ser un "LC" (libre condicional). Un "S" (sospechoso) o un "P" (peligroso).

Sin saber en qué condición "legal" había quedado, me llevaron nuevamente a las tribunas del Velódromo. Tocar la madera de los asientos fue como encontrar una tabla de salvación. Salir de la asfixia. Ahí nos pudimos descubrir, usar la frazada para abrigarnos la espalda y comenzar otra espera. Agachados, con la cabeza entre las piernas.

Sentía una mezcla de tristeza e inutilidad. También de alivio y de miedo. No quería hablar con nadie. ¿Qué podíamos contarnos que el otro no hubiese vivido? Me dolía todo el cuerpo y me habría gustado dejarlo atrás como una carga que no me pertenecía. Sin embargo, siempre me sentí

curiosamente afortunado. Mirando a los otros, difícilmente yo podía estar peor que los compañeros que estaban a mi lado. O que esos que no vi, pero escuché gritar espantosamente cerca.

Cara descubierta

Agosto de 2001. Un sobreviviente del Estadio Nacional, Felipe Agüero, denuncia públicamente y ante la justicia a uno de sus torturadores. Reconoció a su torturador. Lo vio en la universidad, en la televisión, en la calle. Se le repitió el rostro insoportable.

Yo no podría reconocer a quienes me maltrataron y probablemente ellos tampoco a mí. No me pidan pruebas. Yo me recuerdo bajo una frazada. Pero había varios ahí, “atendiéndome”, haciendo su horrible trabajo en horario de oficina. Ellos, seguramente, no distinguían una frazada de otra. Entre esos, ¿habrá estado el que torturó a Felipe Agüero? No tengo caras que recordar. Solo sé que eran agentes de un Estado que autorizaba o instaba a cometer las tropelías.

Aún me asombran —y espantan— los testimonios de quienes vieron a su “interrogador” o al compañero colgado o quemado en la sala de torturas. Es un triste privilegio que permite respaldar las denuncias, entregar pistas en la búsqueda de los desaparecidos, tratar de hacer justicia. Pero también supone vivir con una pesadilla latente, una imagen que se revela y aparece en cualquier momento.

Fuera de la “oficina” estos señores no eran despreciables. Tenían familia, probablemente eran hasta cariñosos. Algunos estudiaban, incluso en la universidad. Muchos eran civiles que, voluntariamente, ayudaban a exterminar el marxismo. Al parecer Emilio Meneses era de estos últimos.

Agüero lo vio en televisión y en los pasillos de la facultad. Su torturador era un respetable académico de la Pontificia Universidad Católica, experto en temas de Seguridad Nacional. Emilio Meneses es conocido como “analista de defensa”. No como torturador. Y Agüero lo denunció públicamente. ¿Cómo pudo reconocerlo? “Tengo una suerte de privilegio y obligación

—cuenta—, porque normalmente el torturado no conoce al torturador. Además es muy difícil volver a encontrarse con él. Yo estaba vendado como todos los torturados del Estadio Nacional. Sin embargo, al obligarme a quitarme y ponerme unas ropas en unas sesiones de tortura, se me movió la capucha un tiempo suficiente para identificar con claridad al menos a dos de mis torturadores: uno de ellos murió, por lo que no lo voy a nombrar, y el otro es Emilio Meneses”.⁷⁸

Revestido con ese halo de corrección que otorga el status académico, Meneses reconoció que ofició de “fiscal”, que fue “interrogador”. Apegado a los eufemismos, negó el haber sabido de torturas en su “oficina”. Más aún, recordó que en esos días no se hablaba de tortura. La acusación era grave y contestó con una querrela “por injurias graves con publicidad” contra Agüero.

Felipe Agüero fue detenido junto a Fernando Villagrán. A ambos les salvó la vida un capitán de la Fuerza Aérea; luego compartieron las pellejerías del Estadio Nacional. Esta vez Fernando también lo acompañó en su denuncia, asumiendo la paradójica tarea —que en alguna pesadilla debe ser una tentación— de interrogar al interrogador:

“¿Su reclutamiento como joven interrogador tuvo alguna relación con sus vinculaciones con un grupo extremista de derecha, por lo que estuvo detenido algunos días durante el gobierno de la UP?

¿No fue esa circunstancia un estímulo para el tratamiento que otorgó a sus interrogados, adherentes del gobierno anterior?

¿En sus cotidianos movimientos por el Estadio nunca se encontró en algún pasillo, escotilla o camarín con alguna persona torturada, perdon, maltratada o apremiada?

¿No recuerda, en los primeros días, a un grupo de jóvenes mujeres con evidentes muestras de abusos y tratos degradantes, que a duras penas se sostenían contra un muro, a la espera de una nueva sesión de ‘preguntas’?

¿Recuerda la existencia de un hospital de campaña y las condiciones en que ahí llegaban algunos interrogados?

¿Nunca vio salir de una sesión de ‘preguntas’ a personas llevadas en vilo en una frazada para evitarles mayores dolores...?

⁷⁸ Felipe Agüero, en: Quevedo Méndez, Vicky. *Foro ciudadano. Relatos de la actualidad que perdura*. Op. cit., pág. 92.

¿Ha olvidado el traslado de grupos de prisioneros al velódromo? ¿Diría que allí también los recibían en agradables sillas frente a un escritorio? ¿Vio las condiciones en que volvían de ese tour los afortunados invitados?”⁷⁹

El torturador y nosotros sabemos las respuestas. Afortunadamente, los tribunales dieron por probados los dichos de Felipe Agüero.⁸⁰ Yo no podría reconocer a nadie, pero siento que Agüero lo hizo por todos. Con la memoria y el coraje que tanto ha necesitado el país para enfrentar sus espejos.

⁷⁹ Villagrán, Fernando. “Preguntas a Emilio Meneses”. Columna de opinión en: *La Nación*, 3 de junio de 2001.

⁸⁰ En diciembre de 2002, la jueza del Séptimo Juzgado del Crimen de Santiago, María Teresa Letelier, sobreesayó la querella por injurias de Meneses, absolviendo a Agüero al dar por probados sus dichos.

La piedad

Poco a poco se agregaban compañeros a la espera silenciosa. Había ambiente de almas sorprendidas, de incredulidad. Aún pasan por mi mente los rostros perplejos de los torturados. De los que bajaban la vista con vergüenza. De los que miraban desafiantes.

Callados, nos empezamos a reconocer. Habíamos compartido una experiencia muy especial que nos hermanaba para siempre. Aunque nunca más nos viéramos y nunca supiéramos cómo nos llamábamos. En silencio hicimos fila ante la cocina móvil por un tazón de comida. Tenía mucha sed, pero algún compañero me recomendó que —si me habían puesto electricidad— evitara tomar agua.

Volvimos a las graderías. Había que esperar el término de todos los interrogatorios de la jornada para regresar al Estadio. Esta vez la frazada, impregnada con todos nuestros sudores y miedos, era lo más acogedor que teníamos. Lo más nuestro.

El regreso desde el Velódromo era una lenta y silenciosa procesión, que era seguida con tristeza y asombro desde las galerías. Nos devolvían al Estadio para aterrorizar a quienes nos miraban. En el Velódromo no torturaban para obtener datos sino para sembrar el terror. Cada torturado que contaba su paso por el interrogatorio era inconscientemente un mensaje, una advertencia, para quienes pensaban seguir “en la lucha”. Cada torturado era un promotor involuntario del silencio y del miedo.

Atraían las miradas los compañeros que no podían valerse por sus propios medios. Los que se apoyaban en el vecino para poder caminar. Los que volvían sobre una frazada, esta vez convertida en hamaca doliente. La sostenían los hermanos más fornidos, los menos lastimados.

Los voluntarios o los que fueron obligados a cargarla. Los vecinos de tortura se convertían en débiles camilleros de sus amigos, transportando las improvisadas angarillas. Las frazadas cubriendo los cuerpos de nuestros compañeros se conectaban tristemente con un recuerdo cercano que era parte de la misma historia: la imagen del presidente Allende envuelto en una manta, sacado de La Moneda por la puerta de Morandé 80.

Del Velódromo regresábamos menos de los que habíamos salido y volvíamos generalmente a otro lugar dentro del Estadio. Yo salí de un camarín y volví a una escotilla. Ahí quienes ya habíamos pasado por el Velódromo nos reconocíamos sin que mediaran palabras, como se reconocen los compañeros de un viaje memorable.

En las escotillas, a contraluz del cielo que franqueaba los barrotes de las enormes puertas, nuestras siluetas se movían lentamente. En penumbras y en silencio se vivían conmovedoras escenas de piedad en torno al compañero torturado. Como recién bajado de una cruz, más muerto que vivo, se le atendía con ternura. Aparecían las frazadas como por encanto. Para que estuviera abrigado, para que el cuerpo cayera sobre algo blando, para que apoyara la cabeza. Un sudario de lana, sucio, con olor a miedo.

Con humano pudor la frazada también servía para ocultar los moretones y marcas de las golpizas. La derrota avergüenza y, a pesar de que estábamos igualados en el dolor, no era fácil aceptarse como un sujeto que despertaba la compasión y la solidaridad de vecinos tan accidentales. Era inquietante, por otro lado, enfrentarse a un espejo que nos desfiguraba. Nos sentíamos iguales y, por ello, para quienes no habían sido interrogados el compañero con marcas de tortura era una prefiguración terrorífica de lo que podía pasarnos. Nos inquietaban también los delirantes, con sus nombres sueltos y sus recados inconexos.

Atendiendo a los enfermos, los compañeros parecían padres torpes atendiendo niños afiebrados que necesitaban que alguien les acariciara la cabeza, los abrigara o les pasara un pañuelo mojado por la frente. Era extraña esa ternura entre "hombres duros", esa dedicación al amigo reciente, al desconocido de quien solo se sabía que lo habían torturado.

La incipiente organización que teníamos en cada camarín o escotilla también se pudo adecuar para atender a los compañeros que volvían en malas condiciones. En grupos se atendía al que llegaba con las costillas rotas, al que regresaba con crisis nerviosa, al que no soportaba el dolor de sus genitales, al que regresaba sangrante de boca y narices. La solidaridad también llevaba a esconder o negar por un tiempo a quienes eran buscados para una nueva sesión de tortura, cuando aún no se recuperaba de la primera.

Rolando Carrasco testimonia prolijamente cómo algunos compañeros se las ingeniaban y se arriesgaban para conseguir comida para estos compañeros. “Rapiñamos frazadas –escribe– y pusimos en práctica un sistema destinado a conseguirles doble ración de rancho. A la cabeza de la fila de los porotos formaban tantos presos con frazadas sobre los hombros como enfermos yacían acostados. Cogían su ración del fondo que colocaban frente a la puerta en tanto de más atrás alguien llamaba la atención del suboficial a cargo de la comida. Bastaba que éste volviera los ojos para que el pocillo lleno desapareciera bajo la frazada para estirar la mano en busca de otro. También el que encabezaba la fila con frazada, se ponía nuevamente a la cola, ahora sin frazada”.⁸¹

⁸¹

Carrasco, Rolando. Op. cit., pp. 94 y 95.

La vergüenza

"Tengo un gran dolor porque soy inocente. Dígaselo a mis ministros, que me siento orgulloso de que ellos hayan trabajado conmigo, dígaselo a mis generales y a mis soldados y dígaselo a toda la gente, que no sientan vergüenza por mí, porque soy inocente".

(AUGUSTO PINOCHET. Julio, 2001)

En la inútil comparación con testimonios heroicos o trágicos que nos dejan mudos, podría decir "a mí no me pasó nada". Y lo he dicho. Sin embargo, la doble negación que late en esa frase me obliga a reconocer efectivamente que "no me pasó nada"; es decir, "algo me pasó". ¿Por qué negar los dolores de ese lolo que se quedaba callado en el Estadio? Nadie sintió vergüenza ni culpa por lo que le hicieron. Siento vergüenza ajena por los abusadores. Y tengo las propias. Las cicatrices más profundas son invisibles. Y son de heridas casi privadas, de esas que prácticamente quedan al margen en los relatos, y que en su momento pasaron inadvertidas incluso para quien las infirió.

Una de estas cicatrices indelebles es la vergüenza. La vergüenza callada de quien sintió su dignidad perdida porque rogó patéticamente o negó sus creencias y a sus amigos. O porque no supo negar y todavía se arrepiente. La humillación tatuada de quien pidió perdón por ser lo que era, del que se sintió ridículo, del que sufrió por tener que desnudarse ante desconocidos, de quien asumió culpas inexistentes. Del que fue violado. Del que fue obligado a violar a otra persona. Del que fue despreciado por los despreciables torturadores. La vergüenza del que fue rapado y convertido en el hazmerreír de los soldados y de sus propios compañeros. Del que se cagó, literalmente, de susto. La vergüenza de quien sintió vergüenza. Del que lloró bajo la frazada. Del que sigue llorando en silencio cuando recuerda. Y duele. Y pesa. Como una manta mojada sobre la espalda.

El encapuchado

En pocos días el Estadio Nacional se convirtió en un lugar cargado por su nueva historia, de la cual nos fuimos apropiando cada uno de sus habitantes. La rotación obligada nos hizo recorrer diversos camarines, escotillas y galerías de los distintos sectores del estadio. Y cada lugar ya tenía algo que contar: algún suicida, su chascarro, su militar temible o sensible, su personaje famoso, su rumor impactante, su torturado inolvidable: lo memorable que había pasado en el lugar se transmitía de boca en boca. Los "antiguos" de un camarín siempre tenían algo que contar a los "nuevos" que llegaban, por ejemplo, desde la escotilla del frente. Esos cambios de lugares implicaban encontrarse con otras personas y otras historias. Así, probablemente nacieron mitos contruidos con retazos de pequeñas y grandes historias.

Un personaje que adquirió características mitológicas fue "el encapuchado del Estadio Nacional".

Para muchos el penoso camino hacia la tortura y la muerte se inició con la seña fatal de un encapuchado. El siniestro personaje era paseado por los militares frente a los prisioneros. De caminar vacilante, se imponía fantasmal acallando los respiros de las graderías y túneles. Más que presionado por su escolta, parecía protegido. Se le miraba con expectación, pero más sabio era evitar su mirada, alejarse de su índice. Hacerse el leso mirando para otro lado, esconderse en el camarín o escotilla, ir al baño.

Pero podía aparecer en cualquier lugar. Guillermo Torres sufrió la tremenda impresión de encontrarse con él en el pasillo, frente a su camarín. El delator encapuchado era de verdad, con su frazada oscura agujereada que le permitía ver entre sus hilachas.

El tipo se acercaba, se detenía, seguía buscando. A veces regresaba para revisar alguno. El encapuchado era lento y lentamente escogía a su víctima. Bastaba su ademán para que los soldados apañaran de inmediato al indicado y se lo llevaran. Las preguntas quedaban suspendidas en el silencio por un buen rato. Y los ojos del encapuchado en el aire. ("Creo que nunca podré olvidar esa mirada líquida apenas entrevista detrás de la máscara grotesca", relata Carlos Orellana, que apenas se movía tratando de pasar inadvertido).⁸² Luego, los rumores, las especulaciones cargadas de pesimismo.

¿Quién era? ¿Un infiltrado, un traidor, un torturado? Tal vez era todo eso. Pienso que el encapuchado del Estadio Nacional fue más de una persona.

Una de las preguntas que me hicieron en el Velódromo fue "¿quién es el más extremista de tu camarín?". Es decir, si hubiese dado un nombre o una descripción me podrían haber llevado –con mi frazada de capucha– para que identificara al delatado bajo tortura. Cualquiera de nosotros con la frazada perforada, o una bolsa de papel o un saco, pudo convertirse en el siniestro encapuchado que era paseado por los pasillos y galerías señalando rostros de compañeros "peligrosos".

La delación obligada era otra forma de tortura. La más siniestra. Una forma de asesinato moral que no solo se practicó llevando "encapuchados" al Estadio. En el mismo lugar de la tortura y de las "confesiones privadas", en el velódromo, otros tuvieron que hacerlo a cara descubierta. Hay testimonios de aquello: una de las veces en que fue llevado al Velódromo –recuerda mi primo Raúl Díaz– le tocó ver a "un muchacho que fue sacado al centro de la pequeña cancha, totalmente desnudo, tironeado por dos verdugos vestidos de civil que lo amenazaban con sendos revólveres y que le exigían señalar a uno de los que allí estábamos, no sé con qué fin. Se produjo una tensión enorme cuando el desgraciado compañero recorría las graderías, pensando cada cual que podía ser indicado bajo la presión de los torturadores".⁸³

⁸² Orellana, Carlos. Op. cit., pág. 83.

⁸³ Dr. Raúl Díaz Valdés, testimonio para la OMS.

Por ello creo que el encapuchado pudo ser más de una persona. Sin embargo, el monstruo tuvo nombre y apellido. Hubo uno que asumió por todos.

En octubre de 1977, un hombre llamado Juan Muñoz Alarcón confesó en la Vicaría de la Solidaridad que él había sido el siniestro encapuchado. Se trataba de un antiguo militante socialista, que había sido expulsado de ese partido antes del golpe. Después –confiesa– “fui llevado al Estadio Nacional para reconocer gente. Lo hice voluntariamente en ese entonces, porque en mí había un espíritu de revancha hacia los que habían sido mis antiguos compañeros, por la persecución de la que yo había sido objeto por parte de ellos: yo soy el encapuchado del Estadio Nacional”. Más tarde recibió entrenamiento en Colonia Dignidad y fue colaborador de la DINA. Dejó una larga confesión y la certeza de que moriría pronto: “Yo estoy muerto por uno de los dos lados”. Era la tragedia de un traidor que volvía a traicionar. El 24 de octubre de 1977 apareció asesinado en un potrero, con varias puñaladas y un balazo.

El mito

En 1975 Armando Uribe escuchó mi testimonio en México, cuando participé ante la Comisión Investigadora. Ahí lo conocí. Durante la sesión me “sopló” al oído una ironía que, junto con mejorar la entrega del relato, me revelaba dimensiones inadvertidas por mí de lo que yo mismo estaba contando. Más tarde, me acogió en sus caminatas parisinas y en el departamento que arrendaba en l’Ile Saint Louis (en el puente más cercano, una hermosa colorina de sombrero tocaba el organillo. Mi hija Natalia, diminuta, la miraba alucinada. Aprendía a caminar). Le mostré mis primeros poemas, sin saber que él ya era importante en la poesía chilena. Yo lo escuchaba, tratando de aprender. Me habló de los beneficios de la ignorancia. Y de sus límites. Empecé a respetar las palabras.

Hablábamos de la tiranía, de los campos de prisioneros. Para Armando, el Estadio era la gran metáfora de Chile. Todo el país estaba en el Estadio. Había que publicar un libro con esa historia. Estábamos en esas conversaciones cuando, en 1978, nos llegó un extraño documento que venía “del interior”: consistía en la transcripción de una cinta que había grabado en la Vicaría de la Solidaridad Juan Muñoz Alarcón. Era “La confesión del encapuchado del Estadio Nacional”. La grabación había estado custodiada por la Iglesia, hasta que una pequeña nota de crónica roja informó del asesinato de Muñoz Alarcón. Los temores recogidos por la grabadora se habían hecho realidad. Con toda la sordidez que encerraba, en el documento había una historia completa. Las bajas pasiones (la traición, en primer lugar) y la razón de Estado (la instauración de un sistema de terror) se revelaban crudamente. Era un texto increíble. Fascinante. Y aún estaba inédito.

Armando le propuso a Claude Julien, director de *Le Monde Diplomatique*, publicar un reportaje sobre el caso. Se publicó en agosto de 1978 con el título “La confession de l’homme a la

cagoule”. Armamos la colaboración en poquísimo tiempo. A la transcripción, agregamos un fragmento de mi testimonio referido al encapuchado. El pequeño texto, como otro documento, completaba la historia. No lo firmé porque entonces preparaba mi regreso a Chile. Solamente quedó una pista referida al origen del testimonio: “l’ouvrage est prefacé par Armando Uribe”.⁸⁴ Se refería a este libro, al que hemos regresado hoy, veinticinco años después.

La anécdota, más allá del metarrelato o la autorreferencia de este mismo libro, ilustra el proceso de adopción de un mito. Publicados los hechos —dos elocuentes documentos, sin mayores comentarios— en el influyente periódico, los elementos de la historia quedaron liberados a la interpretación de todo el mundo. Leonardo Sciascia, amigo de Uribe, tomó el recorte de prensa —con la confesión y el testimonio anónimo “de un liberado”— y escribió una magnífica crónica en italiano. Sin alterar los antecedentes, agrega sus conclusiones: el encapuchado, y su inútil paseo de reconocimiento, representa la deliberada imposición del miedo: el fantasma de la Inquisición.

Del italiano la crónica vuelve al castellano con el título “El hombre del pasamontañas”, traducido por Raúl Ruiz.⁸⁵ En 1997, veinte años después de la muerte del encapuchado, se incluye en *La invención de Chile*, curioso y necesario libro que —según el prólogo de Jorge Teillier— “recoge lo más significativo que sobre nuestro país ha creado la imaginación de autores famosos que nunca pisaron su territorio, desde Lope de Vega en el siglo XVI hasta el recientemente fallecido Leonardo Sciascia”.⁸⁶ Leo y reconozco, pese a las traducciones y retraducciones, el testimonio original que en buena hora fue anónimo: ya era el eco de un mito, parte de un imaginario destinado a reflejarse en la tradición oral y la literatura.

El Estadio, como percibió Armando Uribe, es la gran metáfora de ese Chile. El encapuchado es el mito que la habita. El laberinto con su monstruo.

⁸⁴ La confession de l’ “homme a la cagoule”. En: *Le Monde Diplomatique* N°293, París, agosto de 1978.

⁸⁵ En: Sciascia, Leonardo. *Mata Hari en Palermo*, traducción de Raúl Ruiz. Editorial Montesinos, Barcelona, 1986. Págs. 73–80.

⁸⁶ Roa V., Armando; y Teillier, Jorge. *La invención de Chile*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, octubre de 1997. Pág. 17.

Pasarán los detalles que tanto hemos tratado de retener para contar la historia; irán desapareciendo, en la medida de que nuestros cuentos familiares serán más simples. A pesar de nosotros, las próximas generaciones irán reduciendo nuestras pesadillas a las imágenes heredadas con sus mitos y arquetipos. ¿Cuáles sintetizan esos lejanos y quizás imaginarios sucesos que hablan de un Chile bajo dictadura? La Moneda en llamas, con su héroe; el Estadio Nacional con su encapuchado; el Gran Torturador con sus gafas oscuras. Y dejará de ser importante si esto fue o no otro invento de los abuelos.

V

DE LA FRAZADA AL SACO DE DORMIR

Verso libre

Del Estadio Nacional salieron poemas y poetas. Los liberados salían en envidiables “paquetes”, formaciones compactas que explorábamos con curiosidad. Y los poemas, en cartas arrugadas en bolsillos de jardineros y soldados.

En esos días mi único acercamiento a la poesía, era mi fanatismo por los poemas musicalizados que cantaban Joan Manuel Serrat y Paco Ibáñez. En la nostalgia familiar estaban los versos escritos por mi padre y los primeros libros de mi hermano Hernán. Mi papá escribía y tenía diabetes. Yo no pensaba contraer ninguna de esas enfermedades hereditarias. En el Estadio no escribía. Ni pensaba que podría expresarme a través de la poesía. Tal vez por eso me veo como un chiquillo mudo. Invisible. Tímido e intimidado. Un observador lejano, acumulando imágenes sin saber que estaba acumulando imágenes. La poesía estaba cerca.

Entre los versos que circularon en el Estadio Nacional estuvieron los últimos que hizo Víctor Jara. Poco antes de ser asesinado, el artista escribió su última canción en el Estadio Chile. El texto se lo entregó a un compañero, Boris Navia, quien lo llevó al Estadio Nacional. Ahí se hicieron varias copias para salvar el testimonio. Misión realizada por un verdadero comando de amanuenses. Se distribuyeron y los versos salieron en libertad. Recorrieron el mundo. Fue una sabia medida recurrir a los escritores de emergencia y repartir esta precaria edición volante y manuscrita. El original lamentablemente se perdió, porque al poseedor se lo encontraron en un calcetín durante el interrogatorio. Lo castigaron por el poema, sin saber que tenían frente a ellos el último manuscrito de Víctor Jara.

La poesía despertaba sospechas. Se colaba amorosamente en las cartas de los más "peligrosos". El historiador Luis Vitale –con acento argentino y la *"Interpretación marxista de la historia de Chile"* en su currículum– no concitaba las simpatías militares y nunca lo habrían relacionado con la poesía amorosa. Lo recuerdo cantándonos en el camarín *El arriero va*. Lejos de la rueda fraterna, en la intimidad de su prisión, Vitale escribía cartas a su compañera. Enamorado, le cuenta poéticamente lo que soñaba despierto: "Ayer la vi a través de las rejas, pero no había rejas. La vi en la guardia, pero no había guardianes. Estaba ella. Solo ella. Vi sus pantalones ceñidos a su cuerpo y su decisión de pedir permiso para verme. No le concedieron la visita, pero la tuvimos. Ayer la vi. Vi sus ojos, vi su cuerpo y su decisión. estaba ahí. No había rejas ni guardianes. estamos tú y yo. Solo tú y yo".

En otro rincón del mismo Estadio, un trabajador de una empresa textil del área social recordaba a su esposa: "*Ayer fue tu cumpleaños, amor / y estoy lejos de ti / el dolor de no verte se incrusta en mi cerebro / y ahonda este vacío la ausencia de las hijas / ya son muchas las horas sin tu luz, compañera...*". Se trataba de Rafael Eugenio Salas, poeta y teatrista de Textil Progreso. Estaba preparando la publicación de su libro de poemas al momento del golpe.

Tuve el privilegio de conocerlo en prisión y de tener su estímulo fundamental para que yo empezara a garabatear mis propios poemas. Rafael era un poeta desafiante. Escribió uno de los pocos testimonios escritos en verso en el mismo septiembre de 1973: su "Poema uno", que comenzó a escribir en el Estadio Chile y terminó en el Estadio Nacional. Lo leyó en la escotilla 7 ante un grupo que lo escuchó estupefacto, con admiración y miedo. Nunca se sabe cuán peligrosa puede ser la poesía. El texto pudo conservarse gracias a un suboficial del ejército. El uniformado se ofreció a sacar correspondencia y, efectivamente, le hizo llegar este poema con una carta a Flor, la esposa del poeta.

Poema uno

por RAFAEL EUGENIO SALAS

Sé lo que piensas, hermano.
Conozco esa angustia que oprime tu garganta por
las noches
y que se escurre a veces en silenciosas lágrimas.
Sé lo que piensas
cuando se llevan un compañero nuestro:
la esperanza y la sombra luchan en tu cerebro
hasta que la verdad a medias
te revela una grieta de luz.
Y está la carga de miedo y horror mudos
de los primeros días.
El trote, el culatazo, el golpe
y esa espera humillante boca abajo en la tierra
—esa tierra que has amado siempre,
que convertiste en consagrado pan para tus hijos
o en jardín de esperanzas en tu casa—
ahora tierra hostil y amarga.
Y permanece el miedo en la flor de tus nervios
y de pronto se asoma por tus ojos.

Pero piensa, hermano,
que más allá del estribillo metálico,
inútil y siniestro,
más allá del terror planificado,
del insulto y del vejamen,
de la vergüenza y del hambre,
más allá de la tortura y del escarnio
está la risa de tu mujer y tus chiquillos,
o el susurro amoroso de tu novia
y esa luz húmeda en los ojos de tu madre,

pero más que todo eso
porque es la risa de todas las mujeres
y es el griterío alegre de todos los chiquillos
y es la caricia tierna de todas las novias
y es la fuerza cálida de todas las madres
y porque es tu propio dolor y tu alegría,
está la simple, conocida y heroica
fortaleza del pueblo.

Estadio Nacional, septiembre de 1973.

El anillo de Kristina

Septiembre de 2002. Recibir un poema para las angustiadas familias era encontrarse con el prisionero. Era una señal de vida o, en último caso, sus últimas palabras. Una reliquia. Tenía sentido escribir poesía en esos tiempos. Hago la reflexión al ver un poema de entonces publicado en estos días en *Punto Final*, como un aporte a la memoria y a la reivindicación de una “dignidad encarcelada”.⁸⁷ Me recuerdo haciendo los apuntes de ese poema y me convenzo de que los poetas también pueden nacer en cautiverio.

Pienso en las huellas del condenado, de quien no sabe que volverá a estar entre los suyos, que pudo dejar una palabra. La dejó en un recado furtivo, en un palito de fósforo tallado con las uñas, inscrita en la pared de la celda o en un papel escondido bajo los tablones. Huellas de un naufragio.

Recuerdos que se convirtieron en el único indicio al cual aferrarse para iniciar y continuar la búsqueda de la persona desaparecida. Coincidentemente, la misma revista cuenta que el Día Internacional del Detenido Desaparecido, algunos escritores⁸⁸ leímos unos textos dedicados a las compañeras que estaban embarazadas al ser secuestradas. Nunca más se supo de esas

⁸⁷ Poema “Casas de Chacabuco”, escrito en ese campo de prisioneros en enero de 1974. Publicado en reportaje “Chacabuco, la dignidad encarcelada”. En *Punto Final* N°528. Edición del 6 al 26 de septiembre de 2002, pág. 10. La revista es dirigida por Manuel Cabieses, quien también estuvo prisionero en el Estadio Nacional y Chacabuco.

⁸⁸ Óscar Aguilera, Pía Barros, Poli Délano, Jorge Montealegre, Patricia Verdugo, Raúl Zurita. Acto organizado por la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Edificio Diego Portales, 30 de agosto de 2002, Día Internacional del Detenido Desaparecido.

mujeres ni de las criaturas que tuvieron en cautiverio. Leímos poesía para preguntar por ellas.

Coincidente con ese imaginario —¿poética casual?— de la misma página salta otro misterio. Otras huellas: “A casi treinta años del golpe militar, un funcionario del Ministerio de Obras Públicas, Enrique Rojas Sáez, busca a la persona que en el Estadio Nacional le entregó —al ser llamado a los temibles interrogatorios que se hacían en el Velódromo—, su anillo de matrimonio, un llavero y la frazada”.⁸⁹

El prisionero no regresó al camarín. Presagiando lo peor, dejó encargadas sus pertenencias a un compañero prácticamente desconocido. “Por si no volvía” dejó su anillo matrimonial para que fuera entregado a su esposa. El anillo tiene el nombre grabado: *Kristina Gunster D.* y una fecha: 10-2-62. ¿Dónde están? Solo sabemos del anillo que busca a sus dueños. Son historias abiertas que, a veces, las puede cerrar un simple anillo, un llavero, una frazada; o un poema, una carta, una raya en la pared que ante la presencia de la muerte se convirtieron en toda la herencia, todo el amor y el recuerdo de quien murió por un segundo o para siempre.

⁸⁹ “Buscando a Kristina”, por Poirot. En: *Punto Final*, op. cit., pág. 8.

Esperando la libertad

Ya había pasado por el Velódromo y firmado, aunque fuera con la vista vendada, un documento que “regularizaba mi situación”. Creí que después de aquello solo quedaba que me dejaran en “Libertad Condicional”: estaba convencido de que era un LC. Sin embargo, la incertidumbre se renovaba. Había que seguir esperando –como decía el coronel Espinoza– “el desarrollo de los procesos”. Y escuchábamos con desconfianza los parlantes. También con esperanzas. Hasta última hora tuve la ilusión de escuchar mi nombre a los cuatro vientos. Pero, una y otra vez, me quedé con las ganas. Finalizaba el recuento de los liberados y yo permanecía largos segundos en tensión esperando “más”, hasta que volvía a acomodarme en mí mismo y a retomar mis caminatas a ninguna parte. Eso, tantas veces como anuncios de libertad se hicieron por los altavoces. No estaba entre los afortunados. Y la desilusión se me iba enredando con la triste alegría de la Canción del Adiós.

En los cambios de escotillas a camarines o de regreso del Velódromo, se perdía o se ganaba respecto de la situación anterior. A veces “todo lo ganado” –una frazada– se perdía y se volvía al frío y la dureza. También podía llegarse al paraíso donde se podían conseguir dos, tres y hasta cuatro frazadas que no se soltaban “ni a cañones” (expresión, en esas circunstancias, francamente en desuso). En el sector de los supuestos “LC”, una escotilla que estaba al frente de la Avenida Grecia, teníamos mayor libertad de movimiento. También había más frazadas, ya que aquellos que se iban las tenían que dejar ahí. Desde ese sector pude caminar por los pasillos del Estadio y “colarme” a otras escotillas con algunas frazadas de contrabando para quienes no tenían y para conversar con algunos compañeros

que conocía de antes para recoger algún recado y entregarlos a la familia por si yo salía realmente en "libertad condicional". El contrabando de hormiga era fácil: nos alejábamos con una frazada "a estirar las piernas" y volvíamos con los hombros desnudos. La opulencia de tener más de una frazada nos permitía repartir. Y, como antes del golpe, también había acaparamiento.

En uno de esos recorridos me acerqué a una terraza desde la cual se veía la salida y la calle Campo de Deportes. Se veía mucha gente afuera. Muchas mujeres y también muchos guardias. Miraba cómo algunas compañeras hacían señas con las manos y pañuelos o cómo elevaban a sus hijos en brazos. Una niñita grita "¡Papá... papito!". Me emocioné. Sentía una ira tan grande como mi pena. Preferí regresar. No me sentía bien y, al parecer, había pasado mucho tiempo. No me había dado cuenta de que a mi lado tenía a un compañero llorando desconsoladamente. Maldecía, gritaba cosas hermosas y agitaba las manos. Tuve la intención de calmarlo y ofrecer algún tipo de ayuda. Me sentí ridículo, incómodo, tonto: la niñita que llamaba era su hija. Al menos él creía eso, ya que desde lejos —estando afuera o adentro del Estadio— uno también veía lo que deseaba ver.

Mi hermano Óscar, por su lado, hacía señas ilusionado de que yo viera su saludo desde lejos. Su estadía en esos lugares, me cuenta, no era por mucho tiempo. Estaba el temor a ser visto o por ser permanentemente observado. La desconfianza, pertinente en un lugar tan vigilado, hacía que Óscar evitara conversaciones con cualquiera que se acercara, "aunque fuera la madre, el padre, el hermano o el pariente de otro prisionero". Con el tiempo se fueron reconociendo quienes formaban de hecho una comunidad de personas que compartían la misma esperanza. Estaban ahí casi todo el día, desde las 9 de la mañana hasta cerca del toque de queda. A las cinco comenzaba el desbande. Hasta el otro día en que, ya conocidas, intercambiaban frutas por huevos duros a la hora de almuerzo. A veces alguien tocaba una guitarra o hacía sonar un pequeño charango.

El silencio se imponía en el intento de escuchar lo que decían los altoparlantes dentro del estadio.

Injustamente, yo siempre pensé que estaba más solo de lo que estuve en realidad. Y me dejé llevar con menos angustia. Tenía cierta tranquilidad como militante. A esas alturas, ya no era un peligro. Si alguien se asustó justificadamente por mi detención ya no tenía qué temer. Había pasado el tiempo suficiente para que tomaran los resguardos básicos. Sabía que podría volver a mirar a la gente querida con la certeza de que no los había metido en un lío doloroso. Además, por mi parte no había padres sufriendo por su hijo, tampoco una esposa doliente o hijos sin sustento por la prisión del padre. Para mis compañeros de prisión ese tipo de preocupaciones era la mayor fuente del sufrimiento y, en la tortura, su talón de Aquiles. En cambio, nadie dependía de mí. Nuevamente estaba en un punto cero respecto de mi futuro. En algún momento tendría que volver a empezar. Pero eso no perjudicaba a nadie.

Cumpleaños de Nené

12 de noviembre del 2000. Es el cumpleaños de mi hermana menor, la Nené. Nos encontramos en el Estadio Nacional, con el fin de grabar un testimonio para el documental *Chacabuco, memoria del silencio*, de Gastón Ancelovici. Nunca nos habíamos juntado para hablar de “esto”. Por años los pudores, las separaciones, el miedo al dolor, nos habían hecho callar una experiencia que, en rigor, era común. Yo, prisionero; ella, pidiendo afuera por mi libertad.

Me recuerdo mirando desde los baños hacia la entrada del Estadio. Me asomaba sin buscar a nadie, reconociendo el barrio. Había vivido muy cerca, compartiendo una pieza con mi hermano Óscar. Además tenía tías a pocas cuadras de ahí. Y en la casa de una de esas tías vivía la Nené. Todo era familiar y al mismo tiempo lejano. No imaginaba que entre las mujeres que se reunían afuera pudiera estar mi hermana. Como tampoco imaginé que ella, en vista de que yo no contesté el teléfono, partió a mi casa y se encontró con los desastres del allanamiento, un silencio espeso que la aterrorizó y la sangre del perro en la entrada... que podía ser mi sangre. La Nené tenía que saber dónde estaba su hermano. Y así llegó a las puertas del Estadio Nacional.

Con apenas 16 años, inventaba excusas o hacía la cimarra para ir al Estadio con la esperanza de verme salir en libertad, eludiendo manotazos y groserías de milicos. A veces iba con Óscar, pero casi siempre sola. Sin contactos políticos ni experiencias de ese orden, enfrentaba su drama en silencio. Y a escondidas. En su casa, donde vivía como una niña adoptada, eran partidarios de la Junta.

Aprendió a callar. Y lo hizo por años. Pero escribió. En una nota de esos días, que nunca me había mostrado hasta ahora, recuerda una escena de noviembre de 1973. Era la semana

de su cumpleaños y pensó que lo pasaríamos juntos. Me cuenta que corrió tras los buses que salieron del Estadio “con la ilusión de verte en la esquina de Irrarázaval donde dejaban a los comunistas. No fue así, seguí corriendo y tú en un barco te ibas más lejos”. Nada más normal que una chiquilla corriendo, pero ¿quién podría imaginar la angustia y la desolación que llevaba la Nené? Me conmueve el sacrificio e imagino su regreso solitario a esa orfandad que la relegaba al silencio. Silencio que duró más que los 16 años que tenía entonces. Y que nadie –yo tampoco– supo escuchar con justicia ni ha sabido reparar.

Despedida en la piscina

Me era difícil no comparar mi situación con la de mis vecinos de frazada. Entre las más dramáticas estaba la de aquellos compañeros que tenían su esposa, madre o hija presa en el mismo Estadio. Ellos y ellas eran utilizados como rehenes durante el interrogatorio de la pareja. Ellos y ellas siempre pidieron ver a su pareja, aunque fuera un momento, para tranquilizarse mutuamente. Y se dio la oportunidad. Antes de llevar a los hombres manos en la nuca a la piscina, el comandante del campo les advirtió: "Decidimos acceder a vuestras peticiones. Hoy verán a sus mujeres o familiares detenidas en la piscina; es para que se despidan. Para nosotros es un ensayo, vamos a observar el comportamiento que tengan. Si no hay llantos ni escenas probablemente autorizaremos a una visita general de los familiares antes que evacuemos el Estadio y sean trasladados a sus lugares de confinamiento".⁹⁰

Tuvieron media hora de "*pololeo*" en un cuadrante definido, vigilado cada diez metros por un centinela. Era, como había dicho el oficial, una despedida. Ellos serían llevados lejos de Santiago. Ellas, a la correccional o a otro lado.

Nuestra situación ya estaba definida. Se rumoreaba que el Estadio sería evacuado y que seguramente nos llevarían a un campo de concentración: Chacabuco, una oficina salitrera abandonada en el desierto de Atacama. Después de la "visita ensayo" a las presas de la piscina, habría una visita general donde podríamos tener contacto con un familiar que nos llevaría el mínimo equipaje para el viaje. A través de una visitadora social pedí algunos enseres personales, entre ellos mi saco de dormir y *El Principito*.

⁹⁰

Corvalán Castillo. Op. cit., pág. 40.

Una banca de plaza

El Estadio Nacional está viejo y deteriorado. Ya se habla de su demolición. Señal de alarma para quienes desean preservarlo, al menos una parte, como sitio histórico. Recordemos que nació marcado por una tragedia. Cuando era el *Campo de Deportes Ñuñoa* se derrumbó una tribuna, provocando muertos y heridos. Fue un domingo de mayo de 1936. A raíz de este episodio doloroso surgió la iniciativa de construir el “elefante blanco” que inauguró “el león”.

Pasó el tiempo. Dejó de ser moderno, pero tiene historias que contar.

A treinta años del golpe se quiere instalar frente al sitio histórico una banca de plaza en homenaje a quienes esperaron en las puertas del Estadio. Hermoso símbolo. Hay gente que recuerda. Y siente que es importante reivindicar la memoria del campo de prisioneros. Bajo dictadura hicieron vigiliat recordatorias en la entrada del Estadio. Yo miraba como espectador incógnito. Es muy extraña la sensación que me invade cuando veo que la gente enciende velas por los que estuvimos presos en ese lugar. Increíble, me he dicho: “Esas velas también son por mí”. Es inquietante. Y me brillan los ojos. Y disimulo. Y he seguido de largo.

Octubre 29 de 2001. Asisto al descubrimiento de una placa recordatoria en la entrada del Estadio Nacional. La iniciativa fue de diversas organizaciones ligadas a la defensa de los Derechos Humanos (que en ese momento culminaban una Caravana por la Vida y la Justicia) y de las realizadoras del documental *Estadio Nacional*. Hablaron Jimena Nascimento, quien estuvo prisionera en la piscina; el ex diputado Vicente Sota y el actual parlamentario Nelson Ávila, ambos habían pasado por el coliseo.

Éramos poquitos ese caluroso mediodía del 29 de octubre. Las micros pasaban por Avenida Grecia con toda la indiferencia de la ciudad. Subimos a descubrir la placa. Inauguramos un memorial para nosotros mismos. Hombres y mujeres. Nos tomamos de las manos. Desde hacía mucho tiempo entre los ex prisioneros habíamos acordado hacer algo así. Otros lo hicieron. “En recuerdo de todos aquellos que sufrieron tras sus muros y por los que aquí esperaron a oscuras ver la luz de la justicia y la libertad”. En la misma placa, al centro, un poema de Stella Díaz Varín, que ella misma leyó durante el homenaje: “Los obligo a mis muertos / en su día. / Los descubro, los trasplanto / los desnudo / los llevo a la superficie / a flor de tierra / donde está esperándolos / el nido de la acústica”.⁹¹

—¿Cómo estuve? —me preguntó Stella. Estaba radiante.

Diciembre 10 de 2002, Día Internacional de los Derechos Humanos. Me pasaron un cartel, amarrado en sus extremos con pitilla, para que me lo colgara sobre el pecho: *Soy sobreviviente del Estadio Nacional*. No lo hice. Estando ahí, donde todos —en ese o en otros lugares— habían sido víctimas de la dictadura, me parecía innecesario ostentar esa marca, esa extraña distinción. La procesión también va por dentro. Me invitaron para que llevara poemas alusivos. Fui con los versos de Rafael Salas, escritos en el mismo Estadio. Nunca habían sido leídos libremente en el lugar de su escritura. Me ofrecí a hacerlo y esperé a que me anunciaran.

Rolando Carrasco nos representó con un testimonio conmovedor. Carolina Tohá respaldó la idea de que el Estadio Nacional fuera declarado Monumento Histórico. No faltaron otros discursos ni canciones ni las citas de Neruda ni los comentarios discutibles a la contingencia. Una hermosa y paciente orquesta infantil cerró el acto con su gran seña de futuro. Después, se encendieron las velas y nos dirigimos hacia la piscina. Nadie se percató de que se habían olvidado de la poesía escrita en el Estadio. Una paradoja en los momentos en que el slogan *un pueblo sin*

⁹¹

Fragmento del poema “Dos de noviembre”, en placa conmemorativa. Poema completo, en: Díaz Varín, Stella. *Los dones previsibles*, Editorial Cuarto Propio, 1992.

memoria es un pueblo sin futuro era registrado por un camarágrafo, que ya tenía las imágenes de quienes portaban el cartel de sobrevivientes. Tal vez debí colgarme al cuello uno de los poemas. No, tampoco lo habría hecho.

A pesar de estar escribiendo este libro (soy inevitablemente contradictorio), no quiero que mi voluntad de preservar la memoria pase por llamar la atención sobre el dolor o la rabia personal. Tampoco por desaparecer en la masa con un rótulo que uniforme. Mi cuerpo no pregunta por otro cuerpo, como sucede con las familiares de los detenidos desaparecidos. Ellas construyeron un símbolo de mayor elocuencia poética para denunciar la ausencia: la *cueca sola*, que nace durante una huelga de hambre. Además de esa presencia de la ausencia, nada más significativo que ellas mismas con las fotos de sus recordados. Son admirables, pero en mi opción no quiero llevar un cartel que hable por mí con palabras de otros. Reconozco un celo por una historia que siento personal, pero entiendo que es colectiva; que es de todos y de nadie. También me doy cuenta cuando nos utilizan y me molesta.

Desdoblado, no me veo como un sobreviviente. Tal vez para no sentirme como un náufrago: lo que botó la ola. Me he resistido, pero es un sentimiento que crece con el tiempo en la medida que crece la amnesia del entorno. “¿Esas velas también son por mí?”. Al menos para mis fantasmas. Son para los esperados y desesperados que nunca salieron de ese lugar y para quienes esperaron y siguen esperando. Esa banca de plaza, la banca de la esperanza, debe tener un espacio en este memorial. En ella me sentaré a esperar al chiquillo que fui hasta que salga de una vez por todas del Estadio. Estaré leyendo o escribiendo poesía.

21 de agosto de 2003. A casi treinta años del golpe, el Estadio Nacional es declarado Monumento Histórico. Ya no podrá ser demolido. Una victoria para quienes –principalmente jóvenes– lucharon creativamente por preservarlo.

Hasta última hora los fantasmas entran a este libro. Ya no son de historias pasadas. Son de historias que están pasando.

Visita familiar

El 5 de noviembre de 1970, al otro día de haber asumido la Presidencia de la República, el Presidente Allende se había dirigido al pueblo en el Estadio Nacional. En su mensaje había dicho: "el respeto a los demás, la tolerancia hacia el otro, es uno de los bienes culturales más significativos con que contamos". Ese bien común fue pisoteado en el mismo estadio donde se dijeron esas palabras. El 4 de noviembre de 1973, en lugar de volver al Estadio para celebrar el tercer aniversario del gobierno popular, el recinto abrió sus puertas a los familiares de los miles de presos políticos que seríamos trasladados a otra prisión.

Era una movilización distinta. Lenta, triste, recelosa. Después de revisiones humillantes, de amenazas y ofensas, las compañeras llegaban con ansiedad a la pista de cenizas. De inmediato sus miradas anhelantes recorrían los centenares de rostros enflaquecidos y pálidos en busca de esa cara tan familiar y recordada.

Esta vez las miradas se buscaban.

En las graderías también esperábamos con angustia la presencia grata de la compañera o la solidaridad de algún pariente. En ese momento, entonces, se iluminaría el rostro de un hermano y, presuroso, se colgaría de la alambrada, llamaría sin voz o lloraría. El encuentro, un estremecedor latido, era un momento íntimo que todos los prisioneros cuidaron. Ninguno molestó a otro con su curiosidad o impertinencia, porque todos entendían lo que allí ocurría: en los dedos que se tocaban a través de los huecos de la alambrada estaba concentrado todo el cariño del mundo.

Muchos niños pudieron entrar esa vez al Estadio. Inocentes, algunos aprovecharon el pasto de la cancha para jugar y darse vueltas de carnero. Hasta que un soldado los

correteó. Era mejor acercarse a la alambrada para dejar un beso para el viaje y llevarse otro para la casa.

Yo fui casi un voyerista de esos encuentros cariñosos. A mí me visitó una tía que amablemente me llevó lo que había pedido, sin dejar de reprocharme: "¡algo habrás hecho, pues!". Ella estaba contenta con el golpe. No hubo consuelos. Ahí me enteré de que la casa arrendada por mis primos había sido entregada a sus dueños y que ellos estaban exiliados. Es decir, "mi casa" ya no existía. Ahora, por único domicilio tendría a mi saco de dormir.

Las visitas dejaron ropa, mayor serenidad, alimentos y esperanza. Ambas partes quedaban con el tremendo alivio de ver que el otro u otra estaba "bien". Sabían que podría pasar mucho tiempo para volver a encontrarse. Ya se había anunciado que el Estadio Nacional sería evacuado y que los "prisioneros de guerra" seríamos trasladados a la Penitenciaría unos, a la Cárcel Pública otros y hacia algún lugar fuera de la provincia, un campo de concentración, la mayoría.

Las noticias y rumores que entraron con los familiares nos dejaron un panorama trágico de Chile que se extendía mucho más allá de lo que habíamos vivido "solamente" dentro del Estadio. Poco a poco y con impotente resistencia, las visitas avanzaron hacia la puerta de salida. Para que no nos perdieran de vista agitamos pañuelos, mantas, manos. Como en las fraternales despedidas a quienes salían en libertad, empezamos a cantar. Al viento, cada frazada era un adiós oscuro. La canción de Nino Bravo⁹² —a pesar de que también la utilizó la Junta— allí se escuchaba especialmente conmovedora: Piensa que la alambrada / solo es / un trozo de metal / algo que nunca puede detener / tus ansias de volar. / Libre, / como el sol cuando amanece / yo soy libre...

⁹²

El cantautor español Nino Bravo murió antes del golpe, el 16 de abril de 1973. La dictadura se apropió de su canción "Libre" oficializándola como himno. En 1974 la grabó la Banda de Concierto del Ejército de Chile.

En blanco y negro

Noviembre de 2001. Asisto al estreno de un documental sobre el Estadio.⁹³ Lo hizo una joven que tenía apenas cinco años cuando el Estadio fue campo de prisioneros. En su trabajo hay una recopilación impresionante de imágenes de archivo. Ahí estamos: hacinados en el desconcierto. Expectantes. Espectrales. Desastrados. Algunos heroicos; otros, menesterosos y patéticos. Así éramos y así nos vieron. Algunas son imágenes de los despachos periodísticos oficiales. La misma pantalla compartida por los presos inermes y el reportero infame. Todos más jóvenes. ¿Dónde estaba yo? Por ahí, en blanco y negro.

En colores veo al padre Moreno, ante quien hice la primera comunión en el camarín 7. Vicente Sota, de bastón, dirigiendo nuevamente su coro en la memoria. El Gato Gamboa, regresando al Velódromo. Sin vendas. A otros, los reconozco porque los he (re)conocido recientemente. Fernando Villagrán, Adolfo Cozzi, en fin. ¿Cómo eran cuando estaban en el Estadio? ¿Los conocí? Solo sé que estuvimos juntos en el mismo infierno. También veo a las mujeres que el lolo Montealegre no vio cuando estuvo preso. Las de antes y las de ahora, las de las puertas del Estadio y las de la piscina. Nunca las vi. Busco a mi hermana en blanco y negro. Sé que por ahí anda esperando que salga su hermano. Sé que no tuvo esa alegría.

En otro documental⁹⁴ me veo visitando el Estadio con mi hermana. Frente a una escotilla intento expresar con un poema lo que torpemente he querido decir o escabullir hablando. Es curioso. Ante las cámaras los sobrevivientes contamos lo que

⁹³ *Estadio Nacional*. Documental realizado por Carmen Luz Parot. Chile, 2001.

⁹⁴ *Chacabuco, memoria del silencio*. Documental realizado por Gastón Ancelovici. Chile, 2001.

otros ya no pueden contar. Hablamos por nosotros, pero sabiendo que estamos ilustrando un momento colectivo. Hablamos por otros. Somos todos y nadie. Y contamos lo nuestro con urgencia, porque los sobrevivientes de cualquier tiempo somos naturalmente una especie en extinción. Pero los documentales nos sobrevivirán maravillosamente. En ellos somos los de ayer y los de antes de ayer. Pedazos de espejos haciendo señales al futuro.

Último día

Cuando estuvo todo listo para partir, nos cambiaron de camarín, nos ordenaron por fechas de detención, luego por abecedario ("por vocabulario", decía un milico mientras intentaba encontrar algún apellido que comenzara con "doble erre"), por fechas de interrogatorios, por estatura y de nuevo por detención y nuevamente por abecedario.

En tres días recorrimos casi todo el Estadio para "ordenarnos". Nos tuvieron noches enteras formados en la pista de cenizas –en "paquetes" de 100 a 50– para contarnos y pasar listas. Siempre sobraban o faltaban prisioneros. El desorden era increíble: había más vivos que los previstos o más muertos que los pensados, (más tarde me enteré de que algunos pudieron fugarse colándose entre los liberados o suplantando a otros "menos importantes").

Ese último día, finalizado el enésimo "conteo", faltó uno de los prisioneros. Motivo suficiente para suspender todo el proceso. Se ordenó la búsqueda. La tensión crecía junto con las amenazas. Hasta el último minuto nadie podía asegurar que realmente saldríamos. Hasta que dramáticamente alguien señaló al perdido: sobre la marquesina de la tribuna Andes, un compañero intentaba suicidarse. Lo redujeron rápidamente y con su captura se completó la lista.

En el mismo sector, tal vez con más esperanzas, había un grupo de mujeres prisioneras que también esperaban ser sacadas del estadio. Sabiendo que muchos seríamos trasladados a la oficina salitrera Chacabuco, comenzaron a cantar *Run-run se fue pal norte*, de Violeta Parra.

Los militares, en cambio, no fueron cariñosos. El día se inició a puntapiés, empujones e insultos. Salíamos recorriendo con la piel nuestra llegada al estadio. La tensión, los

cambios de última hora, los plantones en la pista de cenizas, la incertidumbre infinita, nos tenía sin dormir. Cansados. Hasta que empezamos a salir y debimos dejar nuestro "cargó": el tazón, la cuchara y la frazada. Desprenderse de la frazada era como dejar todo el estadio de lado. Yo había pedido mi saco de dormir, con el que había ido a trabajos voluntarios y a otros campamentos evocadores. Fue emocionante reconocer algo tan propio, que me devolvía olores y recuerdos que me hacían bien. Cambiar la frazada por mi saco fue cambiar de piel, era el regreso imposible al mismo chiquillo de antes del golpe: nostalgia que alimentaba una ilusión. Al menos, era buena para el viaje.

Nos metieron en buses junto a nuestros bultos, nos amenazaron por enésima vez y designaron a tres soldados con fusiles ametralladoras para custodiarnos en el vehículo. Desde la ventanilla se observaba el despliegue de fuerzas de seguridad que se preparaban para escoltar la caravana de "extremistas peligrosos". También estaban los jardineros del Estadio que miraban estupefactos, impotentes, con los ojos brillantes. Nos deseaban suerte.

Salimos del Estadio en una larga caravana hacia Valparaíso. Había mucha gente a la salida. Quedaba el Estadio vacío y algunas mujeres se quedaban con la duda para siempre. La persona que buscaban no salió. No estaba. ¿Dónde está? Al cruzar la ciudad vimos cientos de pañuelos tristes que apenas se asomaban por las ventanas. Los carabineros cortaban los caminos. Muchos jeeps y camiones militares eran parte del convoy. Ya en la carretera, aparecieron los helicópteros con sus vuelos rasantes. Pronto veríamos el mar.

Nos llevábamos el Estadio en el recuerdo.

Los estadios del estadio

Nos llevábamos el Estadio en el recuerdo. Y no es fácil deshacerse de él. Sigue aquí adentro. El Estadio es una palabra que siempre tendrá eco en las galerías de la memoria. Ese Estadio Nacional que también es un *estadio* en el sentido de situación, etapa, estado. Un momento de nuestra historia. Un estadio personal y colectivo que en mi caso fue un túnel para pasar a otros estadios: el barco Andalién, el campo de prisioneros Chacabuco; las camas provisorias de la libertad condicional; el exilio, y un retorno silencioso en 1979. Estadios en mi biografía. Ninguno comparable con ese estadio del Estadio, que tanto he recorrido en esa memoria donde nadie envejece y los dolores no prescriben ni pueden ser indultados. En ella me encontré, acurrucado bajo una frazada, con el adolescente que fui. Su orfandad se confundía con la orfandad de los derrotados, compartiendo el desamparo de los que sobran. No se había dado cuenta de que era un sobreviviente, hasta ahora que extraña a los protagonistas de sus apuntes: los que han muerto, los ancianos que han perdido la memoria, los que se quedaron para siempre en el exilio. En otros estadios.

Índice

Retrato	11
Dictados de la memoria	13
I DÍAS DE ESCUELA	17
Septiembre liceo	19
Compañero de curso	22
Septiembre, la calle	24
Abuelita Haydée	27
Septiembre, mi casa	28
Septiembre Margot	31
Saco de dormir	33
Allanamiento y secuestro	35
Ingreso a la Escuela Militar	38
Estadio de emergencia	42
La recepción	44
Las miradas	46
II FRAZADAS DEL SUEÑO	49
Compañeros y compadres	51
El ruido de los ventiladores	53
Sonrisas cómplices	56
Testigo ocular	61
Frazada al hombro	62
Otra esfera	66
Despedida a Caszely	68
Pobres diablos	70
Humores	72
El show	76
Al otro lado de las pantallas	79
Gradas degradantes	81
El asilo contra la opresión	85
Missing	88

III	EL PAN NUESTRO	91
	La primera comunión	93
	Capricho divino	99
	Procesiones y encuentros	101
	Mónica y Raúl	103
	Frazadas para la piscina	105
	La multiplicación de las migas	108
	Azul petróleo	113
	El Cabro Carrera	115
	Soldados	118
IV	BAJO LA FRAZADA	125
	El Velódromo	127
	Pinochet bajo la manta	130
	Interrogatorio y caracoles	131
	Cara descubierta	140
	La piedad	143
	La vergüenza	146
	El encapuchado	147
	El mito	150
V	DE LA FRAZADA AL SACO DE DORMIR	153
	Verso libre	155
	Poema uno	157
	El anillo de Kristina	159
	Esperando la libertad	161
	Cumpleaños de Nené	164
	Despedida en la piscina	166
	Una banca de plaza	167
	Visita familiar	170
	En blanco y negro	172
	Último día	174
	Los estadios del estadio	176

TRABAJAN EN LOM

Comité Editorial Silvia Aguilera, Juan Aguilera, Mauricio Ahumada, Mario Garcés, Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulian, Héctor Muñoz, Nain Nómez, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, Verónica Zondek **Relaciones Públicas** Mónica Benavides, Soledad Hernández **Proyectos** Ignacio Aguilera **Diseño y Diagramación Editorial** Hugo Ortiz de Pinedo, Claudia Quintero, Marcos Ribeiro **Exportación** Ximena Galleguillos **Página web** Juan Pedraza **Producción** Eugenio Cerda **Impresión Digital** Carlos Aguilera, Jorge Ávila, Marcelo Díaz, William Tobar **Preprensa Digital** Ingrid Rivas, Daniel Véjar **Impresión Offset** Eduardo Cartagena, Héctor García, Luis Palominos, Rodrigo Véliz, Francisco Villaseca **Corte** Enrique Arce, Eugenio Espíndola **Encuadernación** Carlos Campos, Rodrigo Carrasco, Sergio Fuentes, Francisco González, Gabriel Muñoz, Miguel Orellana, Marcelo Toledo, Daniel Vergara, Julio Zapata, Juan Zúñiga **Diseño y Diagramación Computacional** Carolina Araya, Guillermo Bustamante, Jessica Ibaceta, Claudio Mateos, Pablo Valenzuela **Servicio al Cliente** Elizardo Aguilera, Carlos Bruit, José Lizana, Edgardo Prieto **Difusión y Distribución** Carolina Acuña, Elba Blamey, Marcos Bruit, Luis Fre, Carlos Jara, Marcelo Melo, Nelson Montoya, Pedro Morales, Santiago Oyarzo **Librerías** Nora Carreño, Ernesto Córdova **Área de Administración** Jaime Arel, Mary Carmen Astudillo, Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, Diego Chonchol, Eduardo Garretón, Marcos Sepúlveda. *Se han quedado en nosotros Adriana Vargas, Anne Duattis y Jorge Gutiérrez.*

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCION ADQUISICION Y CONTROL

13 OCT 2003

DEPOSITO LEGAL
SECC. CHILENA

PUBLICACIONES LOM EDICIONES

COLECCIÓN SEPTIEMBRE

- TEJAS VERDES
Hernán Valdés
- COPA DE VINAGRE
Irene Geiss
- ¿QUÉ HACÍA YO EL
11 DE SEPTIEMBRE DE 1973?
Varios Autores
- LA MUERTE Y LA DONCELLA
Ariel Dorfman
- EL GRAN RESCATE
Ricardo Palma Salamanca
- EL CASO DE GLORIA STOCKLE
Francisco Martorell
- POR LA FUERZA, SIN LA RAZÓN
Los Bandos del Golpe
Manuel Antonio, Carmen y Roberto Garretón
- PINOCHET ANTE LA JUSTICIA ESPAÑOLA
Paz Rojas y otros
- DIARIO DE LA CIUDAD ARDIENTE
José Ángel Cuevas
- NUNCA MÁS EN CHILE
Comisión Chilena de Derechos Humanos
Fundación Ideas
- THE LONDON CLINIC
Luis A. Salinas
- LA TUMBA VERTICAL
Sergio Pesutic
- ARCHIVOS SECRETOS
Documentos desclasificados de la C.I.A.
H. Soto, H. Villegas
- LA ESPECIE HUMANA
Roberto Antelme
- UN DÍA DE OCTUBRE EN SANTIAGO
Carmen Castillo
- OPERACIÓN CÓNDOR
El vuelo de la muerte
Francisco Martorell
- ELLOS SE QUEDARON CON NOSOTROS
Varios autores
- BRITANNIA Y UN GENERAL
Juan Francisco Coloane
- MARTIROLOGIO DE LA IGLESIA CHILENA
Miguel Jordá Sureda
- EL GENERAL PINOCHET Y EL
MESIANISMO POLÍTICO
Humberto Lagos Schuffeneger
- UNA LARGA COLA DE ACERO
Ricardo Palma Salamanca
- TODAS ÍBAMOS A SER REINAS
Paz Rojas - María Inés Muñoz
María Luisa Ortiz - Viviana Uribe
- RELATO EN EL FRENTE CHILENO
Michel Bonnefoy
- FUNERAL VIGILADO
Sergio Villegas
- GUERRILLA EN Neltume
Comité Memoria Neltume
- AUTOBIOGRAFÍA DE UN
EX-JUGADOR DE AJEDREZ
Claudio Durán Pardo

Jorge
Montealegre I.

Frazadas del Estadio Nacional

(...) Los recuerdos de Jorge Montealegre, jovencísimo en 1973, sobre sus ascéticos padecimientos desde el día del golpe y su forzada estada en el Estadio Nacional junto a miles de desprevenidas víctimas del golpe y la dictadura, tienen la frescura de su edad entonces y su continuada juventud hasta ahora. Menudo y con nervios templados por sus experiencias de niño y adolescente, no abjura la delicadeza de su sensibilidad en los medios más siniestros, crueles e injustos. Supera los dolores y los transforma en alimento sano y bueno. Tiene una naturalidad cristiana de la que conozco pocos casos. Podría haber sido un pastor de ovejas de los tiempos de Cristo, que escucha en silencio, con encendida discreción, las palabras cargadas de sentido y emoción de ese maestro.

Esto es patente en las *Frazadas del Estadio Nacional*. Inicialmente el título me dejó dubitativo; como que algo no calzaba entre ambos términos, frazadas, estadio. Pero me fui dando cuenta de la protección hogareña que las primeras fueron significando respecto al mundo terrible de la segunda, el Estadio en que el deporte consistía en hacer sufrir.

(...) Este libro actual, en el que combina diestramente sus recuerdos iniciales de su época crítica y sus experiencias mientras los rememora, es una obra literaria de calidad única. Nos hace encontrarnos con la persona viva de su autor, madurando en su juventud a palos y transformándolos en frutos; y con la madurez de quien ha aprendido a conocer todas las limitaciones de la realidad. Es un poeta, un artista que conserva, a la vez, la riqueza del niño que lleva adentro. Sin niño dentro, no hay poeta. Y éste lo es, envuelto en sus frazadas.

Armando Uribe

